



S. S. el Papa sale por vez primera del Vaticano

Solemne momento en que S. S. Pío XI salió del Vaticano el día de Santiago para dar la bendición, con el Santísimo Sacramento, á la inmensa multitud que le esperaba en la Plaza de San Pedro, de Roma (Fot. Vidal)

## UN MARAVILLOSO MUSEO DE ARTE RELIGIOSO

## LA EXPOSICION MARIANA EN EL TEMPLO DEL SALVADOR, DE SEVILLA

NUESTRO Ilorado D. Aníbal González, por cuya muerte Sevilla guarda luto, fué el encargado de disponer y de ordenar esta Exposición de obras marianas, que está causando tanta admiración como entusiasmo.

En breves días realizó su obra aquel artista singular, inaugurándose la Exposición por aquellos memorables del Congreso Mariano, cuyo éxito rotundo se recordará por siempre, y continuando abierta todavía, para gloria de nuestro arte y proclamación de nuestra fe.

Constituye esta Exposición un espléndido museo de maravillosas obras en talla, pintura, bordados, orfebrería, etc., sobre imágenes de la Virgen y objetos con su



Detalle de conjunto de la Exposición Mariana, de Sevilla

ponderación. En el primero de los grupos sobresalen obras tan peregrinas como la imagen de la Virgen Niña, del taller de Martínez Montañés y propiedad del convento de Santa Ana; la Virgen y su Madre, ejecutadas en 1632 por aquel inmortal imaginero, y que pertenecen á la Comunidad de Carmelitas calzados de Sevilla; San Joaquín, Santa Ana y la Virgen, del siglo XVII, que expone la parroquia sevillana de la Magdalena, y Santa Ana y la Virgen, obra del XVIII, salida de los talleres de Montedoca y propiedad de esta parroquia del Divino Salvador.

En el segundo grupo destacan una hermosa pintura de Valdés Leal, titulada *Los Desposorios de*



La Inmaculada, de Martínez Montañés, perteneciente al Convento de Santa Clara, de Sevilla

culto relacionados, cuyas obras pertenecen á la Catedral hispalense, á las iglesias de la Archidiócesis y á conventos y particulares enclavados y vecinos en esta tierra, tan propiamente apellidada de María Santísima.

Casi todas son obras de incalculable valor artístico, de aquella época gloriosa en que la fe mariana floreció en Sevilla, extendiéndose luego por el mundo y encendiendo la inspiración de inmortales maestros en el arte y la belleza.

Las obras están agrupadas en esta Exposición de la manera más sabia y ordenada. De este modo: Virgen Niña, Virgen María Adolescente, Virgen María Madre, Virgen María del Rosario, otras advocaciones de la Virgen, Virgen María Inmaculada, y Asunción y Coronación de la Virgen.

Y luego, bajo los arcos de las naves del magnífico templo, han sido colocados seis *pasos*; dos con las Virgenes de gloria del Amparo y del Rosario, de las parroquias de la Magdalena y San Vicente, respectivamente, y cuatro de Cofradías, con las bellísimas imágenes de Nuestra Señora del Refugio, de la Amargura, del Patrocinio y del Dulce Nombre, cuyos *pasos* resplandecen como cuando hacen estación en las procesiones públicas, causando el pasmo y el asombro de las gentes.

Entre los *pasos*, esculturas y pinturas muéstranse también banderas, estandartes, simpecados, casullas, y sayas y mantos de Virgenes, de un mérito que no nos es posible calcular.

Sólo diremos que el oro y la plata y los terciopelos y tisúes, así como la inspiración y el arte que precedieron y continuaron en estas obras, se asociaron sin medida, en una abundancia y en un derroche que escapa á toda



La maravillosa imagen de la Virgen de la Oliva, de Alonso Cano



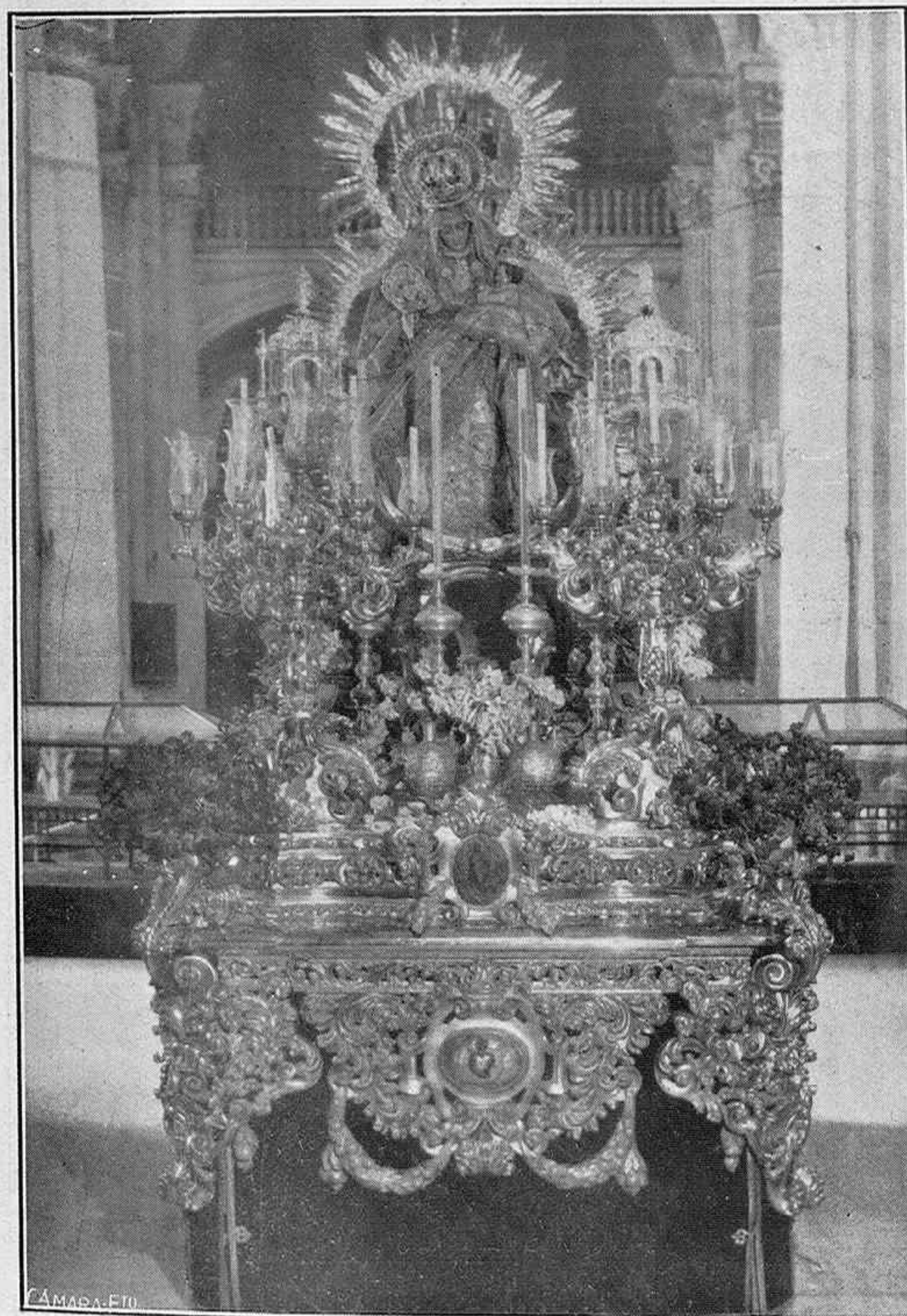
Maravillosa Virgen Dolorosa, atribuida á Roldán

la Virgen; una Anunciación pintada por Witnel de Utrech en 1555 y procedente de Osuna, y unas esculturas de la Virgen y San José del siglo xvii, pertenecientes á la iglesia filial de San Miguel de esta ciudad sevillana.

Figuran en el tercer grupo las esculturas de un Nacimiento que datan del xviii, menos la más valiosa, de un pastor, que es de la segunda mitad del xvii, todas ellas del convento de la Encarnación de esta ciudad; una pintura de escuela alemana, representativa de la Adoración de los Reyes y procedente de Jerez de la Frontera, y un Nacimiento del convento de Santa Clara, de Sevilla, tallas del xviii.

Entre las Advocaciones existen obras peregrinas, de un encanto y de un valor singulares. Recordemos la hermosísima talla de Alonso Cano, la Virgen de la Oliva, de una iglesia de Le-

brija; la Virgen de la Merced, obra del xvii, salida de los talleres de Martínez Montañés y perteneciente al convento sevillano de la Doctrina Cristia-



La hermosa Virgen del Amparo, en su «paso»



La preciosa Virgen del Patrocinio, de la Cofradía del Cachorro, de Triana (Fots. Serrano)

na; la Virgen y el Niño, talla de la escuela flamenca (siglo xvi), procedente de Jerez de la Frontera; otra tabla de la Virgen de la Merced, escuela valenciana (?), del xvi, que expone el convento de la Asunción de nuestra capital; la Virgen de las Aguas, de esta iglesia del Salvador, bellísima escultura del xiii; la Virgen de los Remedios, ante la que se dice que oró Santa Teresa; la Divina Enfermera, de la iglesia de San Martín, de belleza singular, y la Pastora de las Almas, de Santa Marina, de Sevilla, admirable escultura de Bernardo Gijón, ejecutada en 1705.

Entre las Inmaculadas, figuran la de Martínez Montañés, del convento de Santa Clara; la de la iglesia filial de San Miguel, de Sevilla, obra del xvi y primera que con aquella advocación recibió culto en el mundo; una pintura atribuida á Zurbarán, procedente de Jerez de la Frontera, y una talla del xviii del convento de Carmelitas descalzos.

Intersantísimas son todas las obras que componen el grupo de la Virgen Dolorosa; pero entre todas llaman poderosamente la atención: una escultura de escuela granadina del xvii, que exponen los padres Escolapios; otra de Pedro de Mena, también del xvii, perteneciente al Cabillo Catedral de Sevilla; la bellísima de Juan de Astorga, cuyo expositor es el convento de Capuchinos de esta ciudad, y una tabla del xvi que ha enviado el pueblo de Constantina.

Magníficas asimismo son las obras que representan la Asunción y la Coronación de la Virgen. Pero se admiran aun más, entre las otras: una escultura del xvi, de la parroquia de San Bartolomé; la Coronación (siglo xviii), del convento del Santo Angel; otra procedente de Osuna, del siglo xviii, y una pintura del xvii, procedente del convento de Santa Paula.

Entre las banderas destacan dos regaladas á la Virgen del Valle, de la iglesia Hinojos, por Alfonso X; y entre las sayas y mantos de las Vírgenes, los más antiguos de la de los Milagros, patrona del Puerto de Santa María, y los de la Virgen de las Mercedes, de Bollullos del Condado.

Luego hay expuestos en vitrinas numerosísimas imágenes minúsculas, cuadritos y joyas de todas clases, que han permanecido atesoradas hasta ahora en las clausuras de los conventos de monjas de Sevilla y la Archidiócesis. Todas obras de arte muy curiosas y de un grandísimo interés.

Esta Exposición Mariana constituye, por fin, un atractivo poderoso para cuantos en estas horas solemnes visitan nuestra ciudad, y un clarísimo testimonio de la riqueza artística nacida al calor de esta profunda fe que es el más espléndido florón de la corona sevillana.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

## Exploradores de todo el mundo se reúnen en Inglaterra



Con motivo de la reunión de las Sociedades de Exploradores celebrada en Londres, se han juntado en Inglaterra «boy scouts» de muy distintos lugares del mundo. Ved aquí, fraternalmente reunidos, á muchachos de Sud-Africa, Fiji, Kenya, Australia, Switzerland, Inglaterra, Nueva Zelanda, India, Ceilán, Gambia y Transvaal



Los exploradores entrando á la abadía famosa de Westminster, para asistir á uno de los actos religiosos celebrados con motivo de ésta reunión mundial de «boy scouts» (Fot. Agencia Gráfica)

PERFILES DEL AÑO DIEZ

«EL FABRICANTE DE RELIQUIAS»

Es muy difícil hablar de Sindulfo del Arco sin que los lectores sospechen que más que una criatura carnal es un ente de la imaginación. Sindulfo era arqueólogo y cazador de jirafas. Esta intrépida especialidad tiene poca aplicación dentro de las ciudades. Yo creo que Sindulfo estaba descentrado en Madrid, y por eso nos pareció demasiado pintoresco. Para admirarle habría que verle en la selva virgen, su ambiente natural.

Cayó en Madrid, y en una tertulia de poetas burlones, que no creían en nada que estuviese más allá de los divanes del café. Se chancaron a su costa, se le fumaron todo el tabaco y le ayudaron a gastar su dinero. Después dijeron que era una ostra y un ballenato. Yo le conocí, y confieso que me asombró. Dió una conferencia en el Ateneo vestido de explorador, y aunque abrí mucho los ojos, la boca y los oídos, no logré enterarme de nada de lo que Sindulfo trató en su conferencia. A todos los oyentes les aconteció lo mismo. Aquella noche quedó consagrado Sindulfo como un sabio, en vista de que nadie le había comprendido.

Tenía el arte del «camelo» y una pedantería de gesto que le hacían pasar por persona importante. Cuando cayó en el café venía de América, adornado con una sotabarba marinera, un rifle, un pistolón y un encendedor que era un candil de tamaño natural. Deseaba que yo escribiese un artículo llamando la atención de la Academia de la Historia y del Museo Arqueológico, porque Sindulfo había desenterrado y se traía consigo la calavera de Atahualpa, el último inca del Perú. Lo peor es que amenazaba a todo el mundo con leer una Memoria de quinientos folios, que había escrito para probar la autenticidad de la osamenta. Yo comprendí que lo que necesitaba era sacar algún dinero por aquella calavera. ¡Qué más daba que fuese un «camelo» de Sindulfo! La leyenda es más



interesante que la Historia. No recuerdo qué docta Corporación se la compró en doce duros y la puso en una vitrina con un cartelito. Hasta que un profesor veterinario, enemigo de Sindulfo, publicó un folleto demostrando que la calavera de Atahualpa era una deleznable osamenta animal.

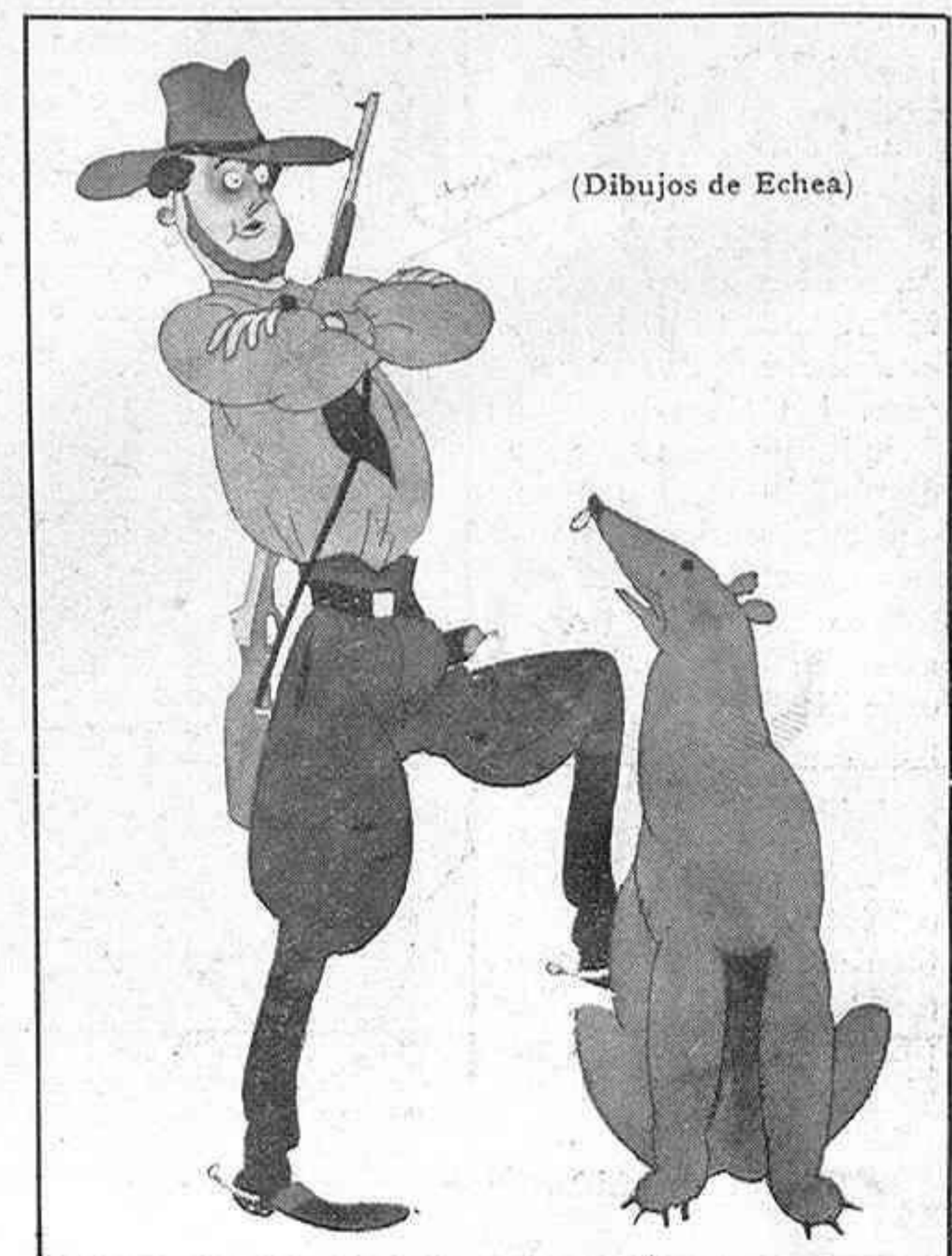
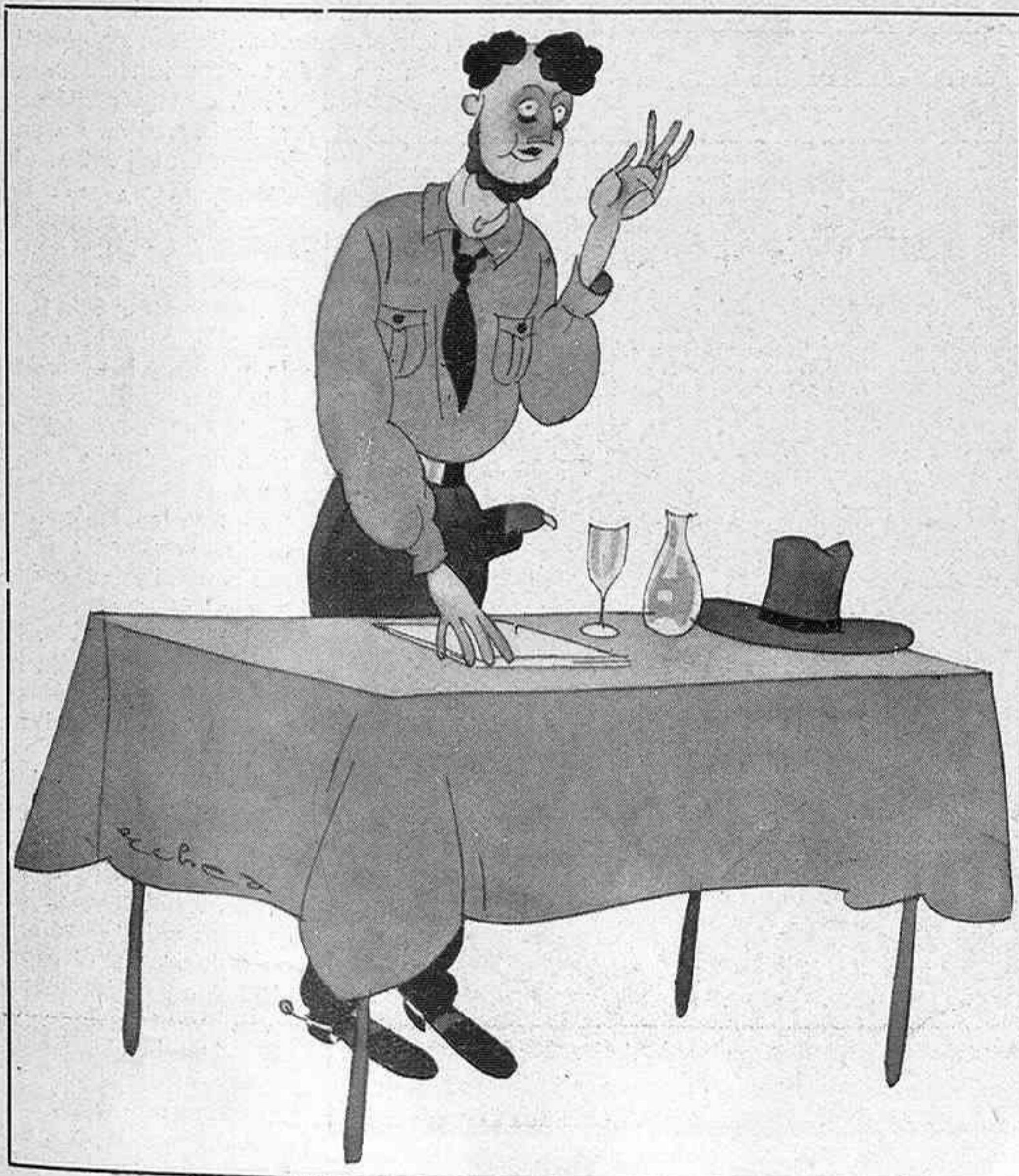
Cuando se gastó los doce duros, Sindulfo improvisó un reloj de Carlos V. Pero esta vez se le descubrió el truco. Se trataba de un vulgar despertador de cuatro pesetas.

Lo que Sindulfo hacía era crear una leyenda en torno a cualquier objeto, por vulgar que fuese. La leyenda poetizaba y valorizaba el cachivache; le daba un prestigio ideal, que valía algún dinero. De todos modos, nadie le podía probar que fuese un falsario. La espada que llevaba Cortés la «noche triste»; el ros del general Prim cuando le asesinaron en la calle del Turco; una bota de montar del general Riego... ¿Quién podría probar que no eran la misma bota, el mismo ros y la misma espada? Este fabricante de reliquias merece nuestra admiración y la del vulgo, con el mismo fundamento que nos asombramos ante un dedo incorrupto de cualquier santo ó un pedacito de sayal de cualquier mártir, bajo palabra de honor del *cicerone* que nos lo enseña. Las cosas valen por lo que la credulidad prestigia, y pocas reputaciones teatrales tienen más importancia que la que el vulgo les da. Vendiendo objetos históricos vivió un año en Madrid. Y en seguida saltó a Lisboa, en unión de todos los chalecos de fantasía que pudo encontrar en el Rastro. En la capital portuguesa Sindulfo los empeñó en los comercios de «emprestimos y penhores». Y ved cómo los chalecos

de fantasía se pusieron de moda entre los elegantes de Portugal, currutacos de monóculo y chaquet. Sindulfo conocía la psicología fantasmista de nuestros hermanos ibéricos y les colocó un saldo de chalecos de fantasía. Ved cómo se convirtió en el *arbiter* de las elegancias.

Cuando le volvimos a ver por Madrid regresaba de un largo viaje... Fué el año 18, y creo un deber hacer notar a nuestros lectores que la vuelta de Sindulfo coincidió con la invasión de perros «lulús», que hoy son el encanto de todas las señoritas elegantes. Esto no fué una casualidad. Sindulfo se trajo varias familias caninas de Pomerania, de cuya explotación ha sabido vivir como un burgués. A él se le debe la vulgarización del «lulú», chuchito vanidoso, tonto y bonito como un señorito *charleston*. A principio de este invierno ha vuelto a partir para sus viajes extraordinarios. Esta vez con una misión importante. Sindulfo ha partido hacia el desierto de Sahara y con rumbo a los bosques de Asia. Reconociendo sus arreos de bravo cazador de fieras, se le ha comisionado para que se traiga unos cuantos leones, varios leopardos y algunos osos para completar el «elenco» de la casa de fieras del Retiro. Ya ha comunicado por cable que ha cazado un oso. Seguramente será una de esas melancólicas bestias que bailan al son del pandero de los húngaros. Pero Sindulfo la creará una leyenda de oso feroz, que ha devorado a varios cazadores norteamericanos. Y el oso habrá ganado un prestigio de fiera auténtica, y Sindulfo algún dinero.

EMILIO CARRERE



## UNA BELLA RESIDENCIA VERANIEGA REGIA EN DINAMARCA

## « KLITGAARDEN »

EXISTE algún rincón en Dinamarca tan impresionante, tan bello como Skagen?

Dejad á la tormenta que agite el mar hasta levantarlo en escollos de espuma y olas gigantes, de manera que las masas de espuma se aproximen bulliciosas sobre la barra y hacia la playa. Dejad al viento que sacuda la zosterá marina y sople como si quisiera arrasarlo todo. Dejad al deslumbrante sol veraniego que perpendicularmente caliente entre las brillantes casitas blancas con sus techos rojos—y dejad aún á la lluvia que caiga á torrentes y que la niebla gris cubra húmeda y pesadamente á Skagen—; cada momento tiene su propio encanto: Skagen es lo indescriptible, lo maravilloso.

Siempre hay un característico y fuerte cuadro, tanto al sur de Skagen, con su rica y extraña vegetación en el camino de Aalbaek á Raabjergmíle, como en el Gren, donde el paisaje extraordinariamente desierto se une lejanamente con el cielo y el mar, formando un reino imaginario de brillo opalino.

Nada raro es que los artistas vayan allá, y por su arte enseñen á otros á amar la playa y la ciudad de Skagen.

Allí hay belleza en todas las estaciones del año; pero, sin embargo, quizá más que nunca cuando los claros rayos del sol de Septiembre resplandecen sobre la pequeña pintoresca ciudad, cuando ha cesado la invasión de los veraneantes, y las pesadas y poderosas figuras de los pescadores con sus enérgicas facciones, de nuevo caracterizan las interesantes callecitas.

Entonces, cuando el jazz, las modas y el flirt han desaparecido, el pueblo vuelve á su acostumbrado ambiente—apartado del mundo—. Sólo un breve rato le perturbaron esas diversiones de verano.

Ya en Septiembre, Skagen ha vuelto á su estado propio. Y en esta temporada acontece un hecho que todos los habitantes del pueblo esperan con una alegría completa: la visita otoñal de Sus Majestades el Rey y la Reina al «Klitgaard».

Desde sus bodas,



Los Reyes de Dinamarca en el dintel de la puerta de su finca de Skagen



«Klitgaarden» ó la regia casa de las dunas

Sus Majestades han visitado casi todos los años á Skagen. Entonces el Príncipe heredero y su esposa vivían en el Hotel Brondum, donde se acomodaban confortablemente en casa de Degn Brondum, esta personalidad, grande y singular, siempre igual con todos. Aquí Sus Majestades tomaban parte en las pequeñas diversiones de la vida diaria, tertulias, juegos de naipes, bailes, etc.

Pero, para los habitantes de Skagen, la visita real obtuvo su verdadero esplendor cuando S. M. el Rey ordenó al arquitecto Plesner edificar á «Klitgaarden», la casa de las dunas, como un obsequio á la Reina, que hasta tiene el título de posesión de la propiedad.

«Klitgaarden», que da con su fachada principal hacia el Kattegat, está situado cerca de la iglesia, enterrada en arena, entre la ciudad de Skagen y el Gren. Con sus muros amarillos, su techo rojo y sus dos alas que dan á la carretera, ocupa una situación espléndida en el paisaje, aun de noche, cuando la silueta de la casa forma contraste con el cielo azul obscuro y las luces brillan por las ventanas.

También en su interior nuestra vista encuentra belleza en el estilo y un confort especial. El vasto hall, con la escalera y galería arriba. La sala que da al jardín, alegre y clara, con su hogar blanqueado, donde el fuego de noche atrae por su alegre chisporroteo, y la banca fija á lo largo de la pared, y los grandes blandos cojines en el suelo, delante del hogar, es el lugar donde se reúnen Sus Majestades y los huéspedes del «Klitgaard».

Este rincón contiguo al hogar es el lugar favorito de S. M. la Reina; aquí ella ha arreglado sobre el artesonado de la banqueta una hermosa colección de cerámica: cántaros y floreros, que, junta con el cretonne floreado sobre la banqueta y sillas, esparce calor y reflejo de colores en el espacio. Y en cada mesa, cada ventana, se ve abundancia de flores, muchas flores.

A la derecha del hall está el escritorio del Rey, con la enorme

mesa. A la izquierda, la sala de comer, que fuera de la mesa grande, en el centro, para los convidados, tiene su mesa pequeña, con banquetas fijas, en un rincón de la sala, destinada para un grupo más pequeño é íntimo. Un buen efecto hacen los muebles, por el propio valor de su madera, sin pintar, junto al *cretonne* claro y suave. En todas partes hay lindos cuadros de pintura, especialmente del profesor Tuxen y Michael Ancher. Lo mejor de todo es la imponente vista al Kattegat, que da á cada sala, en especial, un aspecto festivo.

Fuera hay muchos agradables y abrigados sitios: unos detrás de la muralla de cemento que se desprende de cada ala del edificio; otros detrás de las escolleras cubiertas de arena, hechas para impedir que el mar arrebatase el terreno. Aquí se reúne la Real Familia y sus huéspedes, generalmente después del *lunch*, para pasar unos ratos agradables y sin ceremonia al calor del sol.

Sus Majestades pasan seis semanas del año en «Klitgaarden». En la Semana Santa, en Pentecostés y quince días de Septiembre. En cuanto posible, se abandona la etiqueta y se vive una vida sana y alegre en aquellas bellas regiones. La casa está casi siempre llena de convidados, y casi diariamente se hacen largas excursiones, ya sea en bicicleta, ó en *auto*, con Su Majestad la Reina manejando el coche.

Sus Majestades gozan de gran simpatía allá en Skagen, y su extensa y cordial hospitalidad también es causa de su popularidad. Cada vez que llegan se celebra el acontecimiento por los artistas y la burguesía. Las banderas flamean al viento, y las caras de grandes y pequeños brillan de alegría. Muy en especial se alegran los pescadores. Saben que el Rey á menudo los detiene; ellos pueden contarle sus historias y contarle

acerca de sus propias vidas. Sus Majestades siempre son amables, interesados y compasivos.

Si se le pregunta á un pescador de Skagen por su parecer de Sus Majestades, espontáneamente responderá que el Rey es un hombre tan espléndido, que tiene tantos bellos pensamientos y dice muchas cosas buenas, y que la Reina es tan querida y compasiva, siempre ocupada con afán en las preparaciones para sus extensas obras carita-

tivas, ó con labores de mano que pueden alegrar y beneficiar.

En el «Klitgaarden», que por los habitantes de Skagen, naturalmente, se considera como la residencia favorita de Sus Majestades, la Reina se entrega á la música y junta todos sus amigos artistas. La amabilidad y naturalidad con que el Rey y la Reina tratan tanto á sus huéspedes como á los habitantes de Skagen, ha ligado á la población con fuertes lazos á la Real Casa.

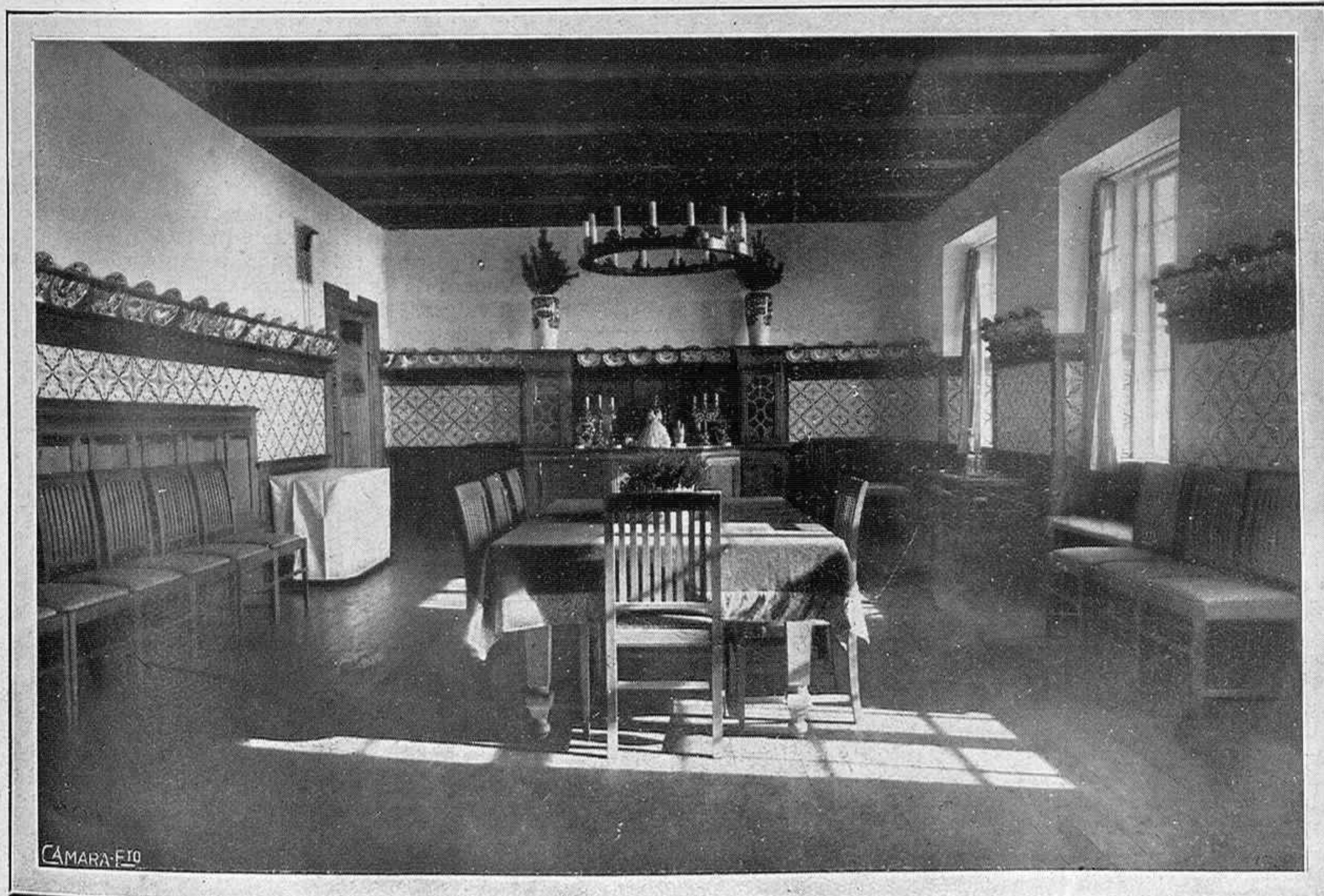
Fué en esta bella residencia de verano donde los Reyes daneses, el último otoño, tuvieron el placer de recibir á S. M. el Rey de España. La visita fué muy corta: hubo sólo tiempo para un *lunch* en el «Klitgaard»; pero, no obstante, se crearon tan fuertes lazos de amistad, que los Reyes daneses hubieron de corresponder á la visita de S. M. el Rey Don Alfonso.

KARIN  
VON DER RECKE

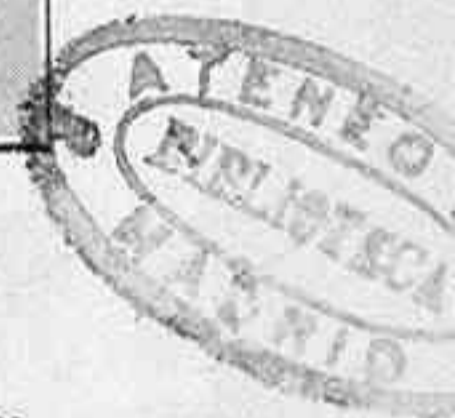
(Fots. del autor)



... cerca de la iglesia, enterrada en la arena entre la ciudad de Skagen y el Gren



El comedor del «Klitgaarden» está alegremente entornado y mira por sus amplias ventanas al Kattegat



# «LA CORUÑA, CIUDAD DE TURISMO»

## La riqueza hidromedicinal de Galicia

EN el reciente libro de Climatología é Hidrología del doctor García Vinals se nombra en primer lugar á La Coruña, por ser la más privilegiada estación climatoterápica de la Península. La Coruña acusa la diferencia más insignificante de las oscilaciones térmicas registradas en toda España.

Nuestra situación sanitaria es envidiable en el terreno de las comparaciones. De ello tengo una dilatada y segura observación, que está además avalada con inconcusos datos estadísticos.

Galicia es rica en aguas mineromedicinales, por su cantidad y calidad. Veamos cuáles son los más conocidos manantiales que emergen aguas saludables en nuestra región:

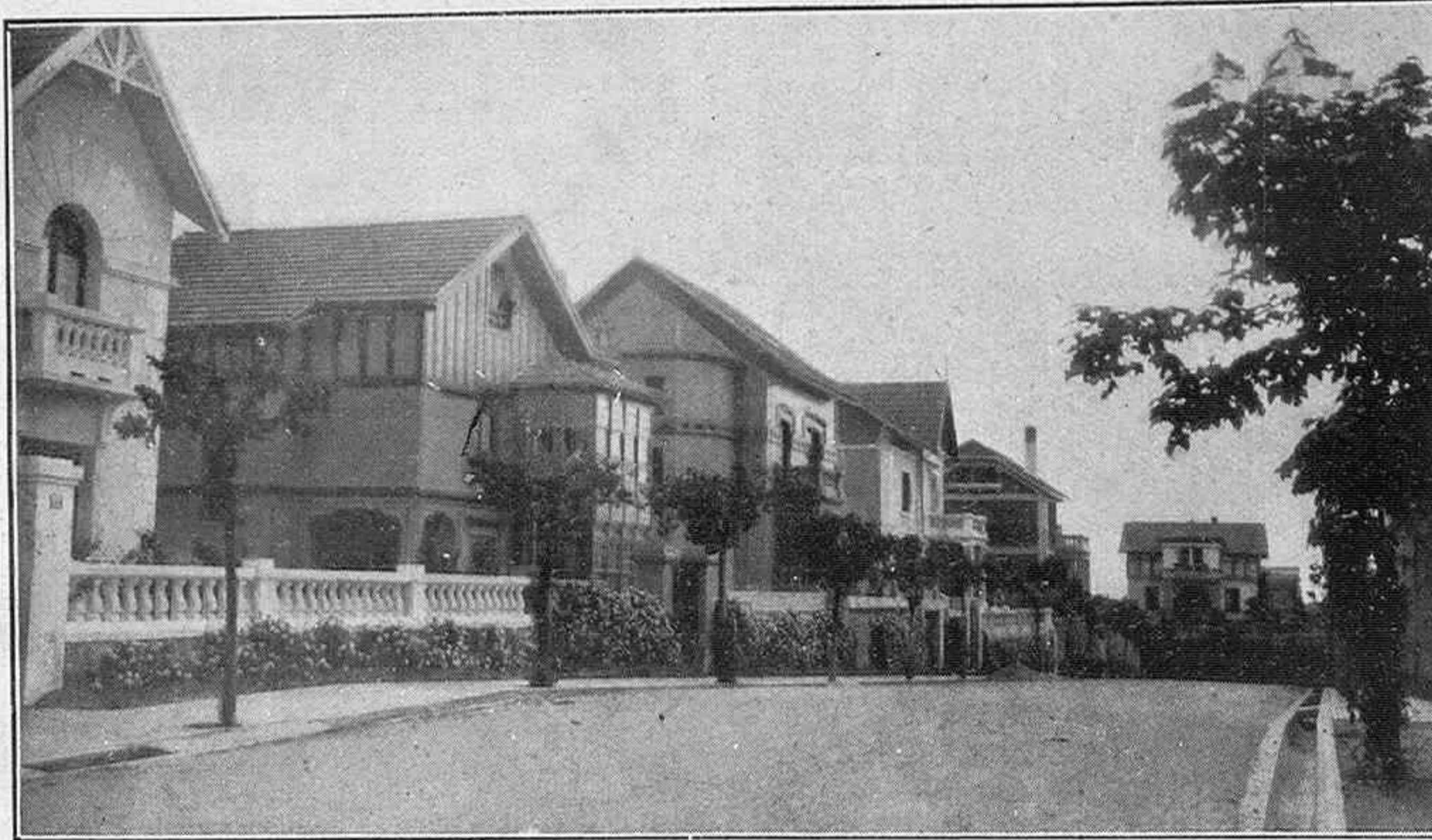
**ARTEIJO (La Coruña).**—Aguas cloruradas-sódicas, con indicios de yodo y bromo. Muy útiles para combatir las manifestaciones morbosas de los sujetos linfáticos, el escrofulismo, los tumores blancos, las úlceras atónicas, y también para aliviar la hemiplejia después de un mes del ictus, previo estudio de la tensión arterial.

**CABREIROA (Verín-Orense).**—Aguas bicarbonatadas mixtas, muy indicadas en la litiasis úrica y en la litiasis biliar. Muy útil en el tratamiento de las dispepsias, constituyendo además una excelente agua de mesa. Se considera como el específico del artritis.

**CALDAS DE REYES (Pontevedra).**—Aguas



Un pintoresco rincón de Betanzos



Un bello rincón de la Ciudad-Jardín de La Coruña

(Fot. Villar)

fhídricas. Indicadas muy especialmente en el eczema de tipo linfático.

**GUITIRIZ (Lugo).**—Aguas sulfurado-fluoruradas-sódicas, frías. Empleadas sobre todo al interior, y con mucho éxito en la litiasis biliar.

**INCIO (Lugo).**—Aguas ferruginosas magnesianas, variedad arsenical. Empleadas con gran resultado en la cloroanemia de la pubertad.

**LA TOJA (Pontevedra).**—Aguas cloruradas-bromuradas-sódicas. De excepcional beneficio en todas las tuberculosis quirúrgicas.

**LUGO.**—Aguas sulfurado-sódicas, termales; empleadas con grandes ventajas en baños contra el reumatismo.

**MOLGAS (Orense).**—Aguas bicarbonatadas-sódicas-silicatadas. Son el específico de la gota y de la hipertensión arterial.

**MONDARIZ (Pontevedra).**—Aguas bicarbonatadas-sódicas-litínicas, indicadas muy especialmente en la diabetes. Tomando estas aguas se aumenta extraordinariamente el coeficiente de asimilación de los hidratos de carbono.

Por este insuficiente é incompleto relato telegráfico no puede conocerse nuestro abundante venero de aguas mineromedicinales; pero puede divulgarse el índice, que señala unas indicaciones de gran trascendencia terapéutica en la rica Crenoterapia gallega.

DOCTOR HERVADA

cloruradas-sódicas, sulfurosas, usadas, sobre todo, en bebida, pulverizaciones é inhalaciones, contra los catarros crónicos del aparato respiratorio. Se observan casos insólitos de curación.

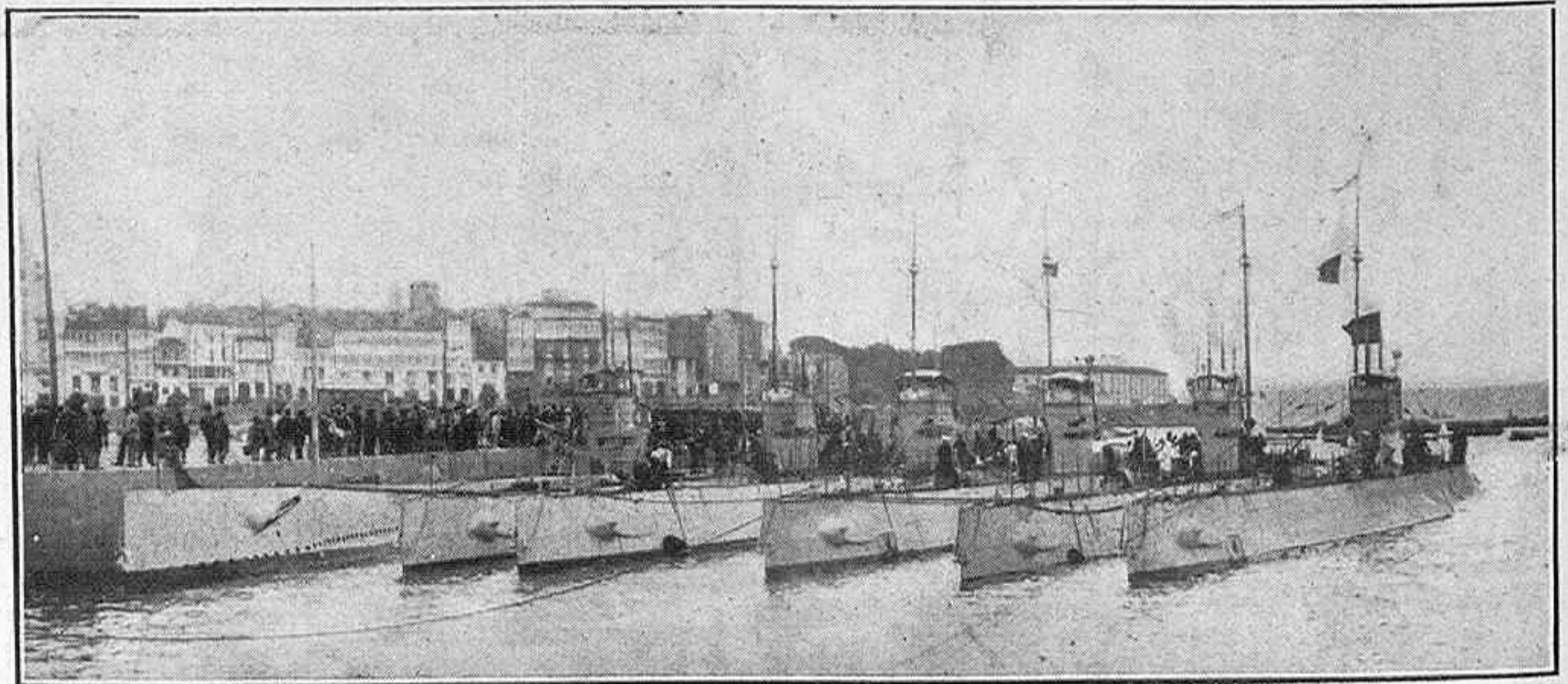
**CALDAS DE CUNTIS (Pontevedra).**—Aguas sulfuradas-sódicas, empleadas al exterior con sorprendentes resultados en las enfermedades reumáticas. Benefician mucho á los enfermos con úlceras varicosas!

**CALDAS DE TUY (Pontevedra).**—Aguas azoadas, termales, cloruradas-sódicas. Empleadas al interior, con muy buen resultado, en los catarros crónicos de las vías respiratorias.

**CARBALLINO (Orense).**—Aguas sulfuradas-sódicas, nitrogenadas, radiactivas. Se usan también con mucho resultado en las afecciones catarrales del aparato respiratorio.

**CARBALLO (La Coruña).**—Aguas sulfuradas-sódicas. Muy útiles en las dermatosis tórpidas y en las parálisis de origen central.

**CELTIGOS (Lugo).**—Aguas bicarbonatadas, silicatadas, fluoruradas y muy ligeramente sul-



Escuadrilla de submarinos españoles en el puerto de La Coruña

(Fot. Ferrer)





## BELLEZAS DE ESPAÑA

Fuente monumental inaugurada recientemente en el Paseo de Gracia, de Barcelona, y una de las demostraciones ornamentales de que la Ciudad Condal tiene empeño en ser una de las más bellas del mundo (Fot. Gaspar)

## ENCUESTA DE «LA ESFERA»

## ¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

## OTRAS DOS OPINIONES



DON ENRIQUE MARÍN

Ilustre escultor

## ENRIQUE MARÍN

LA palabra de este ilustre escultor es tajante, rápida, decisiva... Sus párrafos no se balancean en el cordel indeciso de los puntos suspensivos. Su vivacidad y dinamismo le da á su charla un aire polémico. Noble de ademán, va aderezando con los gestos sus frases—el gesto es la ilustración gráfica de la palabra—, y sus cejas suben y bajan como cubos en garrucha, según la fogsidad de los parlamentos. Marín ha vencido en la dura lid sin echar mano á procedimientos tortuosos. Conoce los recovecos y ve á los que van por la encrucijada; pero él desprecia la artimaña, pues le gusta ganar la partida jugando limpio. Esto es peligroso cuando predomina en el ambiente la chapucería y el engaño.

Enrique Marín comienza su charla, y las primeras palabras que entrega al reportero tienen el cuño legal. Ellas nos sirven para conocer el carácter de este notabilísimo artista.

—En un país donde se protege tan mezquinamente el arte—nos dice—, suprimir las Exposi-

ciones nacionales es hundirlo definitivamente. Quitarle al artista este excelente medio de exteriorizar su trabajo y darse á conocer, es anularlo. ¿Qué le queda entonces?

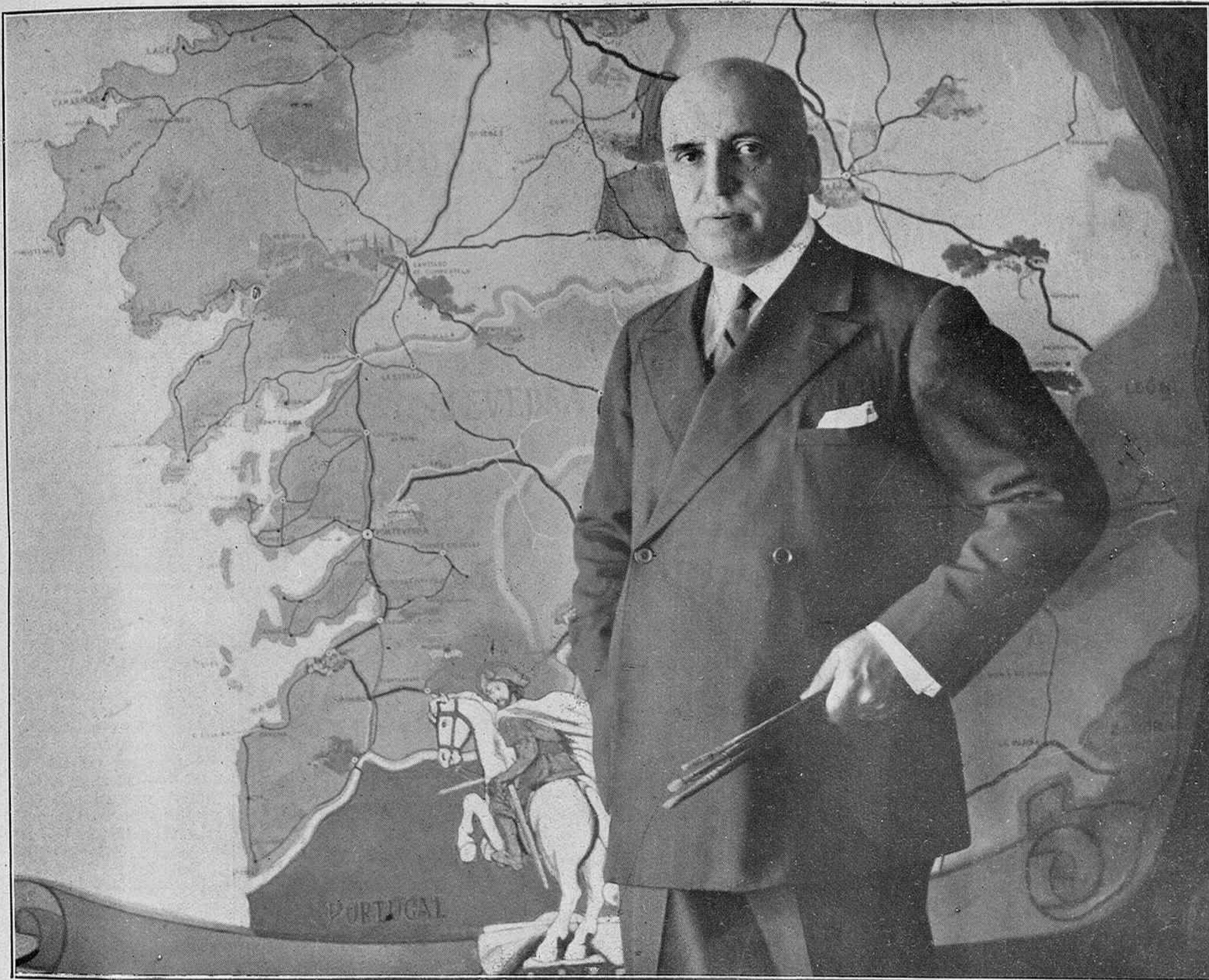
Las Exposiciones no deben desaparecer, ni tampoco las medallas. ¡Lo que anima á un muchacho el premio, la medalla, en los comienzos de su carrera artística! Es algo grande, extraordinario, la emoción más fuerte y el incentivo más poderoso que recibe para continuar su tarea. Poco á poco irá perdiendo, en la lucha, su capacidad de entusiasmo; pero el bagaje de ilusión que lleva el premio le es necesario. Cuando yo tenía veinte años, me dieron una tercera medalla con votos para la segunda. Le juro á usted que en aquellos momentos yo no la hubiera cambiado por nada en la vida. Fueron mis días mejores. Si nos quitan eso, nos privan de nuestros títulos.

Para bien nuestro y del Arte, deben subsistir las Exposiciones y los premios. Estos dan la jerarquía al artista. El público nos pregunta á menudo: «¿Y usted, qué medalla tiene?», para

valorizar nuestro trabajo. Los peligros de la injusticia y del compadrazgo puede evitarlos un Jurado compuesto de personas de dignidad profesional y de solvencia ética. Impedir por todos los medios el espectáculo que dieron en la pasada Exposición algunos señores que se dedicaron á la captura de votos por todos los procedimientos para conseguir la medalla; impedir también que pase—como ya ha ocurrido—el que un señor amañe el Jurado para que le den el premio, y otras cosas más que todos conocemos.

Es cierto que hay individuos blandos de carácter que no pueden eludir los requerimientos de la amistad; pues bien, estos señores no deben ser jurados. Yo he sido jurado y he recibido más de treinta cartas recomendándome á un expositor, ¡y no las he abierto!

Conociendo el mal como lo conocemos todos, el remedio no lo creo difícil. La medalla de honor deben darla los artistas, por votación. Este procedimiento es el más democrático y eficaz, y el que evita, generalmente, la injusticia.



DON FRANCISCO LLORENS

Ilustre pintor

## FRANCISCO LLORENS

Su faz ancha y rasurada, su presencia franca, su andar pausado y el ademán comedido de este ilustre pintor gallego nos recuerdan la silueta abacial ó el perfil rotundo de un prebendado. La parla áspera y viril de Castilla, al pasar por sus labios se baña en el suave y dulce acento de la *tierra*. Y el eco perdido de la frase es como una queja de infidelidad, el chasquido roto y tierno de la lengua vernácula—usada y amada un día—que no se resigna á morir. Francisco Lloréns dialoga con el reportero. Estamos en una salita llena de estatuillas y escayolas, liadas en blanquísimos paños, como hembras púdicas y recatadas. Es el tiempo de envolver los muebles del hogar en cretonas y dejar la ciudad calcinada por el sol. Lloréns se marcha á Galicia. Pero no lo empuja á viajar el calor, ni los agobios ciudadanos, ni la costumbre... El se disculpa diciéndonos que sus pequeñuelas se ponen maluchas en esta época canicular. No lo creemos. Es que siente la nostalgia del paisaje gallego, de sus rías y sus montañas y sus caseríos. El mal que agobia á Lloréns es la *morriña*.

En un testero de la sala hay un mapa mural de Galicia, con ilustraciones de Lloréns, para el pabellón gallego de la Exposición de Sevilla. Mientras el reportero se solaza viendo el azul fuerte de la *costa brava*, el notabilísimo pintor nos dice:

—Las Exposiciones nacionales de Bellas Artes hacen una labor de eliminación en los artistas, pues apenas un señor conquista la medalla, ya no acude más á ellas. Es un deber inmediato del Estado el impedir esto. Hay que llevar á los amedallados creando nuevos premios, honores y distinciones. Yo creo que se podían volver á repetir las primeras medallas, ó darlas á los que las tienen otra clase de recompensas. Es decir, buscar el medio y el acicate para que el artista no se retraiga de estos certámenes.

Es cierto que las Exposiciones nacionales han perdido interés; pero son muy necesarias; más que necesarias, imprescindibles. Sólo falta darles autoridad, dignificarlas. ¿Que hay luchas, intereses y pugilatos, á veces, no muy nobles? Esto pasa en todas las colectividades. Piense usted en lo que es un pleito de familia. Por esto no hay razón para juzgarnos con la severidad que lo hacen algunos. Preferible es, á la muerte, la fiebre. En donde hay lucha, amigo mío, existe pasión, y donde hay pasión, surgen las malas pasiones.

La conquista de la medalla repercute en el prestigio del artista; afianza su personalidad; es un honor, y constituye la máxima aspiración para todos.

Una de las cosas más urgentes y necesarias para que las Exposiciones adquieran todo su valor y categoría, es que tenga un palacio digno de su rango, un sitio decoroso y adecuado. No se

pueden hacer Exposiciones en aquella *jaula de gorriones* del Retiro. Nuestro arte exige palacios como los de Venecia y Alemania. El edificio actual es malísimo. En una sala da el sol; en otra no se ven los cuadros, y en todas ellas hace un calor terrible. El público no va, y el escaso que acude sale aprisa deseando ver los árboles del Parque. Aquello es muy malo.

Para buscar un remedio, nos reunimos, hace años, Sotomayor, Francés, Chicharro y yo, y solicitamos del marqués de Estella que nos cediera el palacio antiguo de Exposiciones, construido para estos certámenes (este edificio es donde está instalado el Museo de Historia Natural). El general Primo de Rivera, que nos acogió hidalgamente, nos dijo que un sitio á propósito sería la actual Casa de la Moneda; que en el momento que se trasladara nos fuéramos allá, pues lo importante es entrar, *colgar la capa*, según su gráfica expresión.

¡Un palacio para Exposiciones! Hay que insistir sobre este asunto, porque es de vida ó muerte para el arte nacional. En nuestro requerimiento al Gobierno, nosotros pedíamos que se celebraran en dicho local Exposiciones internacionales, que no se han celebrado desde el año 1892. Sentíamos el noble afán de contrastar nuestro arte con el extranjero, y estudiarnos á nosotros mismos al estudiar la labor ajena.

JULIO ROMANO

# MIENTRAS LA PRIMAVERA CANTA...

## (HISTORIA DE AMOR)

SALÍA Abril, y Mayo entraba en un espléndido amanecer de primavera. Nunca habían cantado las palomas con tan dulces arrullos, ni las acacias y los naranjos del jardín estuvieron tan llenos de alegría de pájaros.

Por cada vano de los ventanales entraba la luz en las vastas salas del hospital, á raudales de oro, inundándolo todo; pero las camas blancas, equidistantes y uniformes, quedaban protegidas en las zonas de sombra suave y azulada de los anchos entrepasos, relucientes de estuco. Parecía como si una cortina de sol separase cada lecho.

Empezaron á oírse toses y gemidos, y algún suspiro ahogado y doloroso.

Las enfermeras discurrían, con pasos alados, de una á otra estancia, ayudando á los practicantes, deteniéndose solícitas aquí y allá, atentas devotamente á su misión piadosa. Se oían lejanos y argentinos sonos de timbres. Por una ventana extrema, abierta al jardín, entraba el aire blando é impregnado de azahar.

En la cama próxima á esta ventana yacía una mujer joven, de rostro enflaquecido, intensamente pálido, en el que los ojos abiertos, oscuros y profundos, ciliados de negras pestañas y circundados de moradas ojeras, parecían dos pensamientos sobre una azucena.

Aleteaban los párpados, como si una brisa, de vez en cuando, los moviese; pero la mirada estaba fija, extáticamente, como en la contemplación de un vasto panorama de recuerdos.

Una enfermera se acercó cautelosamente; entonces los ojos, que parecían pensamientos, tuvieron una sonrisa luminosa para la mirada solícita que los interrogaba.

—Me encuentro algo mejor—murmuró la enferma con acento agradecido—; no se preocupen por mí.

—Tenga usted fe, tenga usted fe, y ya verá cómo sana en seguida.

Hablaba ahora la enfermera con voz mimosa y maternal, como se habla á un niño querido; y mientras le arreglaba el embozo y los cabellos rebeldes, procuraba animarla con frases esperanzadas, que parecían tener eco en el corazón de la enferma, quien respondía con vehemencia:

—Sí, sí, quiero vivir!... ¡Quiero vivir!—y cada vez que se abría una puerta, ella se incorporaba penosamente, como si esperase una visita anhelada.

—No se impaciente... Ya vendrá... Todavía es temprano... Así, quietecita, sin destaparse... ¿Me promete ser buena?...

—Sí, seré buena; váyase tranquila.

Se alejó la enfermera, blanca de luz y caridad,



La voz cantante de los violines...

hacia otros lechos á prodigar sus consuelos. Los ojos de la enferma se cerraron, como en un sueño tranquilo, tal vez para contemplar mejor los misteriosos panoramas interiores.

Pasaban las horas monótonas y largas.

El silencio de la sala fué interrumpido bruscamente por un rumor de pasos y murmullos. El médico y los internos entraban para la visita.

Cuando se detuvieron ante la enferma, ésta abrió los ojos con sobresalto; pero el doctor la tranquilizó con un gesto amistoso. Ella, entonces, sonrió tristemente y descubrió una mano, como de ex voto, macerada por la fiebre. Eran tan lentas las pulsaciones, que el doctor miró á sus ayudantes de un modo peculiar, como diciéndoles: *Señores, esto se acaba*; y como la pobre enferma le interrogase con mirada anhelante, le dijo en tono de broma y animoso acento: —Señorita, hay que ir pensando en avisar á la modista para que nos haga un lindo traje de primavera.

Rieron los alumnos la caritativa chanza, y el examen continuó en los otros pacientes.

Pasó otra hora. La enferma parecía aletargada, respirando con dificultad. Su lecho estaba ahora aislado de los otros por un biombo.

Después de la visita facultativa, las salas habían vuelto á su silencio habitual, en el que los suspiros, los gemidos y las toses de los enfermos,

en su monotonía intermitente, se hacían familiares é inadvertidos, como el *tic-tac* de los relojes caseros.

Volvió la blanca enfermera de la voz amiga. Venía acompañada de un hombre joven, vestido de negro, de rostro simpático, ennoblecido por una expresión de sufrimiento sereno. Su aspecto era el de un artista en *viacruis*.

Cuando vió á la enferma, la expresión de su dolor se hizo más profunda, y dijo quedamente, con voz estremeada:

—¡Parece muerta!

Pero ella, en esto, volvió á abrir los ojos grandes y alados, como mariposas, y al ver al que esperaba, dió un grito jubiloso y le tendió los brazos.

Un abrazo intenso y desesperado, como de naufragos que se aman y se despiden de la vida, los unió largamente, en un silencio quebrado de sollozos. Ella le suplicaba con vehemencia:

—¡Llévame de aquí; no me dejes morir!... ¡Ah, quiero vivir, por ti, sólo para ti!... ¡Más que nunca, sí; más que nunca!

—¡Vivirás, vivirás!—respondió él...—; pronto podrás volver á nuestro nido... Ahora que vuelve el buen tiempo, iremos al campo... Seremos felices á la sombra de los pinares... Yo pintaré con más entusiasmo...; estoy lleno de entusiasmo, y será el día más feliz de mi

vida cuando te lleve fuera de aquí...

Ella le escuchaba dichosa, toda ilusionada é infantil, como una niña á quien prometen vestir de primera comunión. ¡Era tan feliz viéndole, escuchándole, sintiéndole palpitar sobre su pecho, bebiendo su aliento juvenil!...

La enfermera se había retirado, discreta, como preocupada en otros cuidados.

Las persianas de claras maderas velaban ahora los ventanales, y la luz solar entraba tamizada, iluminando la sala suavemente. El aire del jardín, perfumado de azahar, era una leve caricia. Llegaban de fuera, en ráfagas sonoras y acordadas, las notas de una orquesta ambulante. Decían la canción de *El casamiento de las rosas*, con música de César Franck, que una artista de fama había puesto en boga. La voz cantante de los violines interpretaba el sentir de las flores:

«Mignón, ¿no sabes cómo se casan las rosas?  
¡Ah, es un himeneo encantador!...  
¡Qué deliciosas cosas se dicen al abrirse!

.....  
Dicen: «¡Amémonos; es tan corta la vida!...»

Y la voz grave de los contrabajos, la voz velada y cálida de los apasionados violoncelos, gemía en tono amante:

¡Ah, Mignón, amémonos  
[como las rosas!...  
Mira, la primavera va hacia  
[ti.  
De las golondrinas la única  
[ley  
es el amor á sus fieles nidos.  
¡Oh, reina mía, amémonos  
[como las rosas!...

Entonces las flautas delirantes, que eran la expresión viva del canto de las rosas perfumadas, lanzaba esta frase, subrayada con acentos de infinita pasión por los violines:

Excepto el haber amado, ¿qué existe sobre la tierra?...

Se habían extinguido ya los ecos armoniosos, y los amantes seguían estrechamente unidos por el lazo de sus brazos. En sus bocas confundidas parecían besarse, con anhelo, las almas. Sí, eran sus almas, que se besaban amorosamente, en un delirio de recuerdos evocados por aquella música y por aquella canción, oídas en otros tiempos felices, que la desgracia presente hacía demasiado lejanos y perdidos, tal vez para siempre, en un pasado sin resurrección.

Por un momento, el silencio profundo palpitó con la fuerza de dos corazones. Los ecos de la música volvieron á oírse más distantes, como una felicidad que se aleja cantando:

Excepto amar, ¿qué existe sobre la tierra?...

El amor los había unido contra todas las dificultades opuestas por la vida á su ventura...

Dos años de una vida nómada y accidentada, en la que sus almas se debatieron heroicamente contra las adversidades de una suerte implacable, habían quebrantado fatalmente la salud de ella... llámémosle Mignón, ¡pobre Mignón!, hasta hacerla caer en aquel lecho lamentable.

—¡Ah, pero pronto recobraré la salud! ¿Verdad, amor mío?—exclamó ella, como despertando—, ¡y seremos felices! ¡Dime que seremos todavía felices!...

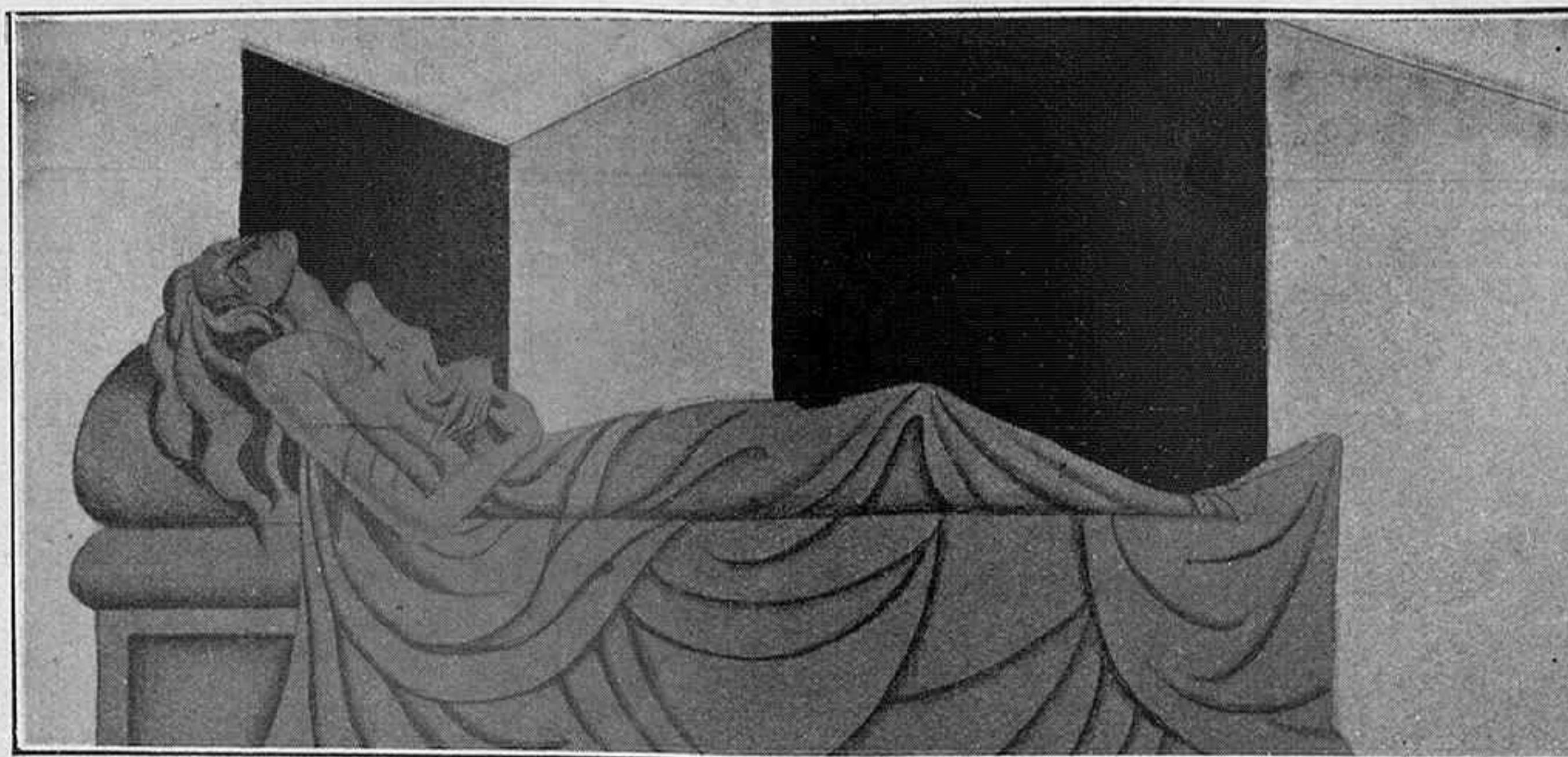
—Sí, mi amor, sí; seremos muy felices...

—Si hubieras tardado un poco más hoy, creo que me hubiese muerto; pero al ver un día tan hermoso, quise esperarte... «¡Porque la primavera vuelve á mí!...» He tenido una gran tristeza pensando en que si yo me muriese, ibas á quedarte sólo, amor mío, ¡sólo para sufrir!... Pues allá en la tierra, bajo las flores, debe dormirse muy dulcemente, porque ya los males del mundo no nos alcanzan... ¡Cuántas veces he pensado en aquel refugio!...; pero tú, pobre amor, te quedarías demasiado triste!...

Hablaba febrilmente, como en un delirio, con esa lucidez aguda y extraña de los que se acercan á la otra vida. Hablaba con excitación creciente y alarmante.

—¡Cálmate, mi vida!... No hables... Te excitas... ¡Por favor, enfermera, corre; se ha desmayado!...

La enfermera acudió apresurada;

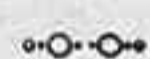


Mignón murió aquella noche...

—¡Ay, por Dios, es necesario separarse!... Se impresiona demasiado, y eso le sería fatal en su estado... El doctor le permite á usted volver mañana...

—¡Mañana!—gimió él sin poder reprimir sus sollozos—. ¡Mañana!... ¿Cree usted que el doctor no me desengañó?... Ya sé lo que tengo que esperar... ¡Mañana, ah, es mi felicidad, mi ilusión, mi alma lo que se va con ella!...

Y Mignón murió aquella misma noche, con las primeras rosas.



Fué el entierro en un día encendido de sol. Llegaron al camposanto, lleno de tumbas y cipreses y templos peristílicos, rodeados de plantas floridas, como los jardines helénicos. El sol lo cubría todo, y bajo su beso ardoroso las flores, bien nutridas, se desperezaban, en un ensanchamiento de hojas y en un bostezo de perfumes. Parecía como si la Muerte, harta de sol y embriagada de aromas, se revolcase sobre la



El carro mortuario se detuvo al final de una calle...

alfombra de vida que cubría las sepulturas.

Al paso del féretro por las calles de mirtos y rosales, las rosas, rojas de pasión, y los pájaros, ebrios de luz, parecían decir, como en la canción del poeta:

Mignón, ¿no sabes cómo se  
[casan las rosas?  
Mira, la primavera va hacia  
[ti...

Y, en efecto, era como si por todos los senderos de aquel campo de tumbas saliesen las Gracias primaverales al encuentro de la recién llegada, agitando sus incensarios.

El carro mortuario se detuvo al final de una calle, ante una zona

extrema y desolada del cementerio, que era como un suburbio de la extensa necrópolis, toda animada de fúnebres cortejos.

Ningún dolor tan grande para el amante como este de abandonar á su amada en la fosa anónima. Nunca su pobreza se había presentado tan cruel á su corazón como en este instante en que hubiera dado la vida por una sepultura exclusiva donde poder guardar su tesoro de amor. Era tan desesperada su pena, que el mismo sufrimiento anesthesiaba sus sentidos, convirtiéndole en un autómata.

Vió bajar al hoyo profundo el ataúd, sobre el cual cayeron las primeras paletadas de tierra sin que su corazón se estremeciese, ni una lágrima aliviase la aridez febril de sus ojos. Sólo anhelaba que el hoyo fuese pronto cubierto de tierra y quedase hermético; pero los enterradores no proseguían su tarea, pareciendo esperar (aposentadores serviles de la muerte) la llegada de otro huésped desconocido...

Y otro nuevo entierro no tardó en llegar. Pero el amante huyó sin esperar al enterramiento del nuevo huésped, porque no hubiera podido soportar la tremenda verdad que sospechara... ¡Ah, cobardía del corazón, que se refugiaba en la duda!...

Por la soledad de los campos que circundaban el cementerio vagaba el pobre amante, enloquecido por la idea horrible que le obsesionaba. Sentía crujir el suelo bajo sus pies, como si lo socavasen un rebaño de topes, y verdaderamente deseaba en el alma que un abismo se abriese á sus pies para precipitar su desesperación en las subterráneas profundidades.

Desde una loma, donde se detuvo, dominaba la ciudad próxima de los muertos y la ciudad lejana de los vivos, que empezaba á perfilar sus contornos en la sombra vespertina con infinitos puntos luminosos.

Pronto, en la obscuridad de la noche vernal, el cielo inmenso se llenó de estrellas, y la tierra de fuegos fatuos...

GOY DE SILVA  
(Dibujos de Tejada)

## EVOCAIONES Y CONTRASTES

## Campanas electorales de ayer y de hoy



Anuncios electorales durante las últimas elecciones francesas

Al recorrer las calles de la desenterrada Pompeya, lo que más excita la imaginación del visitante son los *graffiti* y las inscripciones pintarrajeadas en negro ó rojo sobre los muros de la malaventurada ciudad osca. Y de todos esos testimonios de vida intensa bruscamente aniquilada por la convulsión violenta del Vesubio, ninguno causa mayor impresión que los reclamos y anuncios electorales, numerosísimos y, por lo general, en extremo curiosos y significativos. Ellos dan perfecta idea de lo que debieron ser las luchas electorales cuando hace dos mil años pululaban en el Foro pompeyano y recorrían la comercial *Vía de la Abundancia* gentes llegadas de todos los lugares del mundo civilizado, romanos, griegos, fenicios, egipcios y tracios, para elegir su candidato al Municipio ó al Senado. Tan

poderosa es la sugestión que basta cerrar momentáneamente los ojos para evocar el animado y pintoresco cuadro.

A la verdad, aunque pudiera discutirse si los romanos llegaron á conocer el arte del reclamo comercial ó industrial, Pompeya ofrece pruebas abundantes de que se sabían de coro la papeleta del reclamo político.

Y convencidos de la eficacia de tal medio de propaganda, cubrían materialmente de anuncios electorales las fachadas de las casas, las puertas de los comercios y hasta las columnas de las tabernas.

El procedimiento empleado para la fijación de inscripciones era invariablemente el mismo. No existiendo el papel hace dos mil años, y aún muy lejano el descubrimiento de la imprenta, el

cartelero era un curioso compuesto de operario y de artista que fijaba sus anuncios exornándolos las más veces con pinturas al fresco de relativo mérito, en las que aparecía frecuentemente el asunto mitológico ó la presunta efigie del aspirante al cargo político. Este cartelero, llamado *scriptor*, era precedido en su trabajo por un *dealbator* cuya misión consistía en preparar el muro, blanqueándolo ó cubriendo las anteriores inscripciones, para la obra del *scriptor*, que iba siempre acompañado de dos *abstanes* ó ayudantes. De ellos, el denominado *lanternarius* desempeñaba un papel tan extraño como indispensable: el de proyectar sobre el muro la luz de su farolillo de aceite mientras el cartelero trababa la inscripción. El segundo *abstane* portaba los cacharros con las pinturas, las brochas y pin-



Listas electorales de Pompeya el año 79 a. de J.

celes, y los restantes adminículos del *scriptor*. Ha de advertirse á este propósito que la fijación de inscripciones electorales se efectuaba siempre á altas horas de la noche cuando las calles de Pompeya se hallaban desiertas y sin otra luz que los lampadarios encendidos ante los templos y en las plazas. Era el único procedimiento para que el *scriptor* y sus auxiliares trabajasen con absoluta tranquilidad en la populosa y agitada Pompeya. Aún parece leerse en el ángulo inferior de un gran anuncio electoral del año 79 antes de Jesucristo, la siguiente inscripción: «¡Sostén con fuerza la escalera, farolero mío, para que yo pueda fijar en este muro todas las alabanzas que merece mi patrón.»

Ha de suponerse que no todos los propietarios se prestaban al embardnamiento reclamista de sus casas, en cuanto son numerosas las que aparecen completamente limpias de inscripciones electorales, mientras hay otras cuyas fachadas parecen destinadas á esa forma de propaganda política, acaso porque de ello se derivaban ciertos provechos materiales para los caseros complacientes.

Examinando ahora el contenido de los anuncios, puede inferirse que los candidatos romanos ponían mayor empeño en hacer conocer su nombre y sus virtudes cívicas, que sus programas políticos. Así, puede leerse en una inscripción: «Votad por Gnius Elius Sabinus! Es una oveja blanca entre tantas ovejas negras.» En esta otra se dice lo siguiente al elector: «¡Votad por Pansa, que jamás se ha embriagado!», ó bien: «¡Votad por Popidius! Es el hombre que debe ir al Senado. Ningún jurisconsulto puede igualársele.»

La participación de la mujer en las luchas políticas—participación indirecta, puesto que no podía ser electora ni candidato—, es otra de las interesantes enseñanzas de las inscripciones pompeyanas. Abundan las suscritas con un nombre femenino, sobre todo en aquellos barrios propicios á la vida galante. El de cierta *Asillina*—probable-



Una de las casas últimamente descubiertas en Pompeya con inscripciones electorales



Inscripciones electorales sobre la entrada de la casa de Trebius Valens, en Pompeya

mente alguna cortesana famosa en Pompeya—se repite hartas veces en los muros de las tabernas, ya en esta forma: «Asillina pide á los dioses que triunfe en las urnas su amigo Lucius Secundus»; ó bien en esta otra más eficaz y práctica: «Asillina espera que todas las esposas hagan votar á sus maridos por Lucius Secundus.» La candidatura de Lucius Tirrenus es recomendada no por su amante, sino, ¡detalle conmovedor!, por «su amantísima abuela», mientras la de Tetilius Scila es apoyada por «su abnegada consorte».

Como en las elecciones de ahora, no faltaban en Pompeya gentes de buen humor que se divertían á costa de los candidatos menos populares. Un cartel recomienda la elección de Julius Politius, «que es hermoso como un Adonis». Este anuncio se halla situado cerca de una casa de dudosa fama, y lo suscribe cierta *Smirina*, que debería ser, sin duda, bastante conocida en la hospitalaria mansión. Puede presumirse fundadamente que al buen Julius Politius, puesto en evidencia por su amada Smirina, le sentó mal aquella pública protección femenina. Porque, según muestra el cartelito, hizo intervenir al *dealbator*, encargándole que borrara con una mano de cal el nombre de la recomendante. Pero, sin duda, el *dealbator* cumplió á medias el encargo, ya que el nombre de *Smirina* permanece aún, á través de veinte siglos, bastante visible bajo su discreta veladura.

Leyendo esas y otras muchas inscripciones pompeyanas, se viene en conocimiento de que aquel mundo estaba agitado por las mismas pasiones, los mismos odios, los mismos vicios y las mismas miserias que el nuestro. Los humanos del siglo xx son idénticos á los del tiempo de Cicerón. Si esos antepasados nuestros tornasen á su vida, comprobarían que al correr de dos mil años, si las costumbres raciales y privadas han variado, los usos políticos no progresaron gran cosa.

D. R.

# T I P O S P O P U L A R E S



Una vendedora de aves, en la provincia, tan castellana, tan llena de acento típico, de Avila

(Fot. López Beaubé)

CÁMARA-FIU



# EL ENCANTO DEL VIEJO MONTMARTRE

**L**ACRIMAE RERUM!... Tienen razón los poetas y los artistas para llorar la lenta desaparición bajo la piqueta demolidora y la invasión del urbanismo á la moderna, de ese rincón tan típico, sugestivo y pintoresco de París que era el barrio de Montmartre. El viejo casi ya no existe.

Cuando yo lo conocí, va ya para veinte años, todavía conservaba sus atrayentes encantos, y de ellos han quedado en mí recuerdo inolvidable.

Montmartre, como Batignolles, estuvo siempre habitado en gran parte por empleados y pequeños rentistas; pero, sobre todo, por pintores, escultores, músicos y poetas. Por el lado que da hacia la llanura de Saint-Denis, su población, en cambio, ha sido y continúa siendo casi exclusivamente obrera. Montmartre ocupa el lugar más elevado de la comarca parisiense, á más de cien metros sobre el nivel del Sena. De antiguo, todos han llamado á Montmartre la *butte sacrée*. En su cúspide, como si dominara á todo Montmartre, como si dominara también todo París, se eleva ese templo monumental, como un coloso de piedra, que es el Sagrado Corazón. Para llegar hasta él cómodamente hay un funicular. Esa basílica soberbia, que es un alarde de riqueza, á la vez que de mal gusto, contrasta con aquella otra iglesia cercana de San Pedro de Montmartre, mutilada, casi en escombros. Ella, en su pequeñez y en su abandono, atrae mucho más la curiosidad de los artistas que la espléndida basílica con sus cúpulas altivas relumbrando al sol. Porque esa pequeña iglesia de San Pedro es una iglesia del siglo XIII, con capiteles de mármol procedentes de una capilla de la época merovingia y dos columnas de mármol verde que fueron de un templo pagano. En el jardín, descuidado y solitario, las campanas las han colgado de un andamiaje, y hay allí un calvario con una gruta.

No lejos está el Molino de la Salette, que da la nota más típica, y que han pintado todos los pintores y los aprendices de pintor. Sus aspas ya



«Les rapins»

no dan vuelta al soplo del viento; permanecen inmóviles, en cruz, como brazos de parálítico. Y, sin embargo, parece que llaman á la juventud del barrio, invitándola al baile Delray. Y allí cerca estaban otros molinos, algunos recientemente desaparecidos, que, cansados de moler, se habían consagrado, como los viejos de la plaza Pigalle, á servir de modelos á los artistas. El más famoso era el *Radet*, que han demolido.

El meridiano de París tiene su lugar señalado en Montmartre, por medio de una lanza de hierro que surge desde tierra elevándose á lo alto, al lado del Molino de la Salette.

La vista sobre París y sus alrededores desde lo alto de Montmartre no sólo es magnífica, sino también única.

¿Es eso lo que atraía tantos curiosos? No, ciertamente. Lo que hacía conlleva el suplicio de subir hasta lo alto por callejas empinadas—aun los mismos automóviles llegaban al final como jadeantes—eran la intimidad silenciosa, el colorismo pintoresco, el desaliño encantador, el abandono á la vida bohemia que brindaba Montmartre. Sus calles en cuestas, sus huertas con tapias renegridas, sus *cabarets* extraños, sus salas de baile ruidosas, sus estudios de artistas, sus sórdidas casas de estudiantes, sus terrazas de café todo el día llenas de gente. ¡Y qué gente! Aparte los viejos rentistas que adoptan un aire burgués, leyendo y á veces releendo los periódicos para matar el tiempo y el aburrimiento ante el bock de cerveza rubia ó el vaso del traidor ajeno, allí en Montmartre abundan los más admirables y extravagantes tipos. Ante todo, la legión de los *rapins*, esos artistas del pincel en ciernes, con sus corbatas largas y flotantes, el sombrero estrambótico en la cabeza y en la boca la inseparable, la humeante pipa. Y con ellos aquellas muchachitas del barrio, modestamente vestidas, con gracia de movimientos en el andar, graciosas, habituadas al trabajo y á las privaciones, pero contentas de vivir y reflejando una inmensa alegría en la llamarada de sus ojos ó en el fresco y estruendoso rumor de sus voces y de sus risas. Y á las puertas de las casas, las comadres, con delantal, hablando á gritos, maliciosas, burlonas, entregadas al chismorre.

Aquel barrio parece á mil leguas del París tumultuoso, elegante, cosmopolita. Es como un rincón provinciano, de existencia sencilla, todo paz, reposo y silencio. Las tiendecitas, pequeños comercios de mercería, de fruta, de periódicos, tienen un aire de modestia, como las de villorrio en domingo.

Los *cabarets* de allá arriba nada tenían que ver con aquellos otros exóticos para explotar

extranjeros *snobs* que se alineaban, en serie, más abajo, y que embobalicaban á los incautos que también querían enorgullecerse de haber hecho lo que los parisienses llamaban la *tourné* de los grandes duques.

Allá arriba estaba el *cabaret* de *Le Lapin Agile*, un superviviente de los antiguos *cabarets* montmartreses. Yo recuerdo bien la figura del *patrón*, con su cabeza de apóstol, la barba copiosa, fumando su pipa. Y el marco era digno de esa figura. En la sala abigarrada, al fondo una monumental chimenea, y aquí y allí mesas y bancos en madera toscamente tallada. En un sitio un enorme Cristo en yeso con los brazos extendidos, y en otro lugar un Apolo pulsando la lira. Y aquí y allá por las paredes, cuadros, dibujos, un cartel de Poulbot,

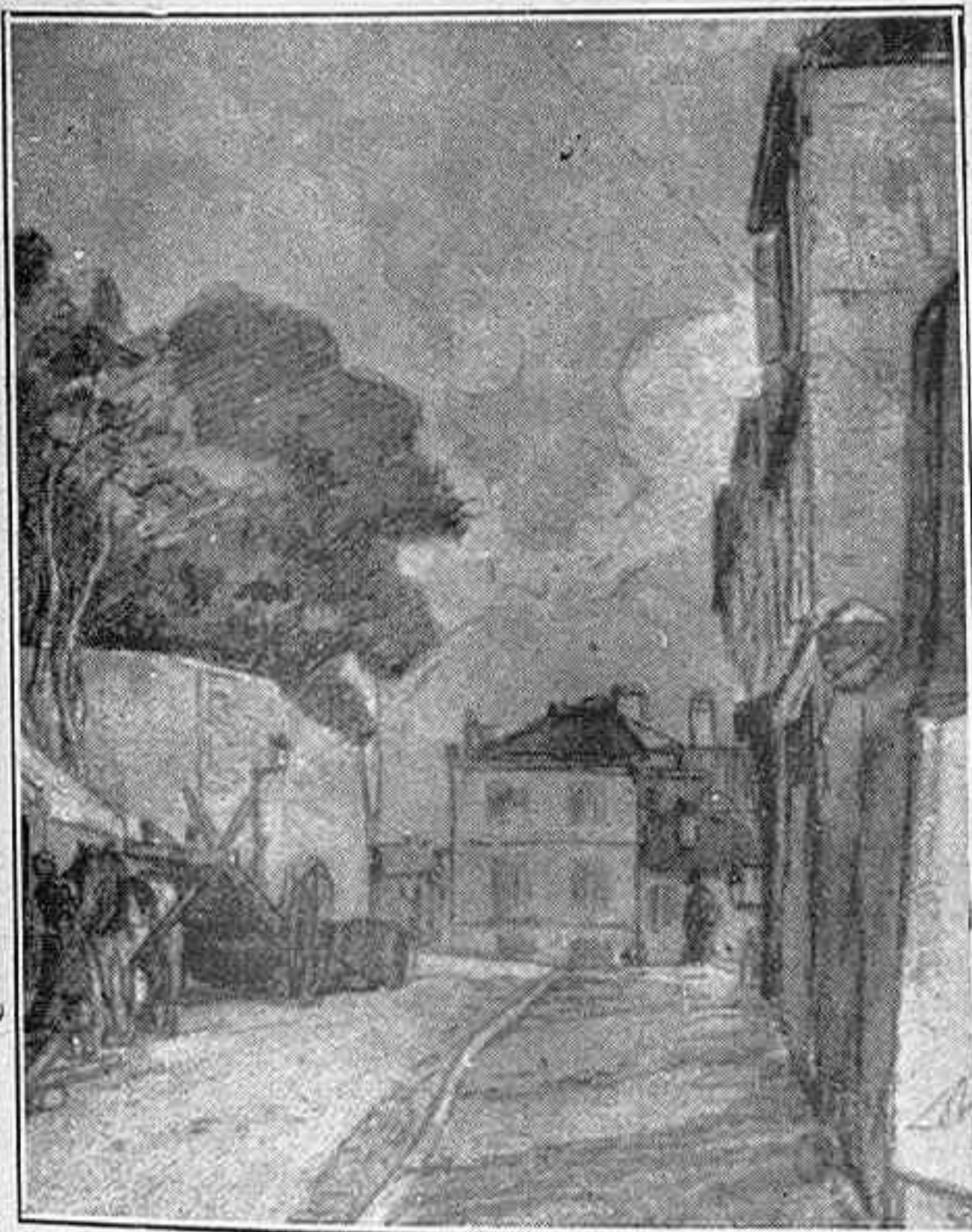
bajorrelieves, medallones. Por las mesas, gentes de perfil extraño, de vestimenta rara—trajes de pana ó terciopelo—que cuchichean hasta que, de pronto, se produce el silencio y alguien recita unos versos ó alguien entona una canción.

¿Y la casa de Adela? Ella era famosa. Una casucha de madera, con una puerta de cristales turbios. Un comedor como el de una cantina improvisada. Pero su cocina tiene fama. En efecto, se come bien, como en aquella otra de la italiana que descubrió ó, por lo menos, puso de moda, un gran pintor español.

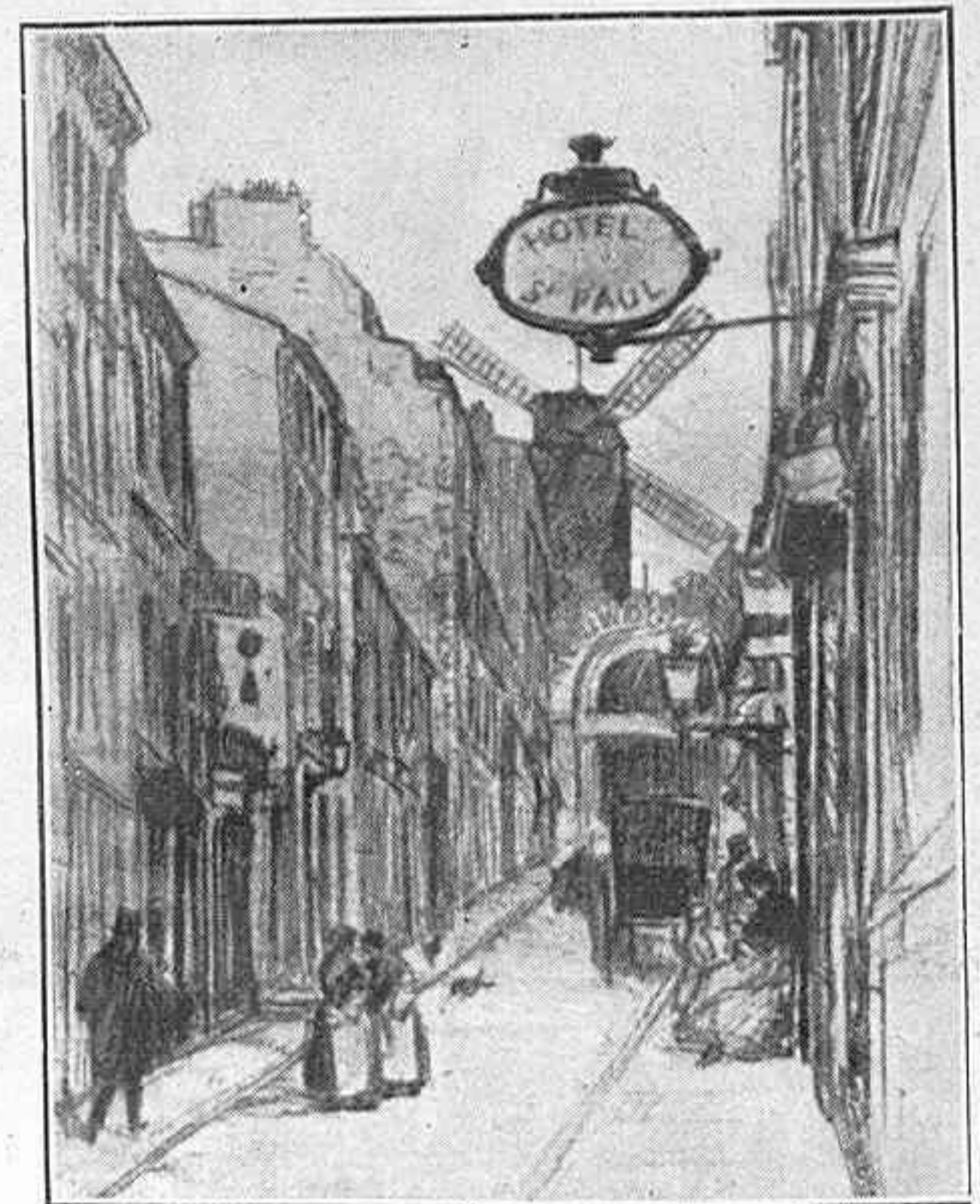
Aunque vaya desapareciendo, una vez visto, no puede olvidarse nada de eso. Queda imborrable en el fondo del alma como uno de los mejores recuerdos.

Aquellas calles tan típicas, la de Ravignara, la de Lepic, la de Mont-Cenis, la más anciana de los Rosiero, son imágenes que perduran porque ellas eran las guardadoras de todo el encanto mágico del viejo Montmartre. Y con su encanto plástico, toda su poesía de leyenda.

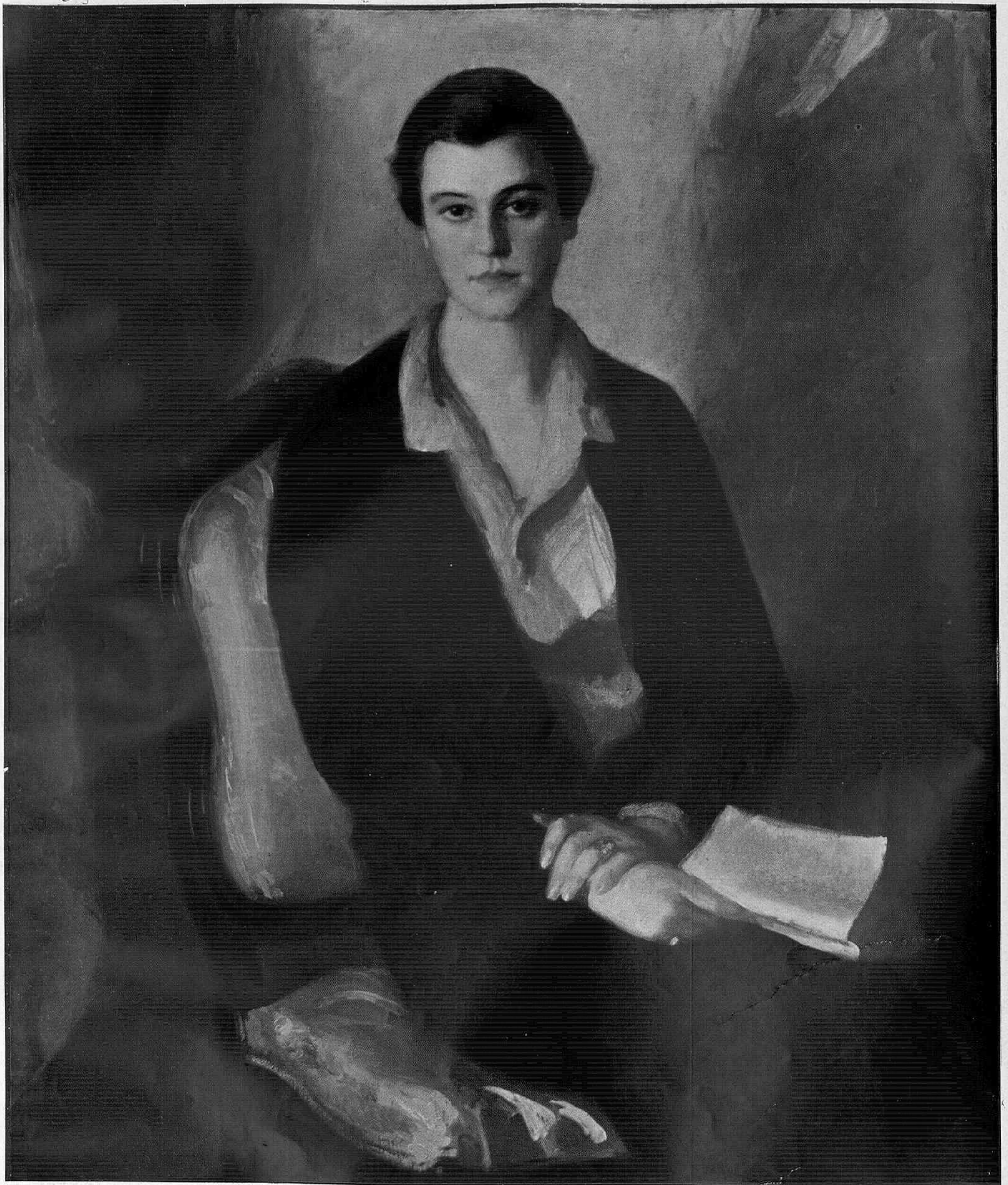
ANGEL GUERRA



En lo alto



Las callejas



«Retrato de la poetisa argentina  
Margarita Abella», por Miguel del Pino

## ELEGÍA WALTER GRAMATTÉ

EL arte alemán acaba de perder uno de sus más puros creadores modernos. Tenía una juventud doliente y un prestigio sólido. A lo largo de su pobre vida, como de su obra magnífica, la muerte acechaba vigilante é implacable. Nunca el sufrimiento y la melancolía estaban ausentes de cuanto realizaba. Los temas, las figuras, las sugerencias espirituales de este arte tan henchido de legítima amargura, siempre inclinaban el ánimo hacia un pesimismo trágico ó piadoso, feroz ó resignado.

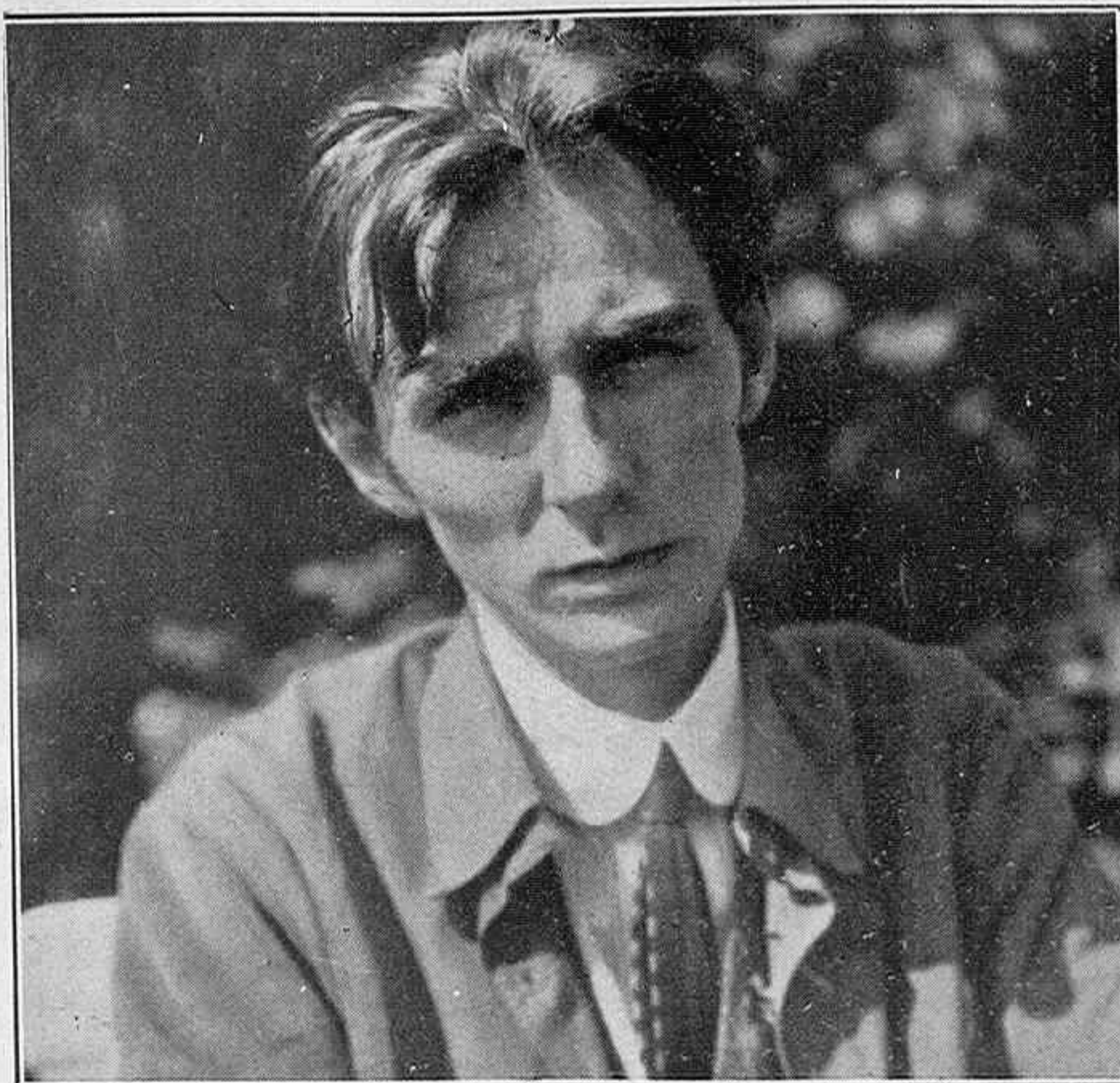
Walter Gramatté se llamaba este artista que Alemania envió adolescente á su guerra injusta, y ahora ve morir de las heridas y de los horrores de entonces. Walter Gramatté se salvó de una muerte anónima, y Alemania ha podido añadir al número de sus artistas contemporáneos un valor madurado de prisa y desgajado pronto. Pero alma y cuerpo quedaron sentenciados en los días brutales de 1914, de 1915.

Walter Gramatté tenía entonces diez y siete, diez y ocho años. Se asomaba á la naturaleza y á las pasiones humanas por una bien triste ventana. Arrebatado á la tarea pacífica y fértil del arte, hubo de someterse á la estéril corvea de los combates y la sucia esclavitud del odio uniformado. ¡Cuántos así dejó inmolar la gran nación por la egolátrica vesania de Guillermo II!

Walter Gramatté, convaleciente de heridas, sentenciado ya por un mal que no perdona, volvió á su arte.

Una primera exposición en Berlín, el año 1916, lo revela original y fuerte. Todavía el orgullo imperialista no consiente demasiada veracidad acusadora á los que vuelven de los crueles espectáculos; pero aquel hombre de diez y nueve años, que ya había matado y había creído morir varias veces, no mentía en sus dibujos, en sus pinturas, visión directa ó amargura refleja de la guerra.

En el tumulto estético que empezaba á sortear nombres nuevos, aquella aparición de Gramatté le concedió en seguida categoría. Al expresionismo germánico le brotaba una rama nueva de duras hojas de flores sombrías. Más tarde, en 1920, otra exposición, en la Galería Moeller, de Berlín—que presidió el autorretrato del ar-



WALTER GRAMATTÉ

Malogrado y admirable pintor, que ha fallecido en Berlín, á los 32 años de edad

tista, vestido de soldado, y en cuyo rostro hay una profunda melancolía—, consagra ecoicamente á Walter Gramatté.

Adviene el período más intenso y fecundo de su vida. Ilustra ediciones especiales de grandes obras literarias; graba al aguafuerte retratos y dibujos de libre fantasía; pinta paisajes y figuras de una extraña y fina delicadeza ultraterrena. Su matrimonio con Sonia Fridman, la admirable compositora, añade á la existencia febril y al arte calenturiento de Gramatté nuevas sensaciones estéticas y nuevas rutas universales. El rostro de la esposa, esa testa de leonina gravedad, de frente enorme y armónica, de cejas imperiosas, de ojos inquisitivos, será reproducido muchas veces en los lienzos, los cartones, en las planchas y las piedras litográficas del artista.

Bajo la mirada generosa, acunado por la música brotada del espíritu sensible de Sonia, cuidado por las manos sabias, en despertar armonía, sonoras y acallar dolores corporales, Walter Gramatté va realizando su obra. Ilustra— eligiendo los autores afines á su temperamento— á Gogol, á Tolstoi, á Büchner, á Balzac. Va más allá de las formas y los colores externos en la pintura de la naturaleza y de los hombres. Sus cabezas femeninas adquieren cada día más una terrible y atrayente grandeza de esfinge.

«Gramatté viene del expresionismo—dije en otra ocasión—, pero no se rezaga demasiado en él. Tampoco es el posible aprovechador de extravíos lineales y cerebrales. Se le adivina educado primariamente para las grandes normas de la composición, el color y la línea. Y luego las anima por una poderosa hiperestesia, por un indomable concepto constructivo que conserva hasta en las más desconcertantes elucubraciones.

«El mismo, físicamente, sentimentalmente, está como imbuído de la fina y aguda sensibilidad de toda su obra, y ésta es como el desdoblamiento de cuanto en su interior alienta y vive. Pocos artistas se ven así reflejados en las creaciones propias, y de ellas recogen la persistencia ideológica, para mayor carácter de casi enfermizo individualismo. Porque la saturación creciente, el autoanálisis pertinaz llegan á ser una dolencia de maravillosas angustias suprasensibles, de un ímpetu violento, que no siempre alcanzan los dinamómetros vulgares de la crítica adocenada.»

Gramatté conocía y amaba España. En 1925

recorrió Andalucía, Valencia, Cataluña. En el año de 1926 hace una exposición de dibujos, grabados y acuarelas en las dos salitas blancas del Ateneo de Madrid.

Trabé entonces conocimiento con el hombre melancólico, sentenciado á muerte, y la obra profunda, destinada á inmortalidad. ¡Qué profunda enseñanza se recibía de aquel vigor espiritual, de aquel ansia de belleza que animaban al cuerpo sufriente y á la hermosa cabeza del artista! En la algarera camaradería de nuestro grupo, Walter Gramatté puso varios días un ejemplo de mística renunciación, de infinita duración del alma más allá de la pobre y fatal ruina fisiológica. No se olvidan fácilmente los ojos claros, los cabellos rubios, la nariz afilada, la boca sarcástica y compasiva al mismo tiempo, de Walter Gramatté. Ni sus ilustraciones insuperables: la cóncava tragedia del mesócrata solitario que Gogol imaginó en *El gabán*; el pan-teísmo subjetivista del Lenz buchneriano; el holocausto, sin ecos ni resplandores, del protagonista de *Wozzeck*. Todo ello lo ha expresado Walter Gramatté con lo que pudiéramos llamar «ternura corrosiva», con una piedad ulcerada por el contagio sentimental con los dolorosos y doloridos personajes.

Las últimas obras de Walter Gramatté son dos retratos femeninos. El de la esposa, con sus melenas y sus ojos de felino acostumbrado á saltar en la selva de las armonías musicales. El de otra mujer, que hace pensar también en otro aspecto de la esposa, el familiar, el tristemente íntimo de las vigilias y velatorios junto al lecho de su enfermo incurable.

Toda la angustia, silenciosa, humilde y sometida del arte y la existencia del pintor está en los ojos de este retrato. Es la mirada misma del autorretrato militar de hace diez años. Pero entre los ojos del muchacho, que veía morir á los demás, y los ojos de esta mujer, que le veía morir á él, hay una larga, una patética peregrinación á través de la miseria fisiológica y del eterno idealismo. Y, en definitiva, éste es el que triunfó y el que fija para siempre el nombre de Walter Gramatté entre el de los escasos elegidos del verdadero arte actual.

SILVIO LAGO



«Melancolía»

Última obra del malogrado pintor Walter Gramatté



Retrato de la compositora Sonia Fridman, esposa del artista Gramatté



Lima.—El Palacio Arzobispal y la Basílica fundada por el conquistador Francisco Pizarro, en 1535

## TIERRAS HISPANOAMERICANAS

# VISTAS Y ASPECTOS DE LIMA

EL Perú y Chile acaban de dar un gran ejemplo político. Ambas naciones, de acuerdo, han arreglado el viejo pleito de Tacna y Arica.

Este pleito es conocido. Después de la guerra del Pacífico, desastrosa para el Perú, se quedó Chile provisionalmente, por medio del Tratado de Ancón, celebrado en condiciones difíciles para los peruanos, con las provincias de Tacna y Arica. Este estado provisional se eternizaba, y el orgullo herido de un pueblo caballeresco como el Perú manaba sangre.

Chile se había fortalecido mucho de entonces acá. Pero el Perú no se había fortalecido menos. Su fuerza, la conciencia de su derecho y el orgullo nacional, han amenazado por espacio de medio siglo entrar en choque con otra fuerza y otro orgullo nacional.

Este choque ha sido la pesadilla de la política hispanoamericana durante medio siglo, y el mayor, más triste y más amenazante de la política internacional de aquel continente.

Nadie se atrevía, ni en Chile ni en Perú, a resolverlo por las armas, porque el resultado hubiera sido desastroso para ambos pueblos, para toda la América española y aun, en cierto sentido, para España y para la Europa latina. «En la guerra de dos naciones hispanoamericanas—ha dicho con razón D. Rufino Blanco-Fombona—, triunfe quien triunfe, no hay sino un ganador: los Estados Unidos.»

Tampoco se atrevía nadie a resolver el asunto por transigencia, por diplomacia amistosa entre las dos naciones, por temor de herir el sentimiento nacional en uno y otro país, que en este caso, tanto en Chile como



Portada de la iglesia de San Agustín, construida en el año 1554

en Perú, llegaba al paroxismo. Nadie se atrevía a nada. Entretanto, los armamentos se multiplicaban, la saña crecía; cuantos politiqueros aspiraban en uno y otro pueblo a una popularidad fácil de conquistar, agitaban la bandera del odio y la venganza entre los peruanos, del odio y la codicia entre los chilenos. La amenaza de una conflagración en Hispanoamérica, con beneficio exclusivo de los yanquis, era perenne.

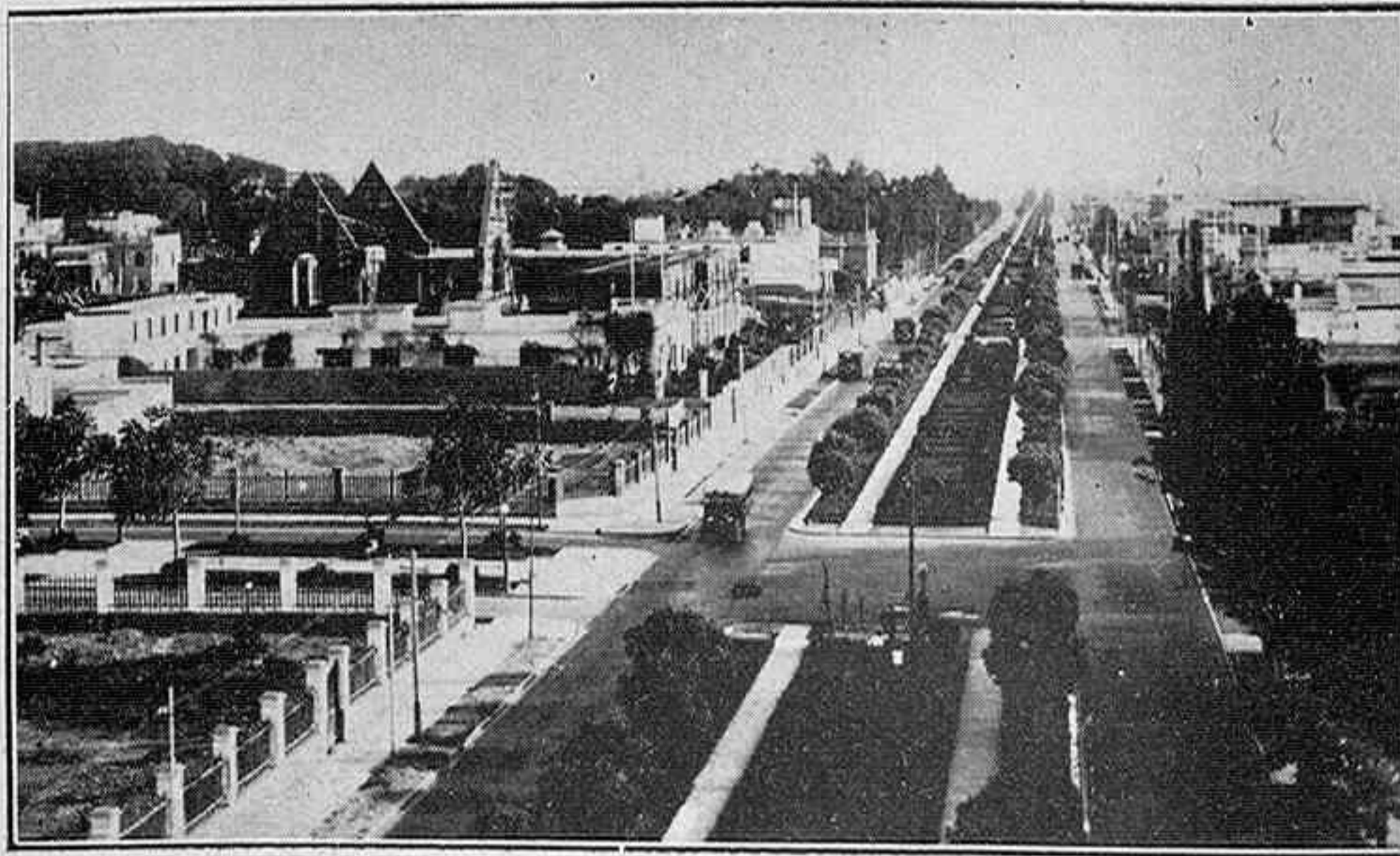
Por fin, dos Gobiernos fuertes, patriotas y audaces, han puesto término a la pesadilla de cincuenta años.

Por medio de un Tratado equitativo, obra hábil de generosa diplomacia y de patriotismo clarividente, la demarcación de fronteras entre Chile y Perú queda resuelta, sin olvidar los problemas que creó la larga dominación de Chile en las provincias del Perú. Cesó, pues, el irredentismo, y concluyó el peligro de una guerra hispanoamericana.

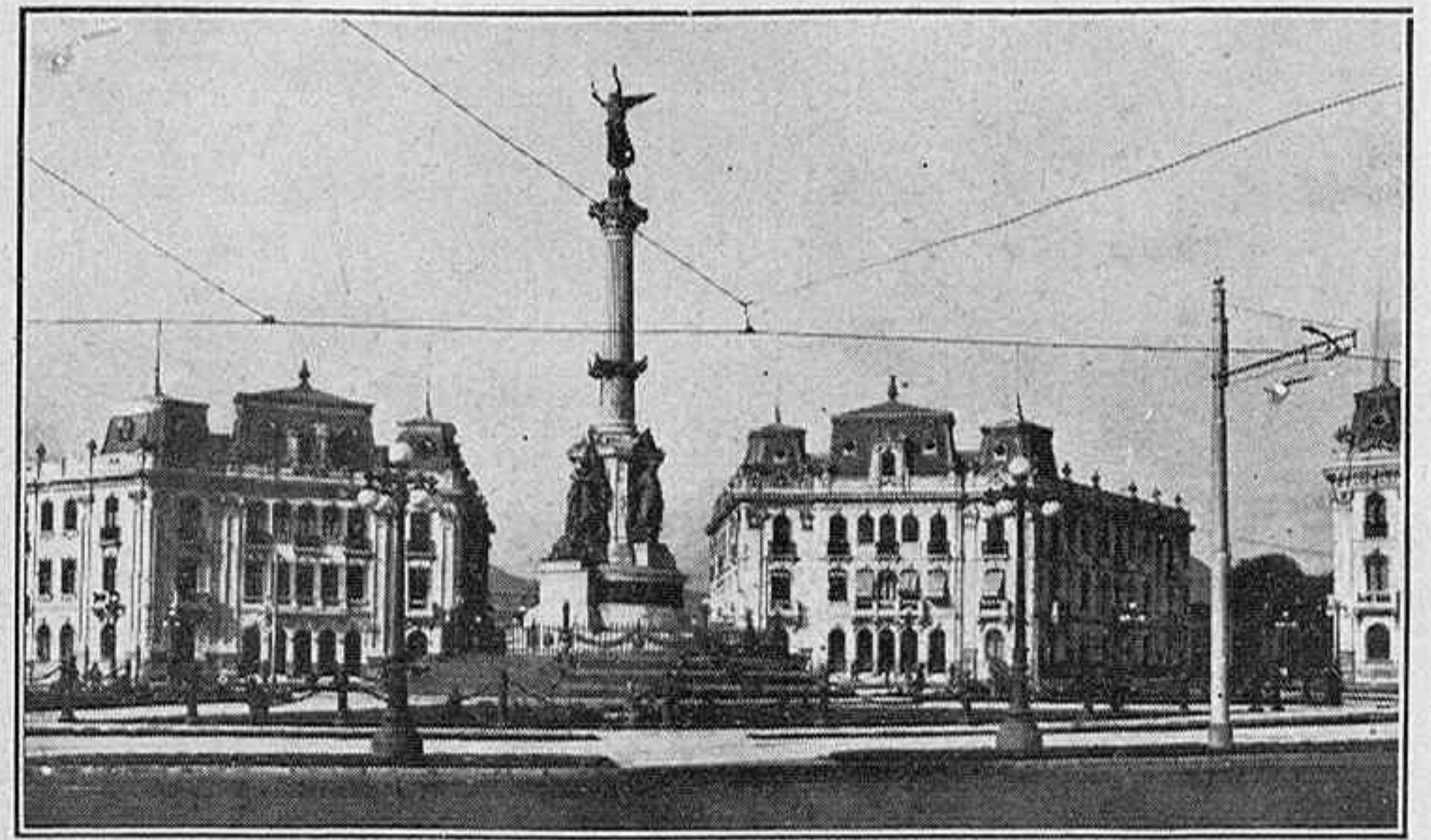
En lo tocante a Chile, es muy de aplaudirse la solución; pero en lo tocante a Perú, es quizás más meritorio el paso, por cuanto Perú era el pueblo herido y hambriento de desquite.

Artífice primordial de este arreglo ha sido el Presidente de la República del Perú, D. Augusto B. Leguía. Este personaje es mal conocido en Europa, á pesar de su larga actuación de estadista. Mal conocido, por cuanto se falsea su carácter. Se le confunde con dictadorzuelos sin escrúpulos, soldados ignaros, enriquecidos en el Poder y manchados de sangre.

El Presidente Leguía es otra especie de hombre. Es un civil y un civi-



Avenida Leguía, de ocho kilómetros, que une la capital con el balneario de Miraflores



Monumento y Plaza Dos de Mayo, de construcción muy reciente, una de las más bellas perspectivas limeñas

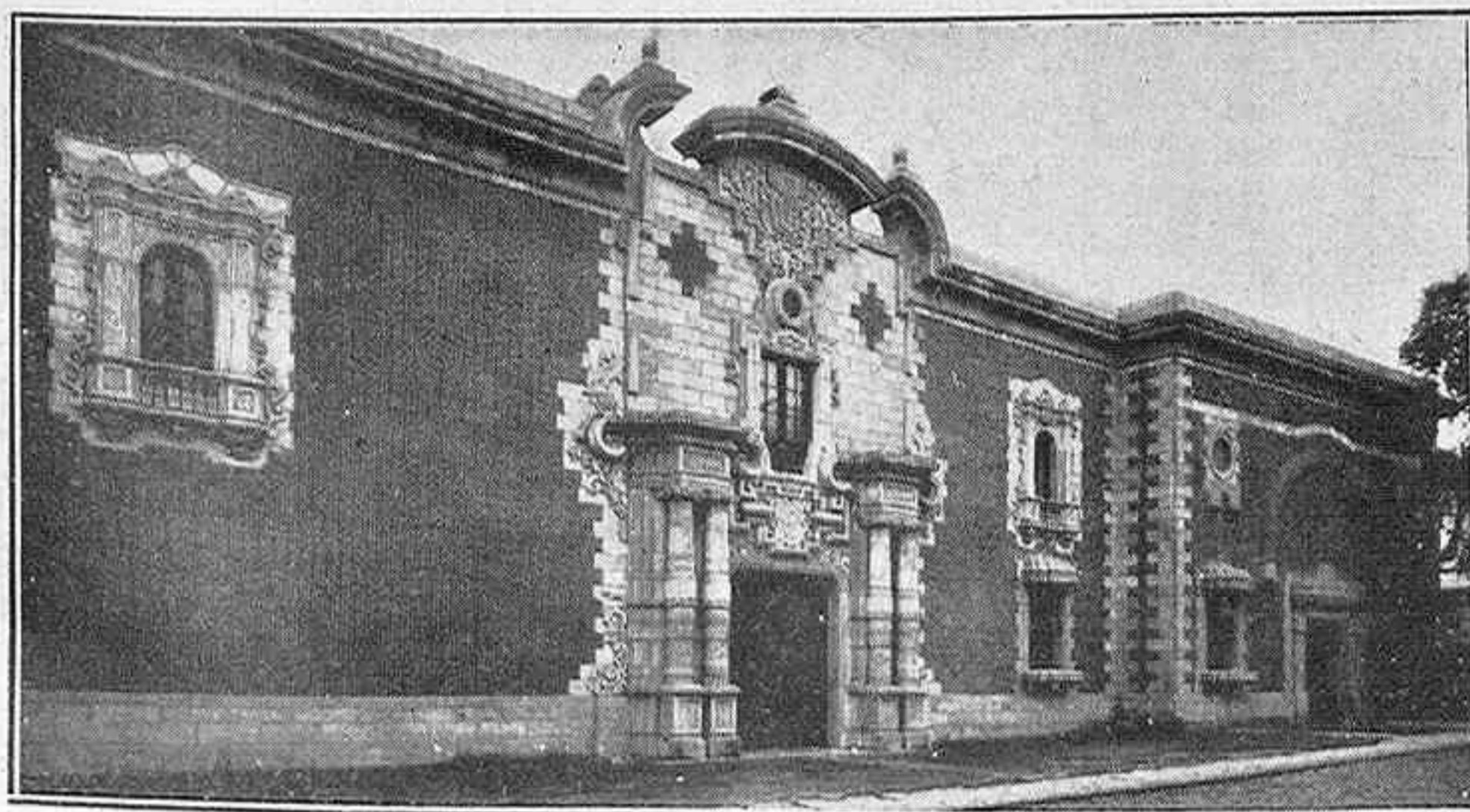


Museo Arqueológico Peruano.—Arquitectura incaica

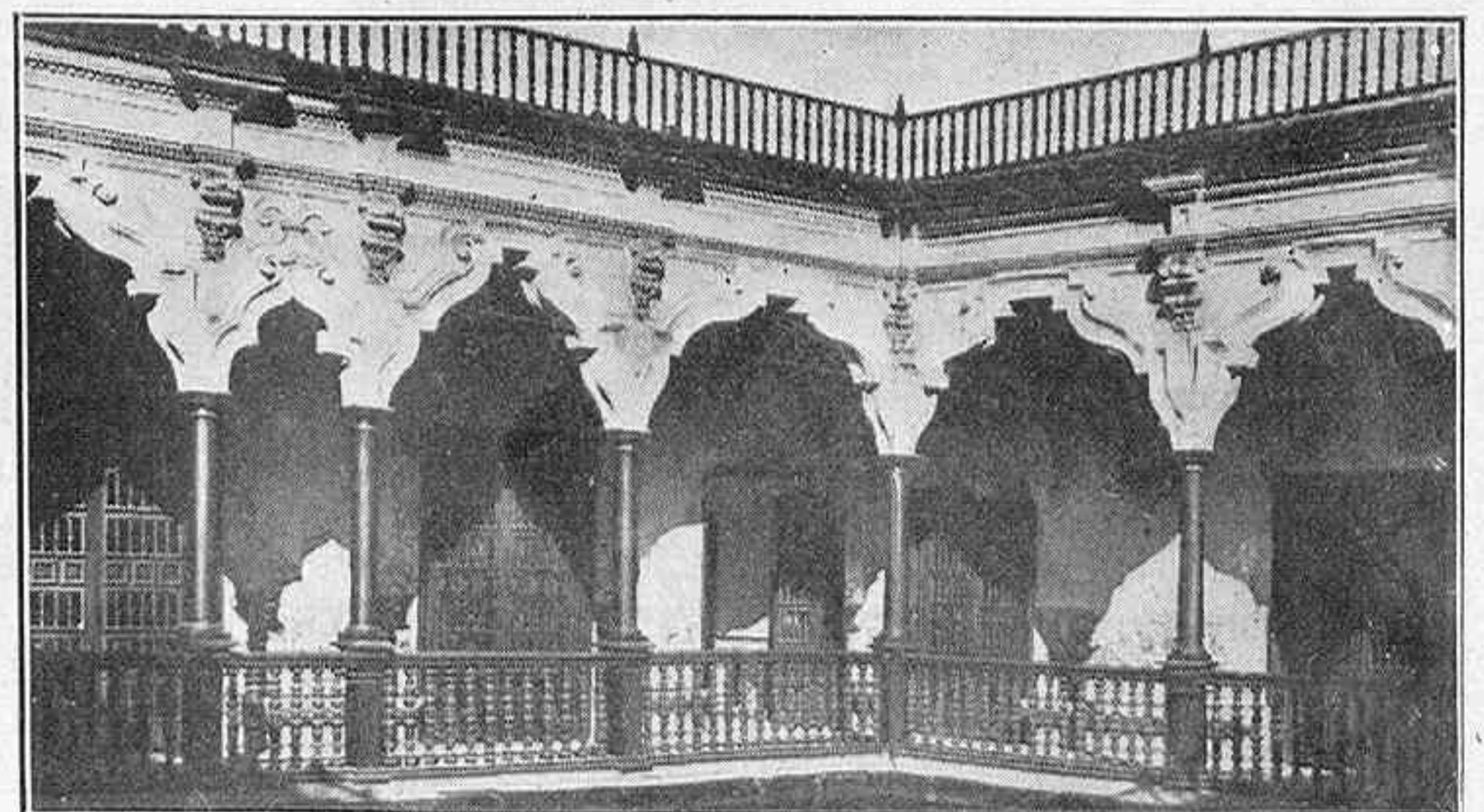
lizador en la Presidencia. Nadie, desde los tiempos de Bolívar, se ha preocupado tanto por el progreso del Perú ni le ha hecho, desde el Gobierno, mayores beneficios.

Lo testifican muchas de las vistas de Lima, que publicamos en este mismo número de LA ESFERA. Por ellas se apreciará la hermosura y modernidad en paseos, avenidas, monumentos,

etcétera, de esta Lima peruana, capital un tiempo del primer virreinato español, y á la que España consideró siempre como una hermana ultramarina de Sevilla.



Portada de la Escuela Nacional de Bellas Artes.—Arquitectura neo-peruana



Patio principal del Ministerio de Relaciones Exteriores.—Construcción del siglo XVIII



Un aspecto del bello pueblo catalán. En primer término, «Maricel», que fué un magnífico Museo de Arte

## LOS LUGARES DELEITOSOS

UNA nostalgia de claridad, de bienestar físico, de dulce acunero del tiempo por el blando aliento mediterráneo, es lo que evoca el recuerdo de Sitges en quien visitó alguna vez este pueblo blanco y alegre.

Sitges no se parece á nada y, sin embargo, está formado de alicientes amados del hombre y que gustó siempre de saborearlos. La limpia y silenciosa disposición de las calles; el sosiego tibio en invierno y fresco en verano de sus patios interiores; la blandura sonriente de un valle nunca agostado ni hurano, donde fructifican viñedos, olivares y naranjos, y florecen los claveles de picante aroma; recoletas y bien distribuidas colecciones de arte, avanzada pintoresca de los edificios sobre los firmes saledizos de las rocas; una playa pequeña y un amplio paseo marítimo que hace pensar, sin humillación, en los tan placeados de la Costa Azul...

Pueblo de pescadores, de millonarios y de artistas, Sitges ha ido modelándose, definiéndose á sí mismo, respondiendo á esas tres características influyentes en su población.

Los pescadores de Sitges conocen al Greco y saben distinguir, acaso, un capitel románico de un bizantino. Sus barcas y sus redes añaden encanto á la playa, antes que restarle atractivo, por como son harto distintas de la pobreza sucia y oscura de otros sitios donde el pescador es dueño absoluto. El sol del sur aviva formas y colores, cual las luces eléctricas á una disposición escenográfica.

Sucesivas aportaciones de artistas fueron animando estéticamente á Sitges, que hace treinta, cuarenta años, somnolecta con sus chalets, construídos lejos del mar; su viejo paseo de la Ribera, con las polvorientas palmeras, y su viejo hospital detrás de la iglesia.

Primero Rusiñol y el grupo de sus amigos, al crear el *Cau Ferrat*, donde hay una de las mejores colecciones de fierros y vidrios catalanes; más tarde Carlos Deering, un norteamericano apasionado de Sitges y asesorado por Miguel Utrillo, levantando sobre los escombros del hospital el palacete de *Maricel*, donde llegó á reunirse un verda-



La playa de Sitges cortada en dos limpios semicírculos por el grupo de edificaciones sobre la roca mediterránea donde culmina la iglesia



La iglesia parroquial de Sitges, iglesia marinera, con su malecón y su escalinata que desciende hasta las olas. En el fondo, las feraces colinas y el valle sonriente (Fots. Gaspar)

## SITGES, LA BLANCA

dero tesoro artístico—hoy día arrebatado y esparcido, desgraciadamente—, fueron los que destacaron á Sitges como un lugar atrayente para la emoción estética. Lo demás, el mar, el clima suave, los rincones urbanos, plenos de poesía luminosa; la campiña, bien nombrada *Vista alegre*, se otorgaba con aquella buena amplitud que promete el versículo bíblico.

Empezaban á acudir de otras tierras gentes acostumbradas á buscar la calma blanca, azul y verde de las poblaciones mediterráneas sometidas al turista. Encontraban aquí la cortesía sonriente del payés y el señorío espiritual del artista, unidos en un fervor mutuo por la Naturaleza.

Rápidamente Sitges fué avanzando su riqueza hacia el mar. Surgieron fincas nuevas, hoteles modernos, restaurantes; el paseo marítimo fué á buscar la punta de Terramar. Se construyó un autódromo y un campo de golf. Cotidianamente la cornisa incomparable de las costas de Garraf trema jocunda con el ir y venir de los autos lujosos que llevan y traen á las fiestas mundanas la buena sociedad barcelonesa. Siluetas inconfundibles de yanquis, ingleses y alemanes, pródigos de su tiempo y de su dinero, conviven. En los jardines de Terramar respiran una molicie andaluza las arquitecturas vegetales, los estanques y fontanas, los bancos de azulejería, que invitan á sentarse con sus rótulos en todos los idiomas...

El buen contagio del arte invadió los edificios oficiales; como la Casa de Correos, con sus pontones murales de Agustín Ferrer, que también es el decorador de la iglesia. No lejos del pueblo, en pleno campo, uno de los maestros de la pintura catalana moderna, Joaquín Sunyer, crea sus desnudos, sus figuras infantiles, sus paisajes de bucólica...

Y sobre el lugar deleitoso, la lumbrada serena derrama aquella claridad augusta que conocieron las costas griegas amadas de los dioses...

## ACABA DE PUBLICARSE

## «LOS VIVOS MUERTOS»

Admirable novela esta que Eduardo Zamacois acaba de lanzar al público. Hay en «Los vivos muertos» una enorme fuerza dramática, una emoción vigorosa y sombría. El gran escritor ha acertado á reflejar insuperablemente la vida en los penales; un haz de espíritus golpeados por el dolor vive en las páginas de esta hermosa novela, verdadero acierto del gran Eduardo Zamacois en esta nueva «manera» suya de novelista. De «Los vivos muertos» puede decirse, con total justicia, que es el gran éxito literario del momento. A continuación publicamos un fragmento del capítulo II

**A**L volver de su desmayo Martín Santoyo clavó en el techo una mirada idiota. Los párpados se le cerraban; una apariencia de neblina le ensuciaba á la vez los ojos y el entendimiento; todo lo veía turbio. Como se diese cuenta de que yacía en el suelo, pecho arriba, se incorporó. Esta actitud le ayudó á serenarse. El cuerpo le dolía, particularmente la cabeza, y con el dolor la conciencia iba aclarándosele. El sufrimiento es lo que más despierta al hombre.

Desconocía el lugar donde estaba: era un aposento de tres metros, aproximadamente, de longitud, por dos de ancho. Casi al ras del techo abovedado había un ventanuco sin cristales y telarañoso, amparado por fuertes barrotes, del que descendía un claror lívido. Estaba amaneciendo. Santoyo tuvo frío, y arrastrándose sobre sus posaderas buscó en el muro apoyo y calor. Al mismo tiempo le impresionaba el silencio; un silencio rotundo, insondable, que nunca había escuchado; lo sentía debajo de él y también encima y en torno suyo, semejante á una muralla de centenares de kilómetros de espesor. Un silencio que, por obra de la misma densidad de su naturaleza, parecía gravitar sobre los objetos y reducirlos á quietud; el infinito silencio que debe de haber en el fondo del mar.

—¿Cómo estoy aquí?—pensó Santoyo.

La primera frase que coordinaba su espíritu era una interrogación. Prodújose luego en su confundido cerebro una especie de aurora. Recordó...

La víspera, después de la Oración, había marchado con su brigada hasta dar en un dormitorio gigantesco; antiguo claustro sombrío, en forma de túnel cerrado por uno de sus extremos, y sin otra ventilación, de consiguiente, que la de la verja de entrada. Más de cien hombres pernoctaban allí. El bisoño buscó acomodo cerca de los «zambullos», lugar que, por ser el peor, sus compañeros le cedieron sin objeciones; extendió el petate que el buen afecto de Miguel Adolfo, de Orencio y de Constantino Santos le habían procurado, y acostóse á dormir. Como estaba exinanido más que fatigado, el sueño no tardó en acudirle, y ya se le morían los párpados cuando cerca de él un recluso comenzó á cuchichearle á otro la novatada que un grupo de castellanos y aragoneses, seguros de que El Riclano haría la vista gorda, impusieron á Sebastián Alfonso.

—¿Cuándo ha sido eso?—bisbiseó el escuchador.

—No hace diez minutos. Apenas Sebastián llegó á la cuadra, los que le acechaban, que ya lo habían todo preparado, le encueraron, le colgaron cabeza abajo y «le dieron cordel». ¡Cuánto siento no haber estado allí para reírme!...

—Y yo.

—Me alegro, porque el gitano es de los que se «berrean».

Tras un breve silencio, uno de los platicadores musitó, casi con el aliento:

—Aquí, más tarde, tendremos función.

El molinero entreabrió los ojos y advirtió que, precisamente quien había hablado le miraba al soslayo, lo que le evidenció que algo malo se fraguaba contra él; pero, como además de valiente era ladino, nada dijo y continuó aparentando dormir.

Reinaba en la cuadra gran animación: de los presos, algunos se ocupaban en disponer y mullir su petate antes de acostarse, otros se metían en un saco cuya boca un compañero les cerraba después con una cuerda por encima de la cabeza. Esta costumbre, importada de Ceuta, la practicaban muchos defendiéndose de las legiones de piojos, de pulgas, de garrapatas y de chinches que señoreaban por toda partes. Pero, no obstante el frío, ó acaso para sentirlo menos, la mayoría de los forzados iba de un lado á otro, fumando, riendo, disputándose, y eran tantos que apenas

húmedo á la vez, del dormitorio, lo que le desvelaba! Era aquella atmósfera de cloaca, densificada por las emanaciones nauseabundas de los zambullos y la espantosa mezcla de tantos cuerpos sucios, de tantos sudores y de tantos alientos. A intervalos le estremecían y finaban á despabilarle un ronquido, los tartamudeos de alguien que soñaba en alta voz, el desasosiego de los que se rascaban, el zumbar de las moscas, los pasos de los Celadores que estaban de imaginaria, el lejano ¡alerta! que, semejante á una pelota, los centinelas hacían rebotar de garita en garita.

Transcurrió mucho tiempo; por momentos el aire era más irrespirable; falta del necesario oxígeno la luz que llenaba de penumbras el recinto, latía agónica; la tarbea, con su gran carga de carne triste, imitaba el sollado de un buque de emigrantes.

Empezaba á romper el día cuando Martín Santoyo vió entrar en la cuadra á un Cabo—que rodando los días supo llamaban El Brenense y descollaba entre los jaques de más pro—. Caminaba el truhán procurando no hacer ruido, y al pasar junto á ciertos durmientes que á la cuenta eran amigos suyos, les despertaba tirándoles de los pies. Inmediatamente los requeridos, que sin duda aguardaban este aviso, se levantaban callandito y en menos de dos minutos halláronse todos reunidos al fondo de la cuadra. Eran cinco. La distancia y la escasez de luz les hacía casi invisibles, y sospechosos el cuidadoso sigilo con que maniobraban.

—Estos hijos de mala madre—pensó Santoyo—vienen á burlarse de mí.

Y no bien esta idea le asaltó, su esforzado corazón conenzó á palparle más de contenida cólera que de miedo. La convicción de que fuera de su padre nadie tenía autoridad sobre él, y el recuerdo de cómo, allá en el cementerio de su pueblo, venció á su primo Cayetano Rionda, fortalecían su valor. Entretanto sus presuntos agresores iban aproximándose. Cuando les tuvo cerca, antes de que hablasen, de un brinco se puso en pie.

—¿Qué me queréis?

Los conchabados, que le imaginaban dormido, detuviéronse un poco suspensos. Recobrado El Brenense, repuso:

—A Sebastián, tus paisanos, esta noche, le dieron cordel, y nosotros queremos hacerte bailar.

Dijo, y enarboló la vara. Sin darle tiempo á descargar el golpe, Santoyo, con un salto de lobo, lanzóse contra

él. Abrazados estrechamente los dos hombres vinieron al suelo, y sin soltarse rodaron como pelotas sobre los petates de los que aun dormían. Al ruido de la pendencia, uno tras otro todos los inquilinos de la cuadra acudieron á presenciar el duelo, mantenido con desbocada ferocidad por ambos beligerantes. El ardimiento con que el bisoño callaba y pegaba, iba ganando simpatías.

—Mala mordedura tiene el zagal—observó un viejo.

A su lado alguien repitió:

—Muy mala.

Nadie dudaba de que el baratero, al fin, saldría victorioso, si bien cuál más, cuál menos, deseaba secretamente verle vencido para sacudir su jefatura. Pero quedaron chasqueados, porque «El Lubrileño», La Minuciosa y otros adláteres del Brenense, comprendiendo indeciso el



EDUARDO ZAMACOIS

podían moverse. A las diez en punto vibró belisóno, conminatorio, el toque de «silencio». A la vez, maravillosamente, como aplastados bajo una losa, todos los ruidos se extinguieron. Humildemente, cada cual, sin desnudarse, buscó su yacija y se cubrió con su manta, y sobre aquella multitud fétida, haraposa, tendida á ras de tierra, el techo abovedado del local, en cuyo comedio humeaba un farol de petróleo, súbitamente pareció más alto.

Considerando pasado el peligro, Martín Santoyo trató de dormir. No lo consiguió; jamás había estado mejor despierto; sus párpados se repelían. Su insomnio no provenía de la miserable condición de su camastro, sino del ambiente, harto distinto de aquel otro rústico, tan saludable, á que estaba habituado. Donde un hombre de la ciudad respira sin trabajo, un campesino se ahoga. ¡Sí; era el aire pesado, untuoso, cálido y

desenlace del apretado empeño, atacaron á Santoyo, tundiéndole á golpes, y La Minuciosa, colocándose retro de él, y á mansalva, de dos ciertos garrotazos le arrancó el conocimiento.

De esta última agresión Martín no guardaba memoria. Sus recuerdos se detenían antes: aunque vagamente, veíase de pie, haciendo frente á varios hombres. Luego, de súbito, su conciencia se eclipsaba, se hundía á plomo en la sombra. De ahí el no poder ligar lo acaecido con su situación actual.

Atontado su espíritu se desperezaba trabajosamente: palpóse las piernas y los brazos, que le dolían como si estuviesen rotos, y llevándose las manos á la cabeza advirtió que la tenía hinchada y cubierta de una humedad pegajosa. Asimismo descubrió manchas de sangre en la manta con que se abrigaba.

—¡No entiendo!...—murmuró.

La luz, cada vez más firme, que caía del ventanillo, iba desentumeciéndole la entelerida atención. Examinó el suelo, de ladrillos rotos, negros y roídos por el vaivén de los desdichados que en aquel antro sufrieron cautiverio, y la hosquedad de las paredes oscuras, grietas, maculadas de frases obscenas y de atroces blasfemias escritas con lápiz. Dióse cuenta asimismo del trozo de estera en que estaba sentado, del poyo revestido de cal y adosado á un muro del que pendía, como á dos palmos del suelo, una argolla de hierro mohoso, y del repugnante «zambullo» ó vasija de barro que había de servirle de retrete, y cuya hedentina comenzaba á sufrir. Todo allí era sucio, duro, frío y cruel.

El enceldado evocó sus últimas acciones. La conciencia nada le reprochaba. Gentes desconocidas trataron de avasallarle, y él se defendió. Sin provocar á nadie, le habían herido. La razón estaba de parte suya. ¿Por qué, entonces le castigaban?...

—No entiendo...—repitió—, no entiendo...

Sobre aquellas impresiones, la del silencio volvió á descollar. Era éste tan intenso que le asordecía. El toque de diana debió de sonar hacía tiempo y, no obstante, el edificio parecía dormir. Haciéndose eco de las almas que lo habitaban, el penal, con sus numerosos calabozos, sus ergástulos subterráneos y sus desvanes, escondrijos y recovecos, simulaba un cerebro de piedra; un gigantesco encéfalo rudimentario. Las escaleras, las galerías, representaban las circunvoluciones, y los patios, las cuadras, los talleres y las cocinas, las grandes colonias celulares. Para este organismo cada uno de los mil doscientos individuos allí cobijados personificaba una idea, una voluntad. Los patios, donde los forzados se reunían á charlar y servían de obligado escenario á sus fiestas, á sus plantas y á sus riñas, simbolizaban la parte consciente, la que bullé y se manifiesta; los patios eran «el carácter». Pero á continuación—lo mismo que en el humano espíritu—estaba el ignorado sector de lo subconsciente, de lo que es suborbitario del conocer, formado por los calabozos, semejantes á neuronas, dentro de las cuales en ellas presos, aislados y olvidados de todos, equivalían á ideas dormidas.

Sin razonar nada de esto, Martín Santoyo sentíase apartado de la vida común del presidio, y como difunto. A esta inquietud, cada vez más aguda, no tardaron en ligarse las sensaciones terribles del hambre y del frío; un frío cauteloso, húmedo, paralizador, que él, hombre montano habituado á dormir á la intemperie, desconocía. Dentro de las alpargatas, sus pies, sin calcetines, estaban yertos, y temió que aquel helamiento, que ya le agarrotaba las rodillas, le subiese al estómago y al corazón después. Para evitarlo probó á levantarse, lo que consiguió tras esfuerzos improbos. Ya parado comenzó á moverse, pri-

mero á pasos cortos y vacilantes, y cuando las piernas se lo consintieron á trancadas largas. A intervalos se detenía con la esperanza de escuchar algo á través del inmenso silencio que parecía taponarle los oídos, y nada, ni una voz, ni un rumor, consiguió percibir. Todo á su alrededor mostrábase inmóvil y cual petrificado. Únicamente la luz, cada vez más fuerte, de la claraboya, consolaba su angustia asegurándole que el sol marchaba y, de consiguiente, que la vida del universo no se había interrumpido.

Como el dolor de cabeza le fuese en aumento, volvió á decirse que estaba herido. Deseando salir de dudas, y pues carecía de espejo en que mirarse, se escupió en una mano para, con la saliva, blandear aquella especie de costra de que sospechaba tener cubierto el cráneo, y en fric-

había suprimido. Este detalle, que en otra ocasión cualquiera no le hubiese importado, le entristeció y desfalleció el ánimo y quedóse inmóvil, la espalda contra el muro, los brazos péndulos. ¡Oh, qué vencido estaba!... Los bolsillos, porque se hicieron para guardar, implican un concepto dignificante, de propiedad, y son, de consiguiente, una expansión ó continuación del individuo. Privado de ellos, el indumento de las prisiones parece explicarle al recluso: «Tú no tienes nada; las manos con que robaste ó mataste no tienen derecho á guardar nada. Eres un miserable. Tú no puedes decir: «Esto me pertenece...»

Anonadado bajo su infortunio, que de todo le desposeía, Martín Santoyo permaneció largo tiempo sin cambiar de actitud. Ausente de sí mismo, no deseaba ni meditaba; no se sentía.

El rumor incierto de unos pasos, cada vez más cercanos, le produjeron el efecto de una ducha. Incorporóse con sacudida brusca y enderezó el rostro hacia la puerta, detrás de la cual varias personas se habían detenido. Por la mirilla, unos ojos le examinaban pesquisidores. Luego la puerta densa, ferrada y minúscula, cual aplastada bajo el espesor de la muralla, se abrió y adentróse en la celda un individuo gordo y bajito, desfigurado por unas gafas negras, al que daban temerosa escolta cuatro Cabos de vara. Aunque ignorante de la misión que allí les traía, Santoyo clavó en ellos sin miedo sus ojuelos grises.

—¿Cómo te encuentras?—interrogó el hombrecillo de las gafas, deteniéndose.

El tono afectuoso de la pregunta tranquilizó á Martín.

—Me encuentro—repuso—herido y metido aquí contra toda justicia, ¡Peor no puedo estar!...

—Pues venimos á ponerte en blanca.

—¿Por qué razón?

—El director lo ha dispuesto. La orden dice: «En blanca y sin cama». Conque...

Era inútil resistir, y Santoyo, sin despegar los labios, aceptó el castigo.

Uno de los Cabos, que traía en un cubo los hierros necesarios al suplicio, arrodillóse ante el cautivo y le puso un grillete, cuya chaveta remachó á martillazos sobre un yunque. Hecho esto aseguró la cadena, larga de cinco palmos, que iba unida al grillete, á la argolla empotrada en el muro para este fin. La operación, terminada á conciencia, fué laboriosa, y en el vacío resonante del calabozo las percusiones del martillo contra el yunque evocaban el rumor de aquellas primeras paletadas de tierra que los sepultureros echan sobre los ataúdes.

Al verse así preso—más preso que antes—, el molinero rechinó los dientes; bajo su cráneo manchado de sangre, su flaco rostro tomó el color de la ceniza. Estaba espantoso.

—¡Vamos, hombre, no te quejes!—exclamó chancero un Cabo—, y agrádecele á Dios que «la blanca» no sea «cartagenera».

—¡Que de salud sirva, y que la goces muchos años!—exclamó otro.

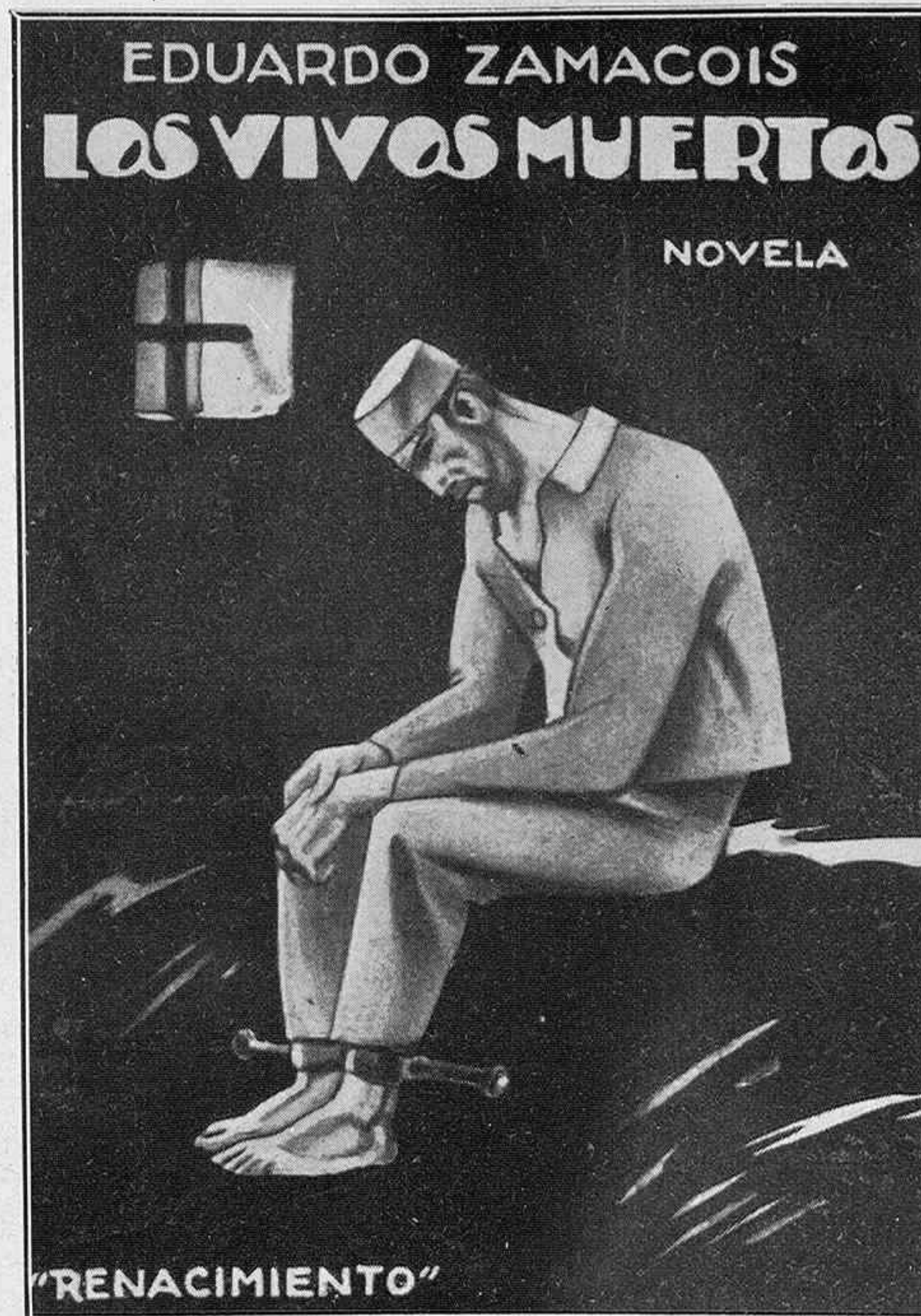
El burlado, que continuaba de pie, rígido, no replicó, no pestañeó. Menos cruel que sus acólitos, el hombre de las gafas agregó:

—Hasta después. A su hora te traerán el almuerzo.

Marcháronse todos, y la puerta, al cerrarse tras ellos, devolvió al calabozo su silencio tumbal. Martín pensó que se hundía en la tierra. Hizo un movimiento, y el ruido, agrio, con que la cadena respondió á su ademán, le produjo sorpresa.

—A lo menos ya tengo con quién hablar...—pensó.

EDUARDO ZAMACOIS



Portada del libro

cionándose bien el occipital, por ser la parte que más le dolía, consiguió desprenderse un cuajarón de sangre.

—Me han roto la cabeza—pensó—, y para que ni el director ni el médico sepan lo que han hecho conmigo me traen aquí á morir.

Esta idea le exasperó y aterró á la vez, y el instinto de conservación le obligó á gritar. Gritó desesperadamente, como el náufrago que viene pasar un buque por el horizonte; como el minero soterrado en una galería que acabara de hundirse.

—¡Miguel Adolfo..., socorro!... ¡Orencio!... ¡Tafallés!...

Los nombres de las tres únicas personas que habían sido cordiales para él, maquinalmente le subían á los labios.

Debilitado por este vociferar inútil, calló. Sentóse en el poyo, y al querer abrigarse las manos en los bolsillos percatóse de que ni la chaqueta ni el pantalón del uniforme que la víspera le endosaron tenían faltriqueras; para dificultar la ocultación de armas, la disciplina presidial las





# FRENTE A LA VIDA LOS NIÑOS JUEGAN CON EL MAR

A «Juan Deportista», fraternalmente

**T**ODAVÍA, pese á los pesimistas, quedan cosas supremamente, desinteresadamente bellas en nuestra vida.

Ved aquí á los niños ante la inmensidad del mar. Angelotes ante los que el mar se rinde como un monstruo con ternuras de abuelo... Crenchas blancas de milenaria ancianidad son sus espumas, que se deshacen en hebras entre las manitas trémulas, bajo los breves pies descalzos de los pequeñuelos...

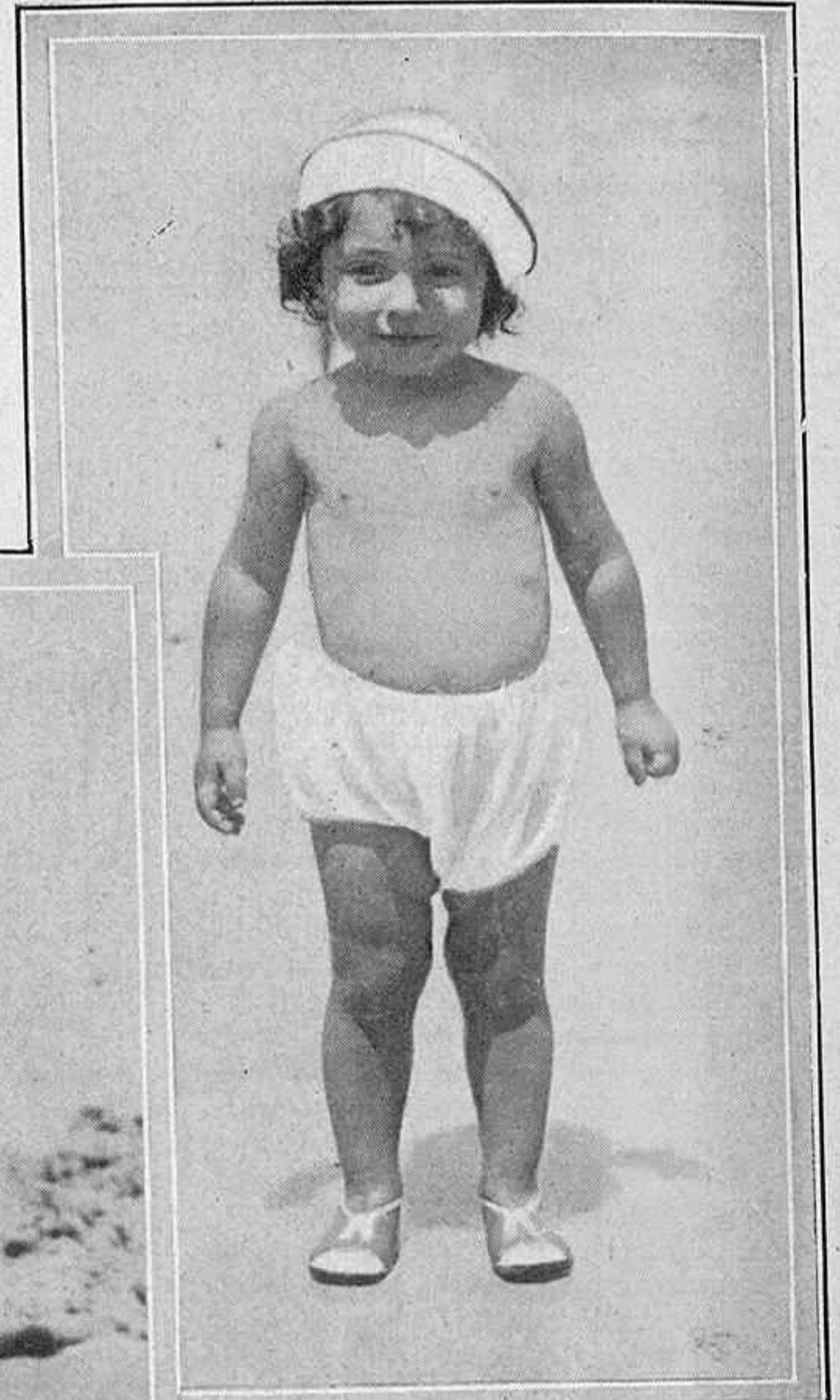
No hay que temer los zarpazos del monstruo... Ahora es el mar pando y suave del estío; el mar patriarca que, como un viejo don Juan, acaricia rendido los cuerpos de las mujeres y va á llenar silencioso los pozos que hacen los niños en las finas arenas de la playa...

Mar blando y galante que no parece el mismo que castiga en lances dramáticos la audacia de los hombres que lo surcan...

El mar de ahora acoge á los niños con una sonrisa luminosa, y moja sus cuerpos y los mece blandamente con un vaivén de cuna, y arrulla sus oídos con rumor de caracola, y hace quebrarse al sol en los lomos de sus olas para que se recreen en sus juegos brillantes los ojos de los rapaces... Niños ante la alegría del mar: es el acorde mejor de esa sinfonía magnífica que conciertan el rumor de las aguas infinitas y el infinito azul de los cielos clementes del verano...

•••••

Ante estos bellos niños dichosos que nos muestran las fotografías; ante estos niños que en las playas reciben la caricia yodada de los aires del mar azul, alegre promesa que llena la imaginación de ensueños aventureros, pensamos, irresistiblemente, en otros niños menos felices; en los niños de tierra adentro, en los que en la aglomeración mortal de las



grandes ciudades carecen de aires puros, de juegos limpios, de baños salvadores de sol, de viento y de agua...

Niños de los que recordamos sus escuelas tristes y sombrías, donde se hacían en los claros días, y á las que van á través de calles de atmósfera pesada entre el vértigo febril de las ciudades...

Vida de los niños en las grandes urbes: el aire maloliente que los pone pálidos; el estudio, que es esfuerzo estéril; la clase, que es tortura de inmo-

vilidad ante los pupitres desvencijados... Y luego, el desbordarse hacia el peligro de las calles sucias, entre el riesgo del automóvil que mata y la perversión que acecha... Y los jardines acotados y el aprender como una penitencia, y la primera idea de la cultura, que va unida á un amargo sabor de obligación y de castigo...

Tristeza de locales cerrados para la enseñanza de los niños... Aulas magníficas de las playas y de los campos, que no cohiben el instinto deliciosamente anárquico de libertad de los «peques».

Procuremos esto y maldigamos de aquello... Sobre todo, del orden rígido y de la precocidad intelectual, que estimulan bárbaramente y como un orgullo las familias que tienden á hacer del niño un hombre prematuro...

No hay cosa más triste. No vale toda nuestra egoísta vida de hombre lo que la sonrisa de un niño sano en libertad...

Sea para nosotros el trabajo, la lucha, el confinamiento en las atmósferas que hacemos irrespirables, las claudicaciones y el ajuste al orden y á la necesidad...

Pero que los niños lo sean todo el tiempo posible. Que ni un hombre dilapide el menor esfuerzo, mientras á un solo niño le

falte aire limpio y buen sol; que conserven hasta ser fuertes y sanos su alegría instintiva, su anárquica libertad, su primitiva acidez de frutos nuevos...

¡Sol y aire puro para los niños! ¡Escuelas al aire libre! No valen tanto, no cuestan tanto... Ahora mismo, en Madrid, con un donativo de cincuenta pesetas al Ayuntamiento, se costea el curso veraniego de un niño en la colonia escolar de los Viveros...

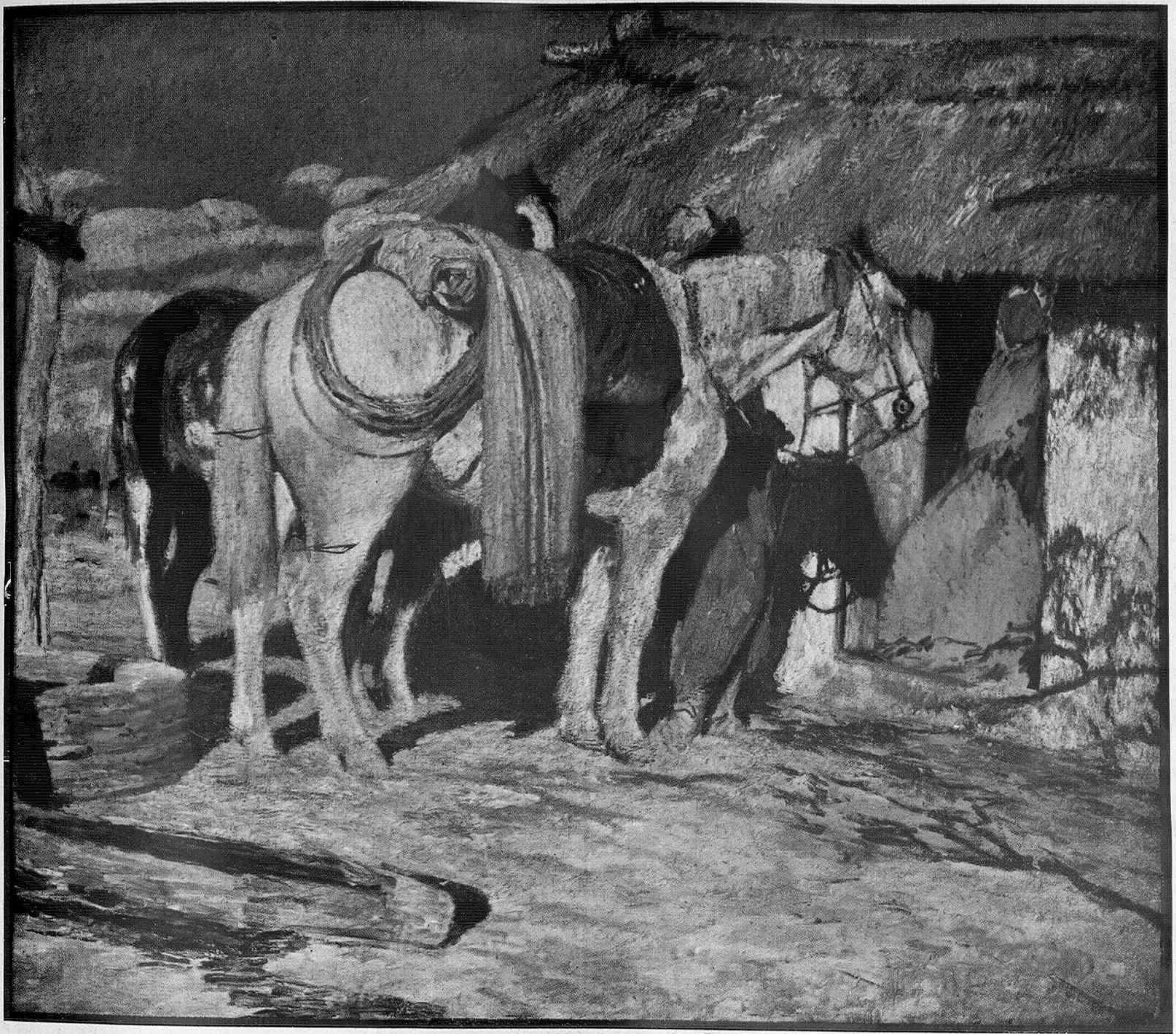
El Municipio no puede atender á todos los pobres niños que necesitan esa medicina magnífica del jardín bañado de sol y sombreado, transparente de aire y aromado de fragancias tónicas...

¡Cincuenta pesetas! Lo que tú, célibe, dilapidas en un capricho; lo que tú, mujer dichosa, pagas por una gala superflua; lo que tú, poderoso, puedes dar en una propina...

Y esas cincuenta pesetas son aire, alegría, salud y cultura para un niño: lo más bello, lo más digno, lo mejor de esta vida, que entre todos tenemos la culpa de no habérsela sabido organizar más buena, más digna, más humana...

JUAN FERRAGUT

(Fots. Carte)



«La espera», cuadro de C. Bernaldo de Quirós

## MAESTROS CONTEMPORANEOS

# BERNALDO DE QUIRÓS

**E**N *La fasce de l'art vivant*, que acaba de publicar Camille Mauclair, y cuyo libro representa la más viril, capacitada é irrefutable sentencia contra los cínicos y los impotentes parodistas del llamado arte moderno, dice el maestro de la crítica francesa: *A l'époque où l'on pouvait sans rire entendre parler de grands peintres, l'homme qui portait ce titre était un visionnaire et un maître pour qui tout ce qui constituait l'univers visible et sensible était un domaine magnifiquement ouvert. Il savait représenter comme en se jouant les ciels, les forêts, les monts, la mer, les architectures, les animaux, les fleurs, les fruits, les étoffes, la nudité de l'homme, de la femme et de l'enfant, et celle des dieux eux-mêmes, le tout dans une forme normale,*

*puissante saine et superbe; et il trouvait cela naturel, car c'était son métier.*

Ciertamente, esa elegiaca recordación de los verdaderos pintores que Mauclair hace frente á la turba de los farsantes incapaces de crear, de la misma manera sana, poderosa y soberbia de los maestros antiguos, acude más de una vez á la memoria de quien soporta la impertinencia estéril de tantos «maestros» modernos.

La pintura actual, caída en manos de críticos mercenarios, de marchantes sin escrúpulo y de snobs con el cerebro alquilado, fluctúa entre los rancios recalentados manierismos de gentes subalternas de las viejas escuelas en desuso, y los crudos, agraces manierismos de gentes subalternas de las nuevas escuelas en ensayo.

Se comprende la angustia y la cólera del artista que no se resigna á adular los gustos de las clientelas partidistas. Está solitario y altivo, hijo de su época; pero descendiente, sin bastarda, de las anteriores. Crea con honestidad enérgica que no se avergüenza de las disconformidades ajenas. Se sitúa en la actitud ávida frente á los hombres y la naturaleza que tuvieron aquellos cuyos nombres permanecen eternamente colmados de ecos en las salas de los museos, las páginas de los libros y la voz de las generaciones sucesivas. Ven cuanto hay en torno suyo, y van á ver lo que está distante. Ni roban ni se resignan á mendigar. Su alma y sus ojos les bastan para aumentar cada día el acervo de belleza veraz contra el cual nada pueden los halagos de



la moda y los asaltos de una crítica advenediza y al dictado.

No son muchos, claro es. De ahí su condición culminal. Será inútil buscarles entre el polvo que levantan las recuas impacientes, ni entre el hedor á podredumbre que consume los rebaños rezagados.

Pero también inútil que los vean bien los que tienen voluntariamente cegados los ojos por el polvo y ensuciada la sensibilidad por la podre ajenos.



Cesáreo Bernaldo de Quirós me parece uno de los escasos artistas de nuestro tiempo á quienes se puede oírle llamar «gran pintor» sin que produzca risa la adjetivación. Es de esa raza pura, solitaria é independiente destinada á las culminaciones aisladas. Nada tiene que ver con los hozadores de pretérito ni los papamoscas de porvenir.

Por esto su pintura irrita y asusta. Por eso su arte es una implacable y cruel piedra de toque para contrastar el juicio de los otros. No se entrega á todas las miradas, y parece, sin embargo, fácil de clasificar al que tiene prisa por evitarla ó miedo de no comprenderla.

Bernaldo de Quirós posee su luz, su ritmo, su humanidad, su ideología. Esto, en tiempo de préstamos y alquileres estéticos, significa una fuerza no aceptada por la mayoría ni por las minorías gregarias. Se le ha de aceptar en cuanto tiene de íntegro, de distinto y de coincidente.

Voy á explicar lo que quiero decir.

Bernaldo de Quirós es íntegro, porque no se doblega á influencias descaracterizadoras de lo peculiar de su temperamento. Es distinto, porque de temas al posible alcance y comentario plástico de otros artistas hace una afirmación personal. Es coincidente, porque su pintura sugiere alusiones de otras con el mismo arraigo de integridad é igual señorío de lo diferente.

Y no obstante, repito, está henchido de palpitadora y natural humanidad. Sus temas—violentos ó plácidos, feroces ó sentimentales, inflamados ó acariciados por el color—transmiten de la manera «sana; soberbia y poderosa» que ama Camille Mauclair, tipos y escenas asequibles á todos, en esa profunda otorgación de vida que encontramos en los grandes pintores de todos los tiempos, sean cuales fueren su estilo y su credo.

Gran parte de esos temas se refieren, por ahora, á un período de la lucha argentina, á la huracanada violencia del tirano Rosés, el que mandó pintar de rojo los muros de todas las casas y entintar de rojo los ponchos y de sangre los pechos de los combatientes.

Antes, Bernaldo de Quirós ha pintado naturalezas muertas, jardines, retratos de mujeres modernas, campiñas y campesinos de Mallorca.

En su exposición de Madrid, incluso, no era todo urente ardor de escarlatas, vermellones, púrpuras y carmines. No todo lanceros indios, desolladores de reses y decapitadores de hombres. Había figuras femeninas de ingenua ternura ó de procaz arrogancia; ancianos con traza de hidalguía hispánica y mancebos de una romántica y severa melancolía; nocturnos y ortos de dulcísimo y envolvente sosiego; idilios soto un árbol reminiscente de selvas paganas, y desolado éxodo de viejecillos vencidos, acosados por la civilización europeizante, huyendo á través de la pampa para crear un nuevo refugio de libertad vernácula.

Una fuerte y honda sensación de racialidad

emana de estos cuadros. El pintor, como el escritor, consciente de la responsabilidad social, aneja de la estética, que contrae, cuando ha de reflejar á través de su temperamento y de su arte, gentes, costumbres é ideales de su país, ha buscado en el pueblo la verdad palpitante.

Asistimos, ante la obra de Quirós, á una afirmación de nacionalismo argentino. Ello lo ha visto muy bien la clara y decisiva inteligencia de Ricardo Rojas, definidor de lo que él nombró *Eurindia* para expresar la filosofía de la evolución de su patria. Reconoce, frente á la epopeya gauchesca que apasiona al artista, cómo «lo que antes fué realidad en la vida social y expresión lírica en la poesía, es hoy color de sangre y de

Su concepto pictural está expresado en cuadros como *Los jefes*—arquetipo magnífico de una modalidad personal—, en que los rojos alcanzan su máxima rotundez: *Fritos y pasteles*, modelo perfecto de estructuración y de ejecución; *El carnicero*, que hace pensar en Rembrandt; *El juez federado*, con su empaque clásico y su gallardía moderna y sus nobles sonoridades cromáticas; *El gavilán*, que sorprende un idilio rudo y consigue una armonía tonal delicada; *La pareja y el sandiero*, que expresa la soberbia dichosa de la juventud hacia la fiesta, como ¡... *Y vamos, vieja!*, la resignación infortunada de la vejez hacia el desencanto.

Los empastes, los gruesos de color, el modo de éste con la espátula, ratifican el brío temperamental de Bernaldo de Quirós. Se adivina en él un deleite casi sensual al ir enriqueciendo, añadiendo luz con la masa oleosa renacida en la mezcla sabia de la paleta. Hay trozos en las obras de Quirós que valen por sí mismos, que no precisan de la forma ni de la razón de la totalidad para ser ya belleza. Por ejemplo: ese chaleco dorado del mozo galanteador en *El gavilán*; ese «barro áureo» que son las barbas del curandero de *Empacho* ó de *El carnicero*; los fieros rostros indígenas de *Aves de presa* ó de *Los jefes*...

Pero, además, ¡tantos otros que hacen de una tela, de un objeto plebeyo, de un celaje, de una rama de árbol, de una mano algo inconfundible de la segura capacidad colorista!

Y siempre la exuberancia, el optimismo casi agresivo de la pincelada, que diríase produce un hervor vibrante de los tonos ó el amasado de la espátula que extiende y pu'e la densidad y el volumen del chorreón enterizo. Es una pintura sanguínea—dicho sea sin aludir á la clasificación externa de lo que á flor de mirada puede parecer manierismo cromático—, no línfica. Tiene esa magnífica prestancia de lo bien nutrido y de lo sano. Comprendo que llegue á molestar á ciertos espíritus refinados por ese hábito vigoroso que expanden los rojos, los verdes, los azules, que no deja oír el acento suave de los grises finamente acordados, de los oros mortecinos, de los violetas de tierna modulación.

También las grandes composiciones donde entran las figuras humanas, y que resuelven á la manera eterna, fundamental de los

verdaderos maestros—y además con la misma fácil sencillez—, los problemas de eurítmicas agrupaciones, de sabias gradaciones y pasos de un tono á otro, dejan como en segundo término á las naturalezas muertas ó á los paisajes.

Y, sin embargo, también—en *Amaneciendo*, en *Oros de la tarde*—está la garra del pintor. Ha escondido las uñas; ha dejado fluir calladamente, religiosamente, la ancestral melancolía del gaucho nieto de astures ó de vascos. Noche en el alma, como en la tierra. Nocturnos de estrellas en lo alto y de silencios en lo hondo. Siluetas confusas de cabañas, de árboles, de caballos dormidos bajo la luna.

No en vano detrás de *Los bomberos* y *El lancero colorado*, ó de *Los jefes*, y no muy lejos de la pulquería—donde los guerreros de *Lanzas y guitarras* hacen un alto en los combates para escuchar el reto lírico de los payadores—, están el gaucho romántico de *La ofrenda* y de *El patroncito*, con su galanía de señor, ó ese «pialador» humilde en cuya testa de perro leal los ojos conservan toda la enorme, toda la suprema melancolía de una raza acostumbrada á las inmensidades solitarias y á los cantos nostálgicos...

José FRANCES



«El patroncito», cuadro de Cesáreo Bernaldo de Quirós

hierro en las telas de Quirós y fuego interior en el sentimiento de su obra».

Epica y romántica, de impetuoso naturalismo y de extraordinaria energía espiritual, esa interpretación del gaucho que deja la lanza por la guitarra y que galopa hacia la guerra con igual brío que hacia la paz fecunda de la estancia, está autorizada plásticamente por una enorme dignidad profesional y un desbordante júbilo de creación.

Bernaldo de Quirós no se alfeñica en dimensiones ni motivos parvos. Concibe en grande, ve en grande y en grande ejecuta. He aquí lo primordial de su condición pictórica.

La composición es siempre amplia, dadivosa de sus formas y ritmos, lograda en una plenitud madura. El acento de su lenguaje cromático, robusto, animado de viril pujanza. El color canta como un barítono, como uno de esos payadores «muy hombres» que el artista ha reencontrado en la comarca natal de Entre-Ríos.

Nada hay de equívoco, de ambiguo ni de torpe decadencia en los asuntos. Son éstos la guerra, el amor, el orgullo de sentirse libre en la Naturaleza, la arrogancia del instinto y la pureza indómita de los rasgos. Nada tampoco de enfermiza ni blanda concesión á normas actualistas.



*La expresión del dolor en  
los bellos rostros de las  
artistas de la pantalla*

La «estrella» cinematográfica Camila Horn refleja en su rostro el dolor y la angustia con el acento más fiel. He aquí una incorporación impresionante de Camila Horn en «El Rey de las Montañas»

## PALACIOS SALMANTINOS

Si Dios me da humor y tiempo, que hasta la hora de ahora, gracias á El, no me ha faltado, he de disertar, en estas amables páginas de Prensa Gráfica, sobre los palacios, sobre los lindos palacios—renacentistas y platerescos—de Salamanca. Ya hemos hablado del de las Conchas, con su escudo alisado de las cinco flores y su estupenda reja del Ave María, que más que reja, se me antoja un precioso altarito callejero; hoy hablaremos del de la Salina, de bella leyenda y de triste presente; mañana le tocará el turno á Monterrey, donde durmió Teresa, gran amiga de la condesa D.<sup>a</sup> María Colón y Enríquez, nieta del Almirante. Irán después la torre del Clavero, á la entrada de una rúa salmantinísima—la de Caldereros—, que daba antaño acceso al convento de San Jerónimo; el palacio del marqués de Albayda, que parece arrancado de Siena ó de Florencia; la casa de Fray Luis, según el vulgo, y de su amiga, D.<sup>a</sup> María Varela de Ossorio, «la perfecta casada», según la historia; el palacio de San Boal, propiedad de los Cerralbo y Villalobos, y Flores-Dávila actuales, poco piadosos con la lente del fotógrafo y con el comentario histórico, que no admiten trabas, donde naciera, en la portería, el gran poeta Ventura Ruiz Aguilera; la «casa de Santa Teresa», sencilla y humilde como una paloma mística; el palacio de los Garci-Grande, con el más bello balcón esquinado que hemos visto.

Realmente, hay la casa salmantina que convendría estudiar con amor. Ya lo intentó mi amigo Angel Apráiz, catedrático de Bellas Artes en la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona, cuando moceaba en Salamanca con sus primeros entusiasmos docentes. La enumeración de las maravillosas casas salmantinas que merecen un estudio detenido nos llevaría muy lejos. ¿Cómo olvidar la casona de los condes de la Oliva, en la plaza de Fray Luis de León, con su sol de los Austrias en la portada y su maravilloso patio toledano en el interior? ¿Y qué decir del palacio de los nobles irlandeses, donde moran los estudiantes de Teología del país católico y legendario, que se bañan en el Tormes de madrugada, así en los rigores del estío, como en los del más crudo invierno? ¿Cómo no incluir en esta enumeración aquella casa de los marqueses de Almarza que hay junto al viejo Hospital, con un patio donde cabe media ciudad, y que tiene su leyenda correspondiente de una marque-

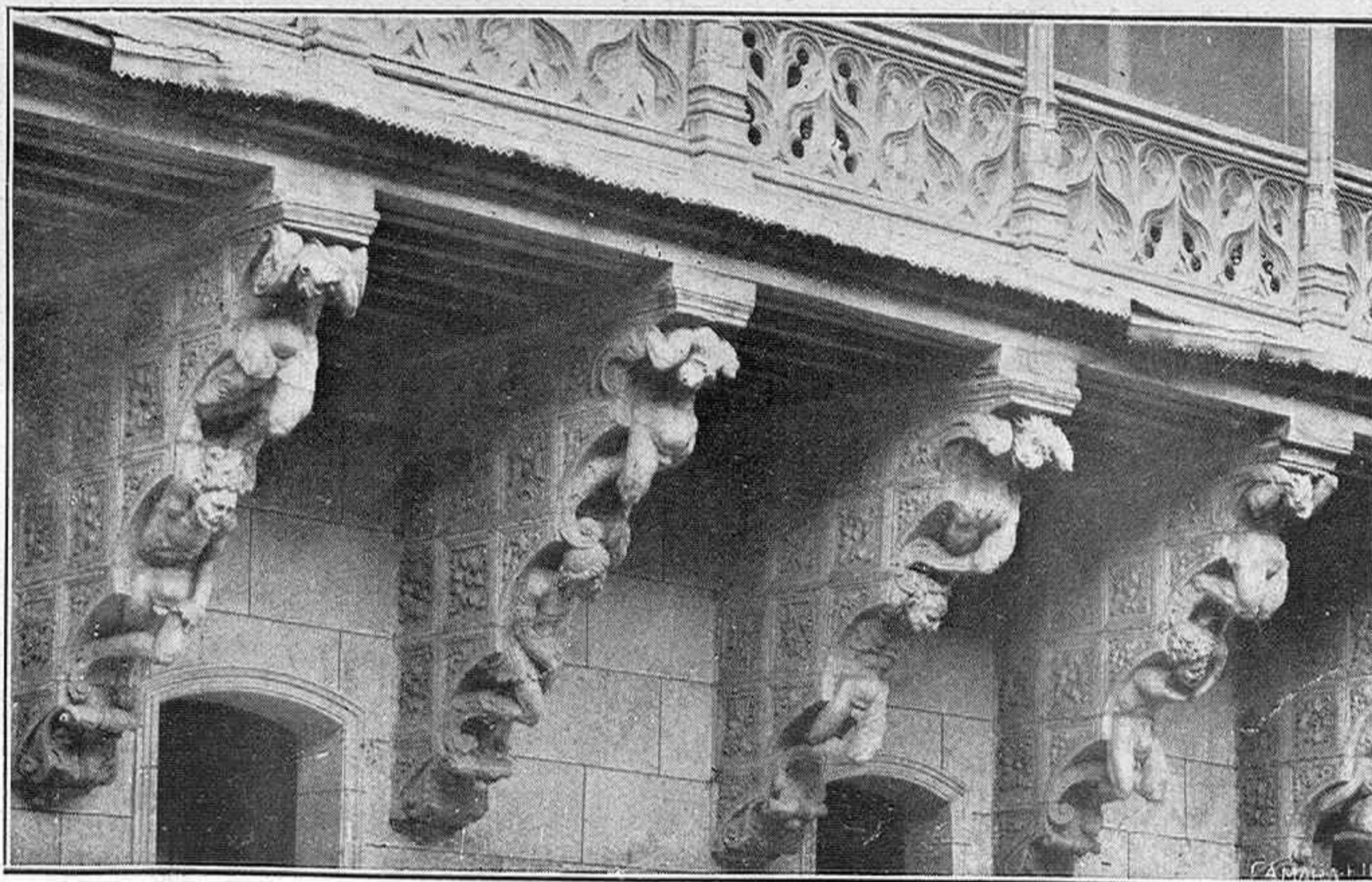


Casa de la Salina, hoy Diputación Provincial

sa resucitada, cuando el infiel guardián quería robarla las sortijas aristocráticas de los enjovados dedos? ¿Cómo no incluir también la «Casa de las muertas», á la vera de la morada de ese estupendo pensador que se llama Miguel de Unamuno, y que ha mecido sus mejores sueños contemplando al balcón las cornisas de Monterrey, cuajadas de nieve, y los álamos centenarios que

nacimiento. De muchacho conoció las lindas ciudades y mujeres italianas y francesas. Su escudo de cinco flores rojas, octógonas en campo de plata, campeó en las copas de oro, en los cristales y vasos de Venecia, y en los bordados de las bellas. Amó y gozó la vida intensamente y plenamente D. Alfonso de Fonseca; su familia entroncaba con los Rojas y con los Alvarez de

Toledo; era señor de Monterrey, y como obispo de Palencia, conde del Valle de la Pernía. Luego, de arzobispo en Compostela, á cuya archidiócesis perteneció Salamanca en las postrimerías del siglo xvi y en los albores del xvii, D. Alfonso celebró un Congreso Diocesano en la ciudad del Tormes; los nobles de la ciudad—los Maldonado, los Rojas, los Zúñiga, los Enríquez, los Solís—no quisieron alojar la linda amiga que llevaba consigo D. Alfonso. El arzobispo, enojado, construyó y levantó y edificó para la Salina, que tal era el remoque con que era conocida la preciosa coruñesa que aliviaba los ocios de su excelencia, esta linda morada.



Detalles de las cornisas del patio de la casa de la Salina

## LA CASA DE LA SALINA

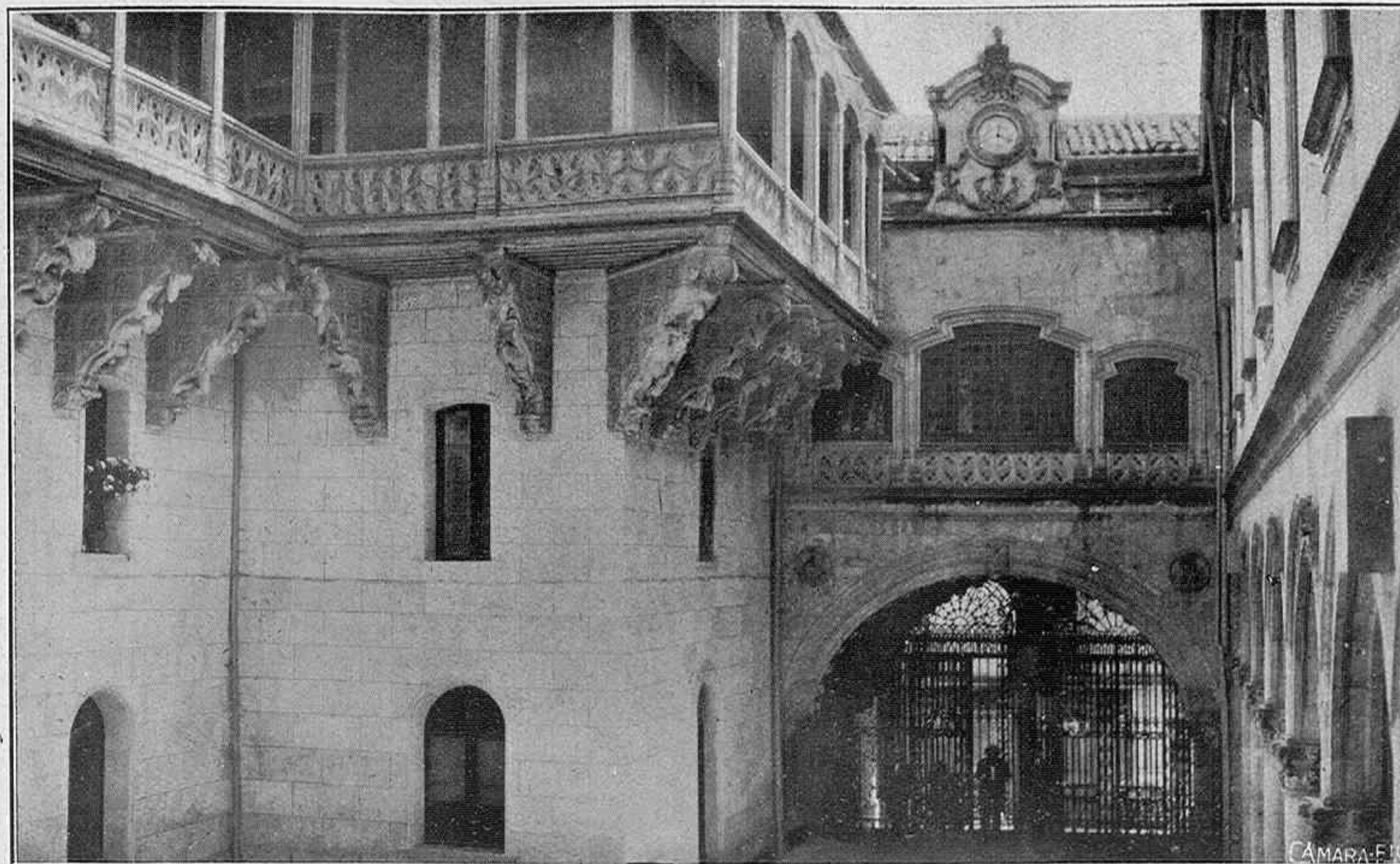
decoran la calleja solitaria de las Ursulinas? ¿Cómo olvidarse de la casita que habitó, en la calle de Toro, aquel castizo cuentista y buen hombre que se llamó Luis Maldonado, de rancia prosapia salamanquina? Pese á sus cronistas de escalafón y á sus propagandas y juntas de turismo, yo demostraré que Salamanca permanece todavía inédita para las gentes cucharonas y ávidas de belleza.

En la calle de San Pablo, á veinte metros escasos de la plaza de Colón y de la estatua del Almirante, levanta por un pueblo que tuvo la creencia de haberle ofendido y denostado en vida antes del descubrimiento, cuando la historia demuestra que ocurrió todo lo contrario; en la calle de San Pablo, plantel de palacios maravillosos y de casonas hidalgas, se alza la graciosísima casa de la Salina, convertida hoy, por azares del hado adverso, en Diputación Provincial de la Charrería. La casa tiene su leyenda, como todas las casas bellas.

Parece que el arzobispo de Santiago, D. Alfonso de Fonseca, fué un clérigo harto mocero y galanteador; lo que podemos afirmar desde luego, después de haber contemplado su obra en el castillo de Coca, de Segovia; en Palencia y en Santiago, de Galicia, es que fué un hombre exquisito, gozador de la vida y gran amigo del Renacimiento. De muchacho conoció las lindas ciudades y mujeres italianas y francesas. Su escudo de cinco flores rojas, octógonas en campo de plata, campeó en las copas de oro, en los cristales y vasos de Venecia, y en los bordados de las bellas. Amó y gozó la vida intensamente y plenamente D. Alfonso de Fonseca; su familia entroncaba con los Rojas y con los Alvarez de

Toledo; era señor de Monterrey, y como obispo de Palencia, conde del Valle de la Pernía. Luego, de arzobispo en Compostela, á cuya archidiócesis perteneció Salamanca en las postrimerías del siglo xvi y en los albores del xvii, D. Alfonso celebró un Congreso Diocesano en la ciudad del Tormes; los nobles de la ciudad—los Maldonado, los Rojas, los Zúñiga, los Enríquez, los Solís—no quisieron alojar la linda amiga que llevaba consigo D. Alfonso. El arzobispo, enojado, construyó y levantó y edificó para la Salina, que tal era el remoque con que era conocida la preciosa coruñesa que aliviaba los ocios de su excelencia, esta linda morada.

He aquí el palacio elegante, italiano, señorial, con los preciosos balconcillos de sus aleros, con el escudo de las cinco flores rojas en los extremos altos de la fachada, con los cinco medallones en piedra de los risueños y sensuales ascendientes de don Alfonso, con el bello patio plateresco que recuerda, por una parte, los grandes patios góticos de Barcelona y de Perpiñán, y por otra, los cortili de Pisa y de Siena, las dos ciudades hermanas de Salamanca. En Castilla, junto al Tormes, por estos caprichos milagrosos del arte y del amor, florece la paganía á la vera de la austeridad de lo románico y de la solemnidad de lo gótico. La casa de la Salina, morada de un gran señor, es uno de esos juguetes caprichosos que se han escapado de la Toscana ó de la Lombardía para deshacer la estúpida leyenda de la sequedad de los hombres de la llanura. Toda la casa es una sonrisa, porque la piedra salmantina es tan obediente que sabe sonreír. En las cornisas del patio, sirviendo de sustento á un gracioso balcón calado, el señor arzobispo ordenó á los artistas que esculpieran las caras de sus enemigos, los nobles de la ciudad; y allí están, soportando el peso de su falta de galantería con una mujer guapa, los Maldonado, gente huraña, seca y beaturrón; los Rojas, abuelos míos, cuando eran marqueses de Pozas y andaban, siempre rebeldes, á cintarazos con inquisidores y corchetes; los Zúñiga, bejaranos ricos, dueños de grandes bosques y de castaños umbreros; los Enríquez, retoños de la brava placentina D.<sup>a</sup> María, que dieron días de gloria á las casas de Mirabel y de Gor; los Alvarez de To-



Sector exterior del patio de la casa de la Salina

ledo, señores de Alba de Tormes, y de Miranda, y de Babilafuente, guerreros y artistas á la vez. Hogaño, la ilustre casa es nada más que la Diputación de la Provincia. ¡Triste destino el de las cosas! Lo mediocre se apodera de lo elegante, y brota siempre el cardo en los más hermosos praderales. Vaya una queja de un salmantino que ama y conoce su ciudad; esta Diputación, que tiene su cronista que no vive en la ciudad, ni la conoce ni la estima, tiene la obligación de

editar la monografía de este palacio. ¿A qué espera? Verdad es que los que viven entre infolios indigestos, dedicados á la salmantinísima tarea de encontrar lunares en la vida y en la obra de fray Luis de León, no son los más indicados para comprender ni sentir este bellissimo palacio, que más de una vez han asaltado para sus cuchipandas los desaprensivos, los majaderos y los audaces.

José SANCHEZ ROJAS

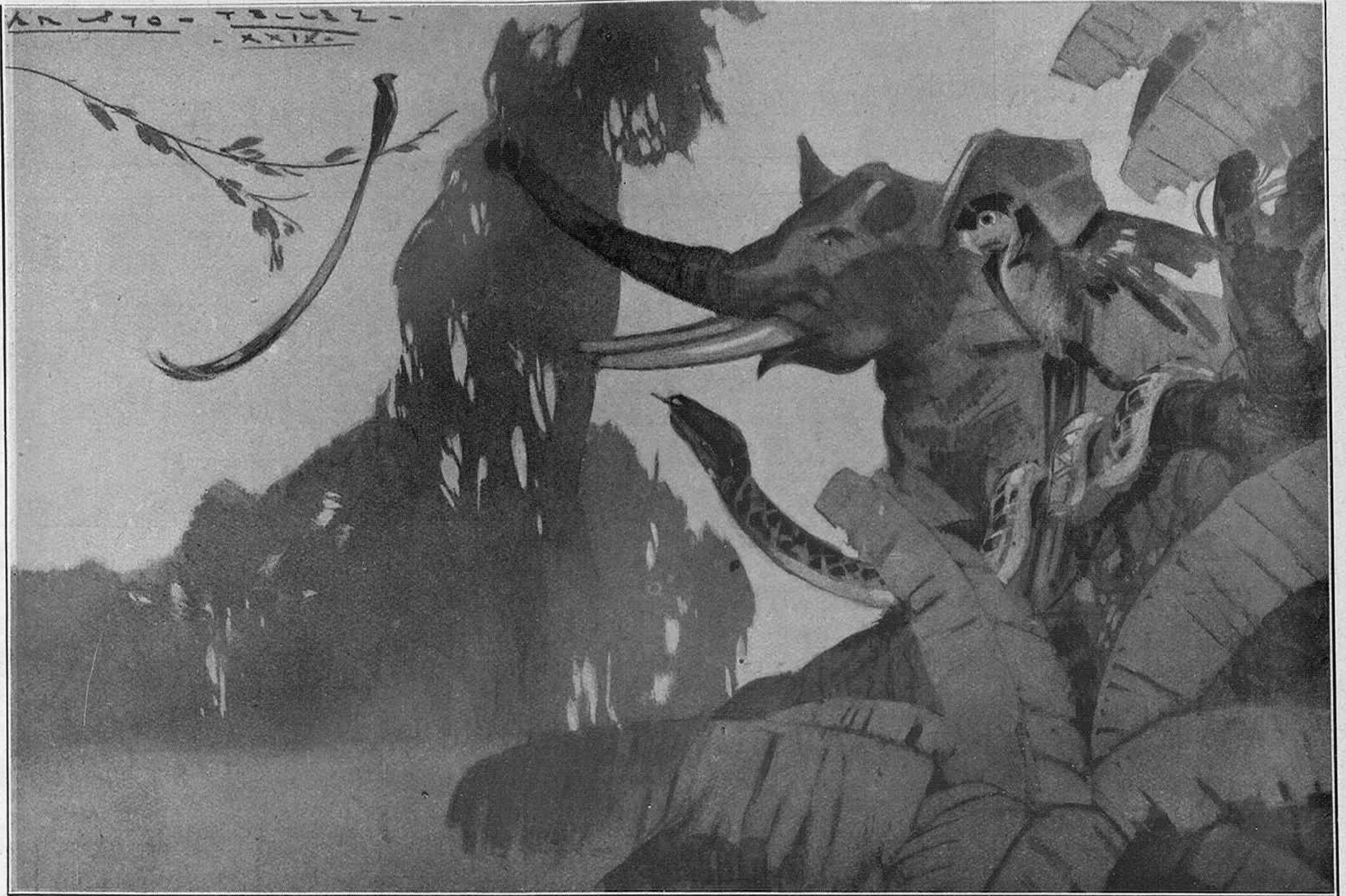


Patio de la casa de la Salina

(Fots. Ansele)



# HISTORIAS DE HUIN, MAESTRO DE PRÍNCIPES



## HISTORIA DEL AVE ÚNICA -

**T**ENÍA toda la gama de colores en sus plumas brillantes, la cabeza alta y pequeña, el pico corto y rojo, los ojos dorados, las patas nítidas y delgadas, el cuerpo breve y la cola larguísima, rizada y majestuosa. Cuando recibía los rayos del sol, el ave brillaba intensamente, y cuando, extendidas las alas por el gallardo vuelo, dominaba los llanos, los ríos y las montañas, era como una pavesa encendida aún y arrebatada por el viento.

No existía otra igual á ella. Era ó el último ejemplar de una raza desaparecida ó el primero de una que se creaba entonces (que solamente Alah conoce sus designios y el porqué de ellos).

El ave única, viendo un día reflejado su cuerpo en las aguas de un lago, se advirtió hermosa, esponjó las plumas con orgullo y sintió nacer dentro de sí un vivo deseo de ser admirada.

Vencida por este afán, el ave emprendió el vuelo sin dirección fija. Fué á descender en una selva virgen llena de animales y esperó á que el asombro de todos se manifestara. Pero los habitantes de la selva no se asombraron por la belleza del ave única, que, después de lucir el tornasol de sus plumas y la agilidad de su cuerpo, fué preguntando, uno por uno, á todos los animales qué parecer les merecía. Abrigaba la esperanza de que los elogios no hubiesen brotado por cortedad y que, ahora, ante el acicate de la pregunta, fluyesen tumultuosos.

Y dijo el león:

—Me pareces muy delgada.

Y el elefante:

—Me pareces muy pequeña.

Y el tigre:

—Eres inofensiva.

Y la serpiente:

—Me pareces demasiado rara.

Y el mono:

—Te encuentro excesivamente ágil.

Y el pelicano:

—Vuelas demasiado.

Y el loro:

—Tienes poca seriedad.

El ave única, tras de oír la opinión de los habitantes de la selva, elevóse y voló muy alto, muy alto, cercana al cielo, como si quisiera prenderse en el sol. Y estaba llena de tristeza. Cuando sintió rendidas sus alas, tornó á la tierra y un árbol le sirvió de refugio durante la noche.

Con el día, el ave rara vió á un hombre que caminaba observando atentamente todo: las plantas, las piedras, los animales. Y, sintiendo renacer sus esperanzas, el ave gritó al caminante:

—¡Detente y dime si te parezco hermosa!

El hombre la contempló y dijo entusiasmado:

—¡Oh! ¡Eres el ave más bella que he visto!

¡Jamás creí que Alah hubiera derramado tanta belleza en un pájaro!...

El ave, fascinada por los elogios, descendió del árbol y se acercó al hombre de tal modo que éste no tuvo más que alargar la mano para apresarla.

—Dime otra vez que te parezco hermosa como ninguna—demandó.

Y el hombre repitió los elogios y, siempre con el ave asida, comenzó á andar. Cuando llegaron á una ciudad, el hombre entró en una casa y encerró al ave única en una jaula.

Y fué así cómo castigó Alah en aquel pájaro el orgullo y el deseo de elogios por la belleza que á El solamente se le debe.

## HISTORIA DEL ARBOL FRONDOSO

Había en una explanada, sobre la que caían los rayos del sol con fuerza, un árbol frondoso.

Erguido en aquel páramo, era la única nota de vida y el único refugio que el caminante podía encontrar para descanso de sus fatigas.

Y todos los viajeros enviaban al Misericordioso palabras de agradecimiento por su bondad al proporcionarles una tregua en los padecimientos de la jornada y pedían para el árbol acogedor una existencia interminable.

Y hubieran continuado las cosas así para bien de unos y de otros de no suceder que el árbol, á impulsos de su crueldad, pensara en no seguir prestando el frescor de su sombra á los caminantes. Y lentamente fué tornando sus hojas de verdes en amarillas para luego desprenderse de ellas.

Así pasó dos primaveras el árbol antes frondoso. Y se gozaba del martirio de los humanos.

Hasta que un día, una caravana que marchaba hacia el desierto pasó cerca de él, y uno de los viajeros, colgando su mirada en las ramas desnudas, dijo:

—Se ha secado el árbol á cuya sombra descansé tantas veces...

Y otro propuso:

—Cortémosle. Ya no es necesario al caminante, y su leña puede servirnos.

Y el árbol fué cortado.

Así, Alah, el Poderoso, el Omnipotente, hizo justicia... El bien ha de realizarse en todo momento, sin esperar la recompensa y sin creer que se ejecuta una obra indispensable para el bienestar del prójimo.



## HISTORIA DE LA PIEDRA Y EL MAR

Reflejándose en las movibles aguas del mar, existía una montaña inaccesible para el hombre, cuyos picachos estaban siempre cubiertos de nieve, y que tenían por alfombra los arabescos rojos, blancos y grises de las nubes.

En el más ingente de ellos había una piedra de gran tamaño, que servía de resguardo a los nidos de las águilas y de los cóndores. Y la piedra sentía orgullosa de su altura. A sus pies todo se empequeñecía ó se borraba por la distancia. El mismo mar, tan grande, tan sin límites, dijérase que era un espejo tendido en la planicie terrosa.

—Si yo me dejara caer sobre él, lo rompería —pensó, contemplando las irisaciones con que el agua acogía los rayos del sol.

Y su pensamiento subió alto, hasta los oídos de Alah, que decidió castigarla.

Insensiblemente fueron desprendiéndose las piedras y la tierra que la engarzaban al resto de la montaña hasta conseguir que la piedra orgullosa, falta de sustentación, rodase con furia terrible, rompiendo plantas, desgajando peñascos y elevando nubes de polvo, en dirección al mar, tan empequeñecido antes y que ahora, á medida que disminuía la distancia, se hacía mayor y mayor... La piedra dióse cuenta de su insignificancia ante la inmensidad líquida que allá abajo la esperaba. Y, sin duda, por este arrepentimiento, Alah la perdonó, y en vez de hundirla en el fondo del mar, dejola en la pla-

ya, recibiendo la húmeda caricia de las olas...

Y con los años, con los siglos, la piedra que deseaba romper al mar fué tornándose, de negra y áspera que era, en blanca y pulimentada hasta quedar convertida en una piedrecita redonda capaz de ser abarcada por la mano de un niño.

Y es que, aunque la altura sea grande, nunca se debe despreciar al que nos parece pequeño y débil, porque, una vez al mismo nivel, podemos encontrarnos con que los realmente pequeños y débiles somos nosotros.

José SANTUGINI

Dibujos de Aristo Téllez





## CON OCASION DE LOS VUELOS TRASATLANTICOS

## E L M A R Y L A M A R

LA insuperable belleza de las descripciones geográficas de Elíseo Reclus proviene de la artística visión de conjunto con que el sabio francés supo acometerlas, porque nada hay mejor en las ciencias todas que ese golpe de vista general, intuitivo, sobre las grandes líneas de conjunto de los problemas, antes de que analíticamente los atacemos en sus detalles más nimios. El «construir como titanes y labrar después como joyeros», que de los constructores jamás se ha dicho.

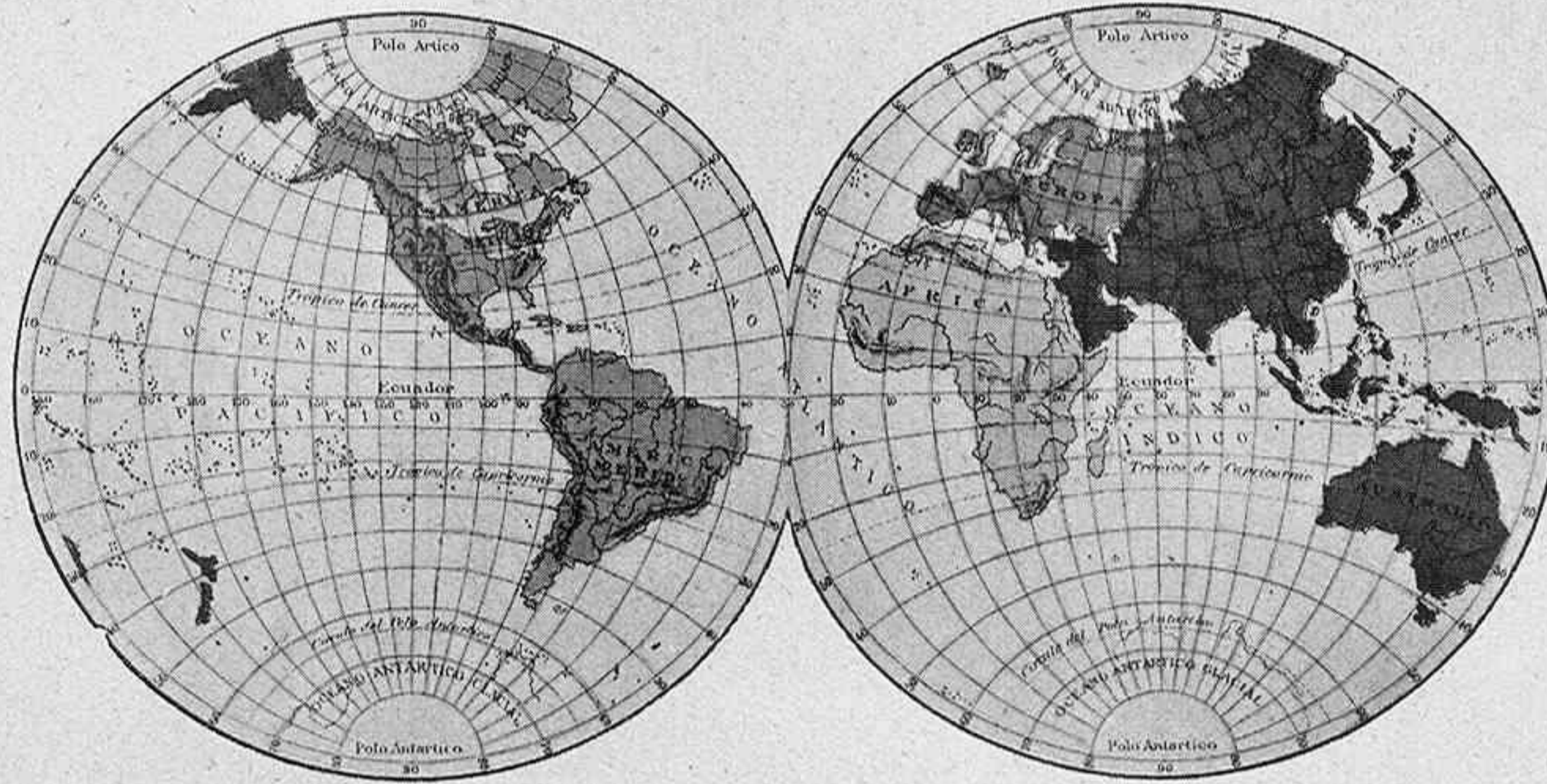
Una visión de conjunto así nos muestra, de golpe, como armónicamente contrarios al lago y al río, sintetizados luego entrambos por el mar, que participa de los opuestos caracteres del uno y del otro.

El primero, el lago, tiende siempre, más ó menos, á la forma redondeada, á la curva *femenina*, y es, como la mujer, tranquilo, pasivo, sin corriente violenta exterior, recibiendo las aportaciones de los ríos que en sus aguas vierten *masculinamente* sus caudales y dando lugar después, con su desagüe, á otro río, que es *el hijo*. En el materno seno de las aguas lacustres no hay vida mecánica: todo es en ellas genésica vitalidad química. La matriz del lago recibe cuantas aguas le aporten sus galanos ríos tributarios, casi sin alterarse, hasta que la aportación excede á la vasija, y entonces, cual sucede siempre con las evoluciones ó «corrientes» excesivamente constreñidas, viene la revolución, la rotura de los diques y la catástrofe, ni más ni menos que cuando se desatan la ira y las demás pasiones de la tranquila apariencia femenina...

El río, en cambio, propende á una como masculina rectitud. Es largo, anguloso, impetuoso, pasional y activo propulsor de toda clase de potenciales mecánicos, de corriente irresistible y continua que penetra en el lago con viriles vigores, y que sale de él luego del mismo modo, camino del mar ó de la mar... Por eso hemos cantado, de niños, con las reglas mnemónicas de la *Gramática latina* de Raimundo de Miguel aquello de:

Todo nombre de varón, propio de viento y de mes, ó río, masculino es por su significación.

Y el mar ó la mar es, á su vez, *neutro*, en la lengua latina; mejor dicho, *ambiguo*, de una ambigüedad andrógina, ó que participa al par de los dos sexos, porque, si bien por las curvas



Mapamundi físico

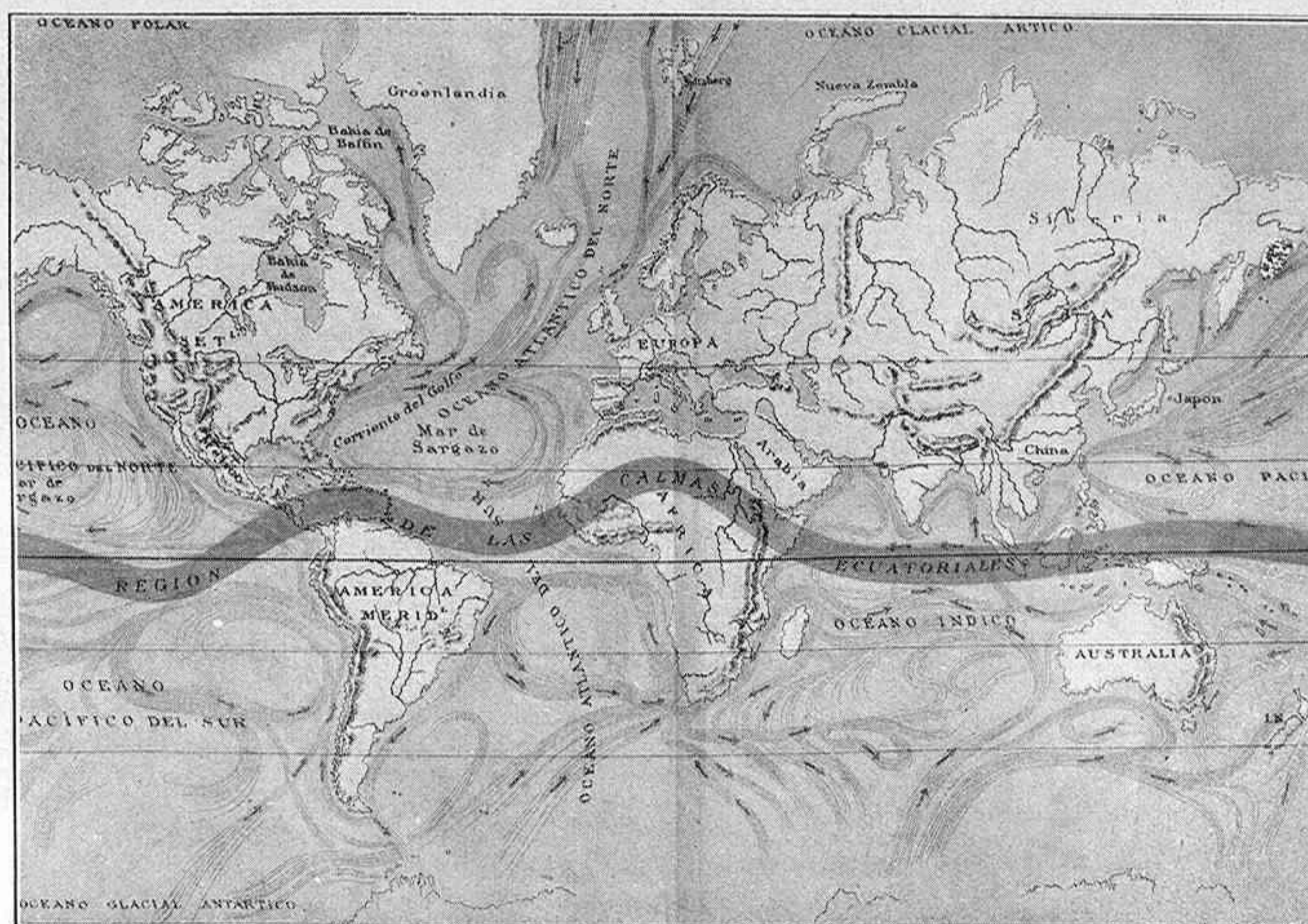
líneas generales de sus costas; por el nivel constante de sus aguas, tenuemente afectado por las mareas, y por recibir, finalmente, en su seno las aguas de todos los ríos del planeta, y haberlo criado todo desde las primeras edades terrestres, parece femenino, en cambio, por la eterna agitación de sus olas y su potente empuje, por sus pasionales tempestades y, sobre todo, por las corrientes ó verdaderos ríos que discurren continuamente en su propio seno, trasladando de unos mares á otros sus aguas, sin dejar de afectar con ellas región marítima alguna, es perfectamente *masculino*... Nuestra ignorancia nos llevó á burlarnos de la de los griegos, que llamaban «río Atlántico» á esa inmensa superficie marítima que separa al continente americano del euroafricano, hasta que el *Gulf-Stream*, ó corriente del Golfo de México, no nos hizo verle en su aspecto de tal río: ¡un río por el que no sólo corren hacia Europa las aguas calientes de la zona subtropical antillana, para con ellas templar la frialdad de nuestras costas, sino que con él corren al par

dos como meros Mediterráneos suyos. Ocupa él más de la mitad de la superficie de la Tierra, si lógicamente se consideran como formando parte de él al mar Indico y el mar que rodea al continente antártico, mientras que el Atlántico apenas si ocupa una sexta parte. La forma ó contorno del Océano Pacífico es el de un redondeado lago que baña las costas del Asia; de las tres Américas, por el lado occidental de éstas, y las de Africa oriental (mar Indico). En semejante máximo y último de los lagos terrestres van á desembocar las aguas de toda la Tierra, ora directamente, ora indirectamente, mediante la anchísima entrada del Atlántico en el Pacífico por la zona acuática que separa al cabo de Hornos del de Buena Esperanza, ó la relativamente más estrecha de entre el cabo de San Roque, en el Brasil, y la Liberia africana; en el seno de tamaño lago, como en todos los lagos de leyenda, yace sepultado un continente entero, según Darwin, Lamarck y Rusell-Wallace: el continente Lemuriano ó Secundario, cuyo

resto postrero está constituido aún por la Australia y sus islas vecinas.

Gigantesco golfo, pues, del Pacífico, el Atlántico propende á una cierta rectitud en el conjunto de sus bordes, tanto en el occidental americano, como en el euroafricano ó oriental, y como tal «Mediterráneo del Pacífico», tiene á su vez el Atlántico cuatro típicos «mediterráneos» de configuración bien singular.

Es el primero de dichos «Mediterráneos» el citado mar de las Antillas, verdadero corazón del Mundo por las corrientes marítimas que regula. Si infinitos obstáculos no se le opusiesen, un objeto flotante, abandonado en este mar, podría dar la vuelta completa al Mundo en más ó menos años, y volver á penetrar en el «corazón maríti-



Las grandes corrientes marítimas

mo antillano», como el glóbulo sanguíneo retorna, después de los dos ciclos circulatorios, el grande y el pequeño, al ventrículo del corazón que le impulsó. De alzarse unos cuantos cientos de metros el «lago antillano», regularizaría además en una línea única la forma continental de las tres Américas por el lado de Oriente, como lo está, por Occidente, en las costas del Pacífico.

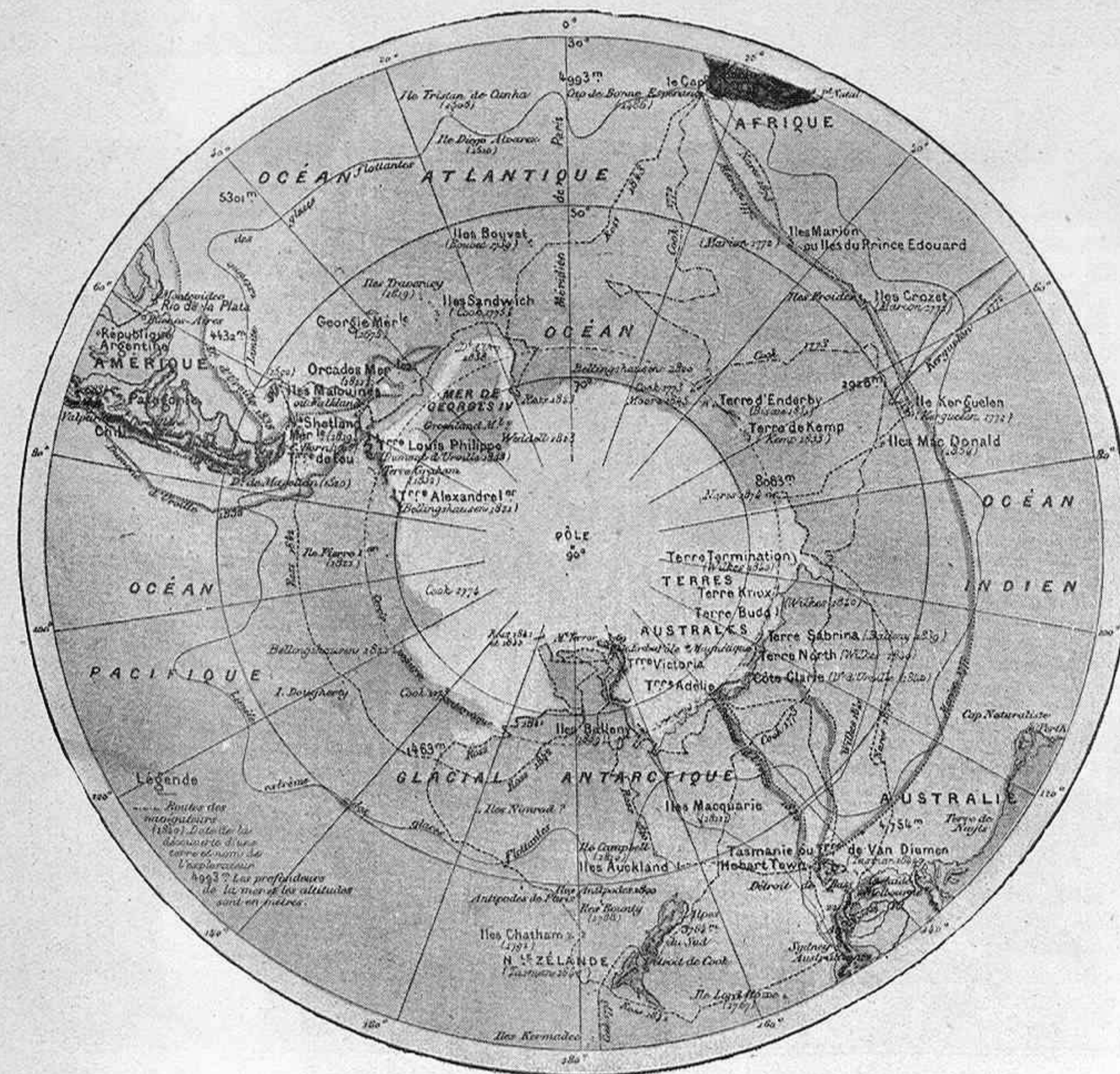
El segundo de los «Mediterráneos» del Atlántico se halla constituido por el Mediterráneo clásico, el *Mare nostrum* latino, el mar que ha sido alma de toda la historia humana casi hasta nuestros días; por lo menos, hasta antes de que la epopeya colombina desplazase este eje histórico hasta el Atlántico, como hoy lo está. Y este Mediterráneo no es geográficamente sino una serie de lagos: el lago grande occidental que, según la leyenda, Hércules—un Lesseps prehistórico—perforase rectilíneamente por Ceuta y Gibraltar, y que rodea á las Baleares, Córcega y Cerdeña, uniéndose por entre Túnez y Sicilia con su «lago gemelo» el Mediterráneo oriental; «lago» rodeado de golfos como el Adriático; el mar Rojo (geográficamente suyo, y acuáticamente también, después de abierto el canal de Suez); el mar Archipiélago y el de Mármara, enlazado este último por el Bósforo con otros dos grandes «lagos» sucesivos: el del mar Negro y el del mar de Azof, si no se quiere enlazar también á estos «lagos», ya casi ligados de suyo por el ángulo que entre sí forman frente á frente los ríos Don y Volga, con el mar Caspio, y hasta con el mar Aral, aislado hoy de aquéllos por la planicie de Ust-Urt.

Estos son los dos «Mediterráneos» de abajo del Atlántico del sur, cuya relativa simetría á uno y otro lado de él es bien singular. Pero hay además en el Atlántico del norte otros dos «Mediterráneos» simétricos: el europeo y el americano, que también debemos parangonar entre sí.

El «Mediterráneo norteeuropeo» se enlaza con el Atlántico boreal por el Skagerrat, al que siguen tierra adentro el Kattegat, el Sund y el



Hemisferio septentrional de la Tierra



Hemisferio meridional de la Tierra

grande y pequeño Belt, hasta llegar á ese frío Mediterráneo Báltico, con sus tres golfos de Livonia, Finlandia y Botnia, «Mediterráneo» que aún conserva restos de su vieja unión con el mar Artico-Atlántico en los actuales enjambres de lagos que cierran casi el istmo de enlace de la península escandinava con la Rusia europea. «El Mediterráneo norteamericano ó canadiense», á su vez, está separado de las tierras del macizo continental por el golfo y río de San Lorenzo, y los lagos Ontario, Erie, Georgia, Hurón, Michigán y Superior. Al norte de esta cadena de lagos que va á morir con infinitos laguitos helados en las costas de Beaufort, se desarrolla verdadero laberinto de grandes y pequeñas islas, penínsulas, bahías, golfos, canales, estrechos y pequeños continentes, como los de Baffin y de Groenlandia, donde han rendido sus vidas, por la ciencia y el comercio, millares de beneméritos de la Humanidad... Luego, en torno del polo boreal de la Tierra, el Atlántico ártico tiene un tercer «Mediterráneo», helado casi eternamente, y pasado el cual, únese al Pacífico, «su lago de desagüe», por el estrecho de Bering.

Y este último y genuino «Lago de lagos» y «Río de ríos» dilata sus ondas marítimas entre los continentes terrestres que, á bien decir, son meras «islas» suyas. Recibe todas las aguas del Planeta; besa por igual las más apartadas costas de su espléndido dominio; refleja en su superficie inacabable todas las estrellas del cielo...

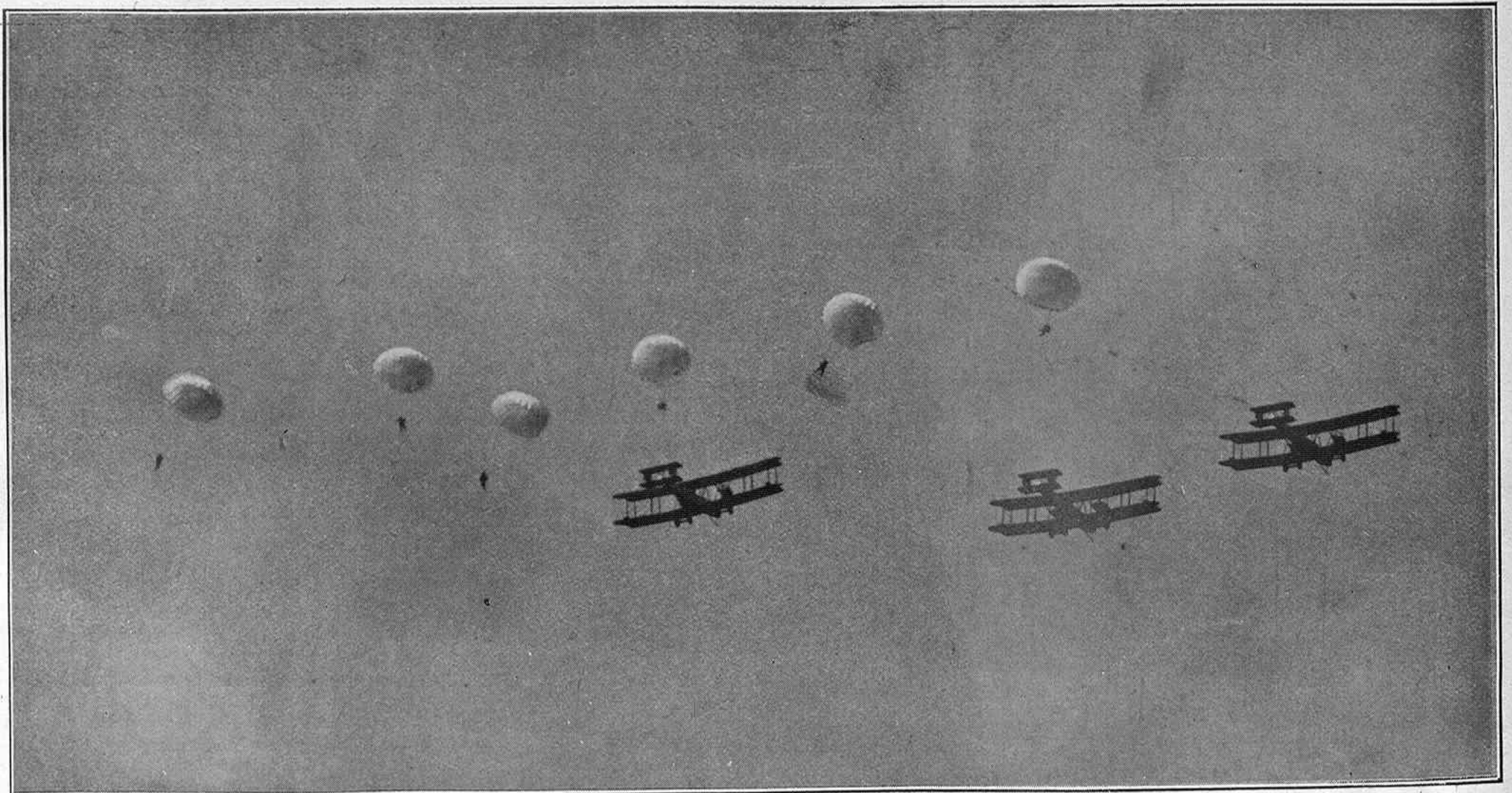
Pero tampoco está ocioso en su lacustre actividad creadora, y con labor la más lenta al par que la más titánica del mundo, alimenta en su seno prodigioso los millones de billones de trillones de infimos corales, quienes, obreros incansables cuya obra cuenta los siglos por días, están echando con sus concreciones madreporicas los cimientos de un continente futuro donde albergar á una Humanidad nueva, renovada también por la Evolución, á través de la vida de la Tierra como astro del Cielo infinito...

DR. ROSO DE LUNA



*La Exposición aeronáutica de Londres  
y una brillante fiesta aérea*

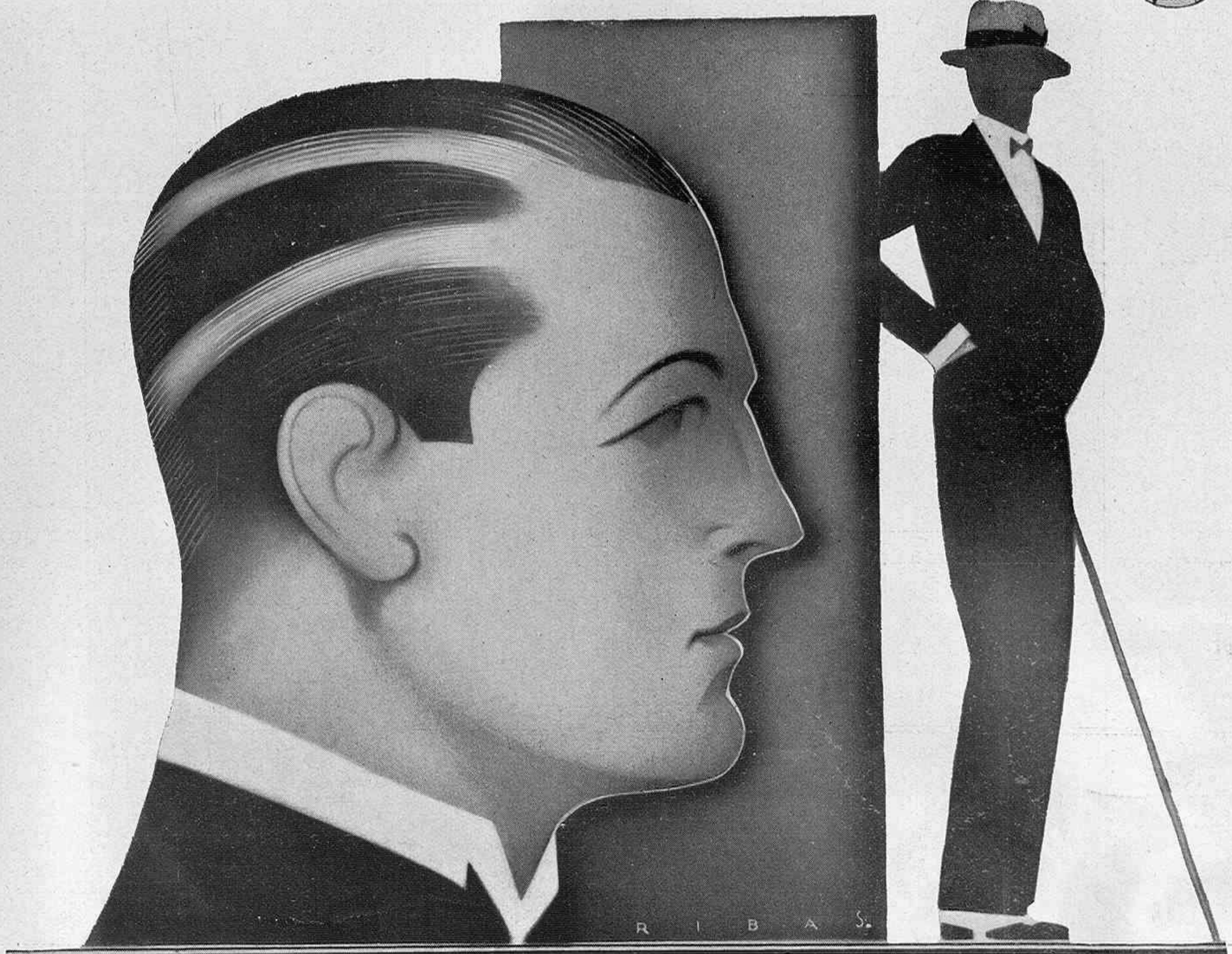
El Príncipe de Gales recorriendo las instalaciones de la séptima Exposición Internacional de Aeronáutica en el Olympia londinense, durante la ceremonia de la inauguración



Demostración simultánea de paracaidistas durante la fiesta aérea celebrada en Hendón

(Fots. Agencia Gráfica)

VERITAS



**SU CORRECTO PEINADO,**

tan inalterable como su correcta figura de hombre de mundo, es obra del

**F I X O L**

El fijador perfecto, complemento indispensable del peinado. Reúne todas las condiciones apetecibles. Vuelve dócil el pelo indómito; es agradable, práctico, de uso cómodo y efecto inmediato. No mancha. Tiene un discreto olor a violeta.



**Frasco, 2 ptas. en toda España.**

El impuesto del Timbre a cargo del comprador

**P E R F U M E R Í A G A L  
M A D R I D**

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14. Casa en Nueva York: Waverly Place, 147-153.  
Casa en Londres: Strand, 76. Casa en Amsterdam: O. Z. Voorburgwal, 101.  
Casa en Copenhague: Vingaardsstræde, 22.

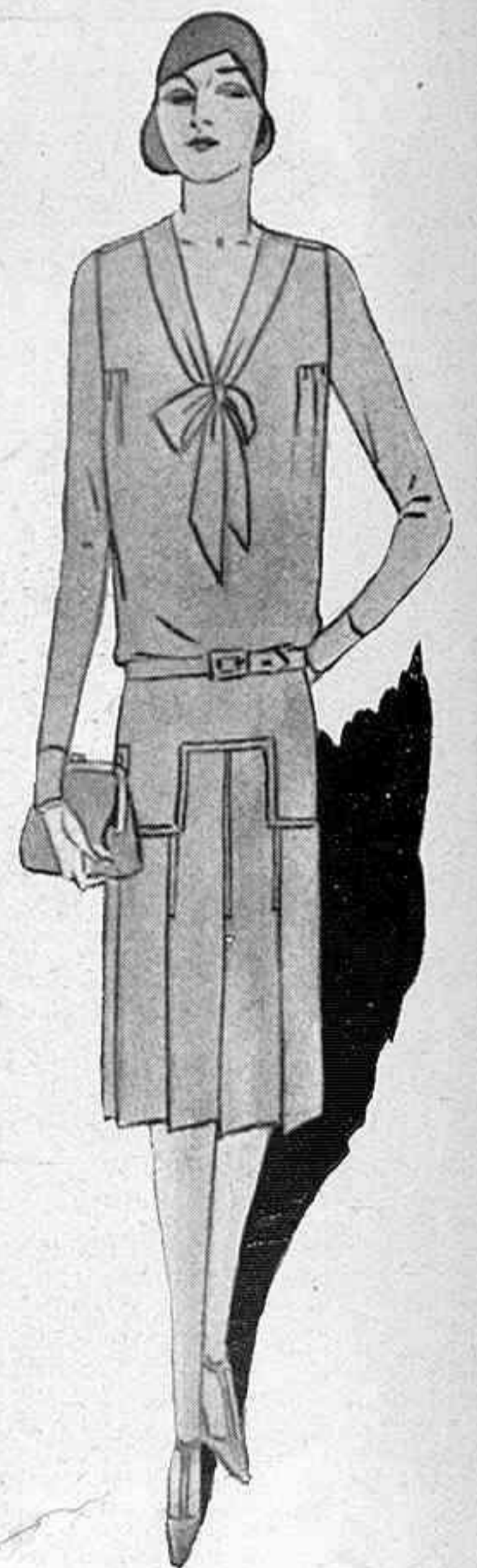


Dos lindos vestidos de noche en «crêpe satín»



Vestido de «crêpe marocain» con blusa de seda estampada

# Elegancias



Vestido de «crêpe georgette» azul marino

Los grandes hoteles y casinos, y los *cabarets* franceses y españoles en las playas de moda se ven invadidos este año por una enorme cantidad de extranjeros, principalmente americanos del Norte, que otros veranos pasan las vacaciones en Florida ó en otras de sus famosas estaciones veraniegas, y éste han desertado de ellas, atraídos á Europa por las bellezas de nuestras Exposiciones de Sevilla y Barcelona, principalmente. Como la visita se ha efectuado en primavera, han decidido quedarse á este lado del mar, y establecerse en San Sebastián, Biarritz ó en otras de las playas españolas ó francesas, donde pasan gratamente el verano. La contemplación de toda esta multitud heterogénea y cosmopolita que de noche llena los salones de fiestas y los lugares de esparcimiento,

donde la lujosa *tenue* de las damas y el *smoking* de los caballeros son prendas obligadas, nos ha convencido de que tanto nuestras mujeres como nuestros hombres saben vestirse correctamente de etiqueta, y que pueden rivalizar, con ventaja, en este aspecto con todos los países del mundo. Antaño, la mujer francesa y el hombre inglés sabían vestirse como nadie, y no podía soñarse en una competencia de elegancia; hoy todo ha cambiado, y no porque aquéllos no se cuiden de su vestimenta—todo lo contrario—, sino porque nosotros hemos aprendido mucho del difícil arte de vestir, á fuerza de depurar y seleccionar ideas, tendencias, estilos.

La riqueza, la suntuosidad, el lujo desbordante, en una palabra, imperan en todos los trajes

•••••



Traje de noche. La falda lleva en su parte inferior grandes «panneaux» de tul negro de diferente longitud. Este traje, de líneas novísimas, va muy ceñido por debajo de las caderas, y se confecciona en «lamé d'argent» y dorado, adornándolo bordados en hilo de plata. Como muestra el dibujo, la falda termina en una larga cola



Traje de teatro de «taffetas» tornasolado azul y rosa

Salida de teatro de «crêpe satin» flexible, color gris pálido, con adorno de grandes rosas de terciopelo negro. El cuello y las mangas son de armiño de verano, y el lazo de terciopelo negro



de la mujer para asistir á las galas de los casinos y aun para acudir á esos deliciosos *tete á tete*, á los cuales no ha mucho se asistía con un sencillo modelito, acompañado de alhajas y detalles de apariencia poco costosa.

Actualmente, la moda da idea de mayor lujo que otras veces, por la fantasía de las *toilettes* de noche que se estilan: cuerpos muy ceñidos y muy escotados, en tejidos metálicos ó totalmente cuajados de pedrería, y faldas de *tafettas* ó tul, amplias, vaporosas, irregulares, con larga cola muchas de ellas.

Uno de los modelos que ilustran estas páginas es precisamente de este mismo estilo. La falda está hecha con *panneaux* de tul negro, de diferentes largos, cayendo en cascadas irregulares, pero asimétricas hasta cierto punto.

El cuerpo va completamente recto y ceñido hasta más abajo de las caderas, y está confeccionado en *lamé* de plata y oro bordado en hilillo de plata grueso.

La cola es de lo mismo, forrada con varias capas de tul.

Otro lindo modelo es el de *tafettas* tornasolado en irasaciones de rosa y azul.

La forma es de corte complicado, y sólo recomendable á mujeres de líneas gráciles.

En los abrigos de noche impera, como es consiguiente, el mismo lujo y suntuosidad. El adjunto modelo es un ejemplo palpitante de lo que decimos.

*Crêpe satin*, muy fino, gris pálido, florecido con ro-

sas negras de terciopelo: tal es el tejido empleado en su confección. Las guarniciones del cuello y puños son de armiño de verano. El lazo también es de terciopelo negro.

El terciopelo *chiffon* se emplea mucho para salida de teatro ó *soirée*, y especialmente en blanco, rosa, azul y malva, que éstos son los tonos predilectos actualmente por las damas, pues encuentran, y no sin razón, que son los más propios del verano.

Generalmente, los abrigos ó capas no llevan más adorno que la *fouurrure*, y algún que otro trabajo de nido de abejas ó frunces irregulares.

También el *lamé* de oro ó plata, liso, se lleva mucho con pieles de *renard* negro, azul ó plateado, nunca blanco, para que destaque el tejido en todo su esplendor y brillantez.

El chal español, nuestro chal español, tan típico y tan vistoso, que traspasando las fronteras y los mares, ha paseado triunfalmente su gracia por todo el mundo; el chal español ha caído ahora un poco en desuso, porque se ha llevado tanto!

Sin embargo, entre las españolas hay aún muchas fieles al mantón de Manila, porque no olvidan que es algo esencialmente típico, muy nuestro, que lo mismo cubre con garbo el cuerpo pinturero de una modistilla, que envuelve con la más refinada elegancia la fina silueta de una señora *bien* en una noche de fiesta.



Sombrerito de fieltro negro (Modelo Luzy White)



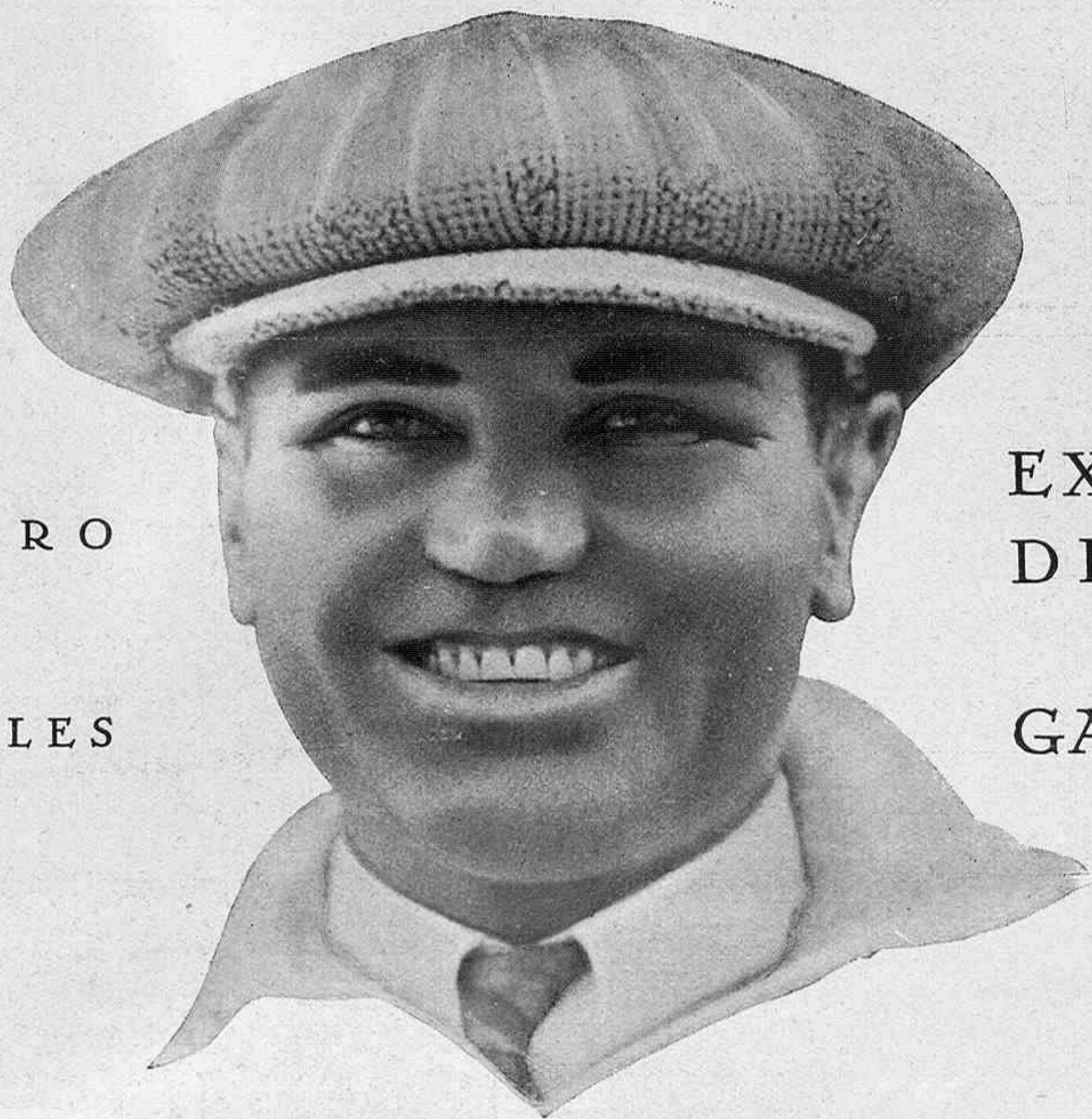
Sombrero de fieltro con cinta trenzada (Modelo Luzy White)



Gorrita de fieltro azul marino (Modelo Luzy White)

ANGELITA NARDI

EL DINERO  
DE  
LOS PÚGILES



CÓMO  
EXPLICABA  
DEMPSEY  
SUS  
GANANCIAS

La sonriente fisonomía del popularísimo Jack Dempsey

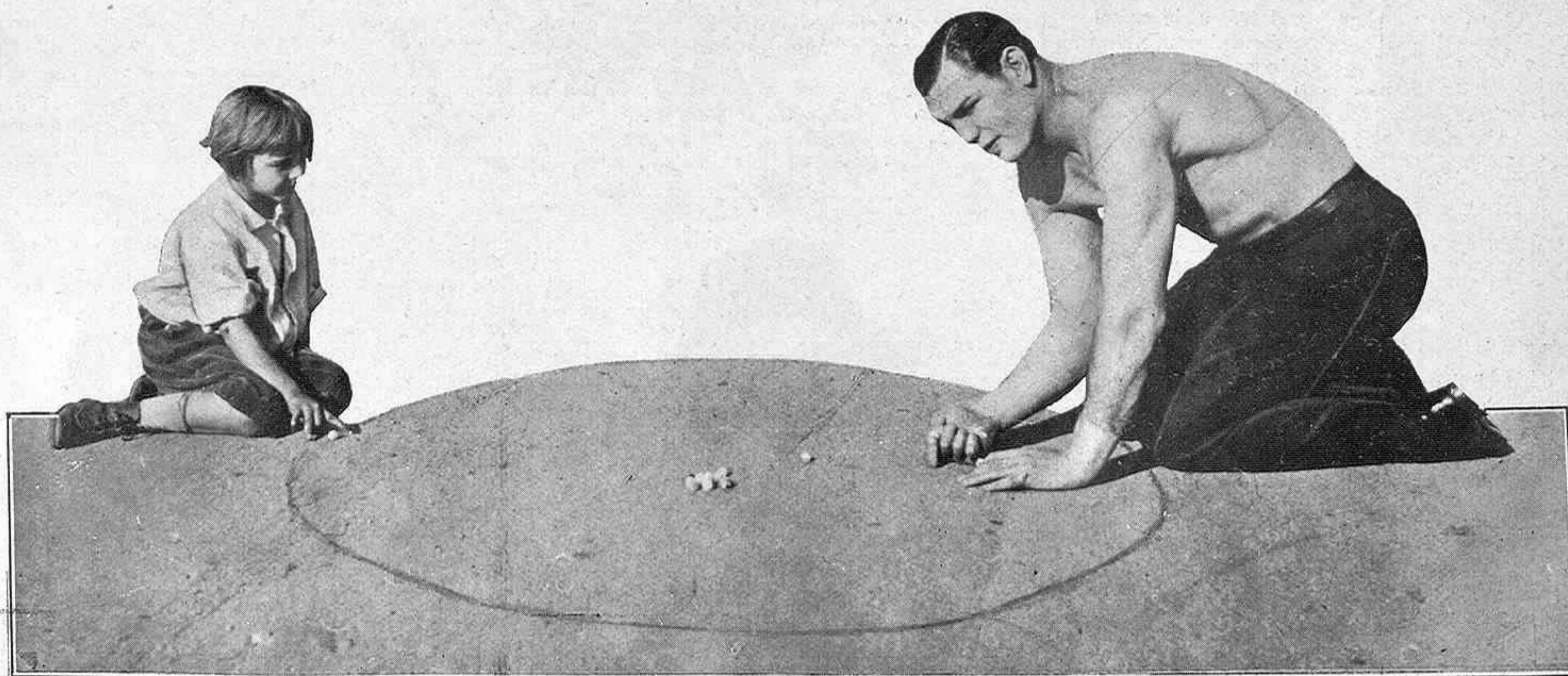
UN aprendiz de boxeador nos envía algunos comentarios al artículo que con el título de *Lo que valen los puñetazos*, publicamos no hace mucho. Estima, y quizá tiene razón, que no hay derecho a discutir las ganancias de nadie, a condición de que sean ganadas honradamente y sin perjuicio de tercero; ó, por lo menos—y el distingo nos parece también muy en su lugar, tratándose de boxeadores—, sin perjuicio de tercero que no esté compensado con posibilidad de igual ó mayor perjuicio propio.

Dice, y también tiene razón nuestro comunicante, que á los boxeadores, como á los toreros,

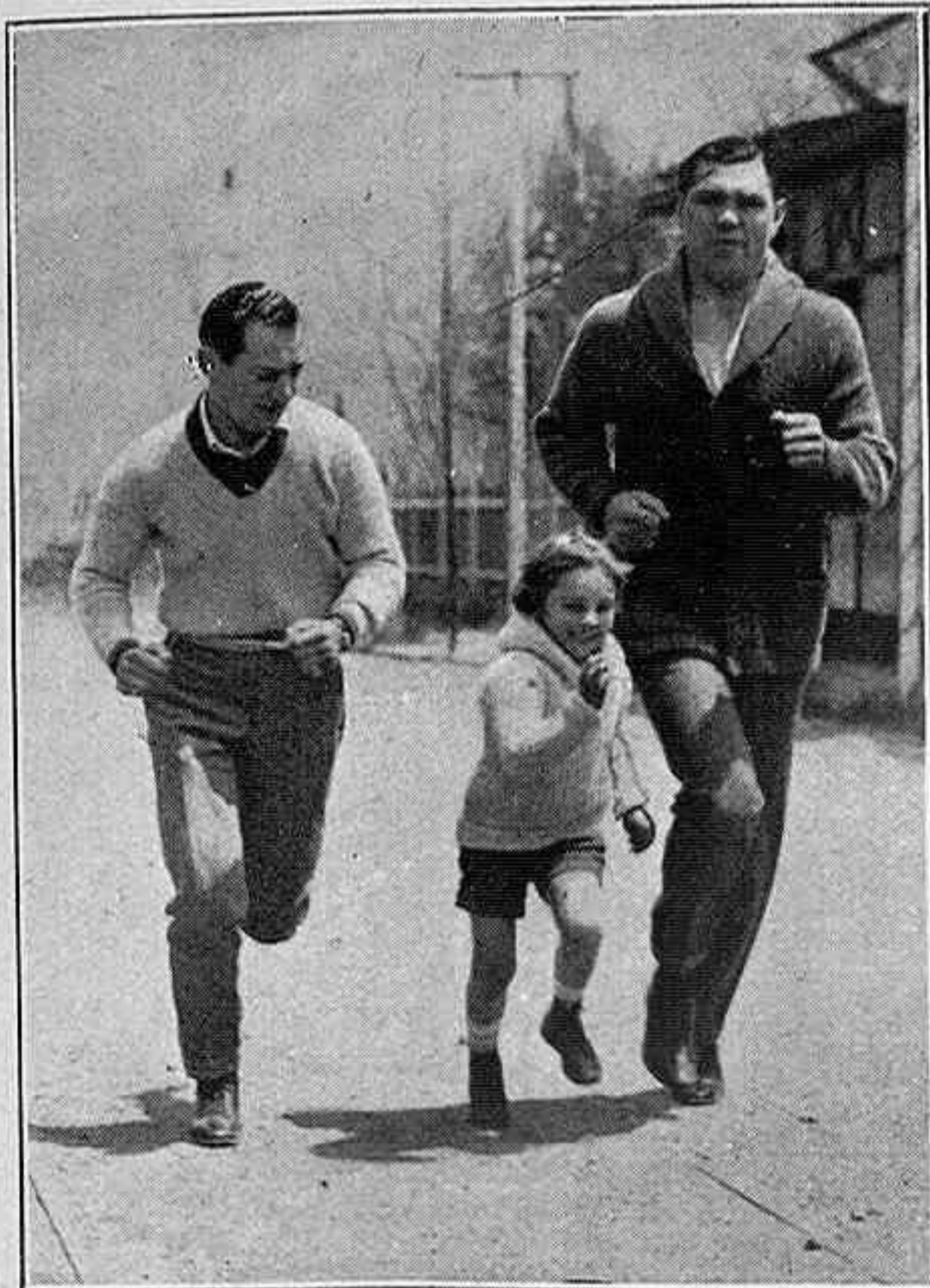
y aun más que á éstos, ya que la cuantía de las bolsas depende de la cuantía de las entradas, no los pagan los empresarios, sino el público directamente, y que no hay límite para el justiprecio que cada espectador puede hacer del placer que le produce ver aporrearse concienzudamente á dos ciudadanos que han cultivado muy lenta y costosamente sus aptitudes para ese deporte. Además, dice, entre el público y el boxeador suelen interponerse dos intermediarios ambiciosos: el empresario y el *manager*, que cobran también su par-

te, que suele ser la parte del león. No hay, pues, motivo para sorprenderse de esas ganancias de los púgiles; y por lo que toca á las de Jack Dempsey, él mismo ha explicado muy satisfactoriamente su conducta:

«Me hago pagar bolsas muy fuertes—ha dicho—; he aquí un reproche que me han dirigido muchas veces los periódicos; pero, ¿por qué no había de hacerlo?»



El ídolo de los aficionados norteamericanos es un gran amigo de los niños, con los que juega en la playa durante los descansos de su entrenamiento



Cuando Jack hace «footings» le acompañan, además del entrenador, algún pequeño entusiasta de sus puños

«Siempre he exigido que en cada *match* me pagaran más que en el anterior. ¿No tenía derecho á hacerlo, cuando lo recaudado por entradas seguía la misma progresión?»

«Tened la seguridad de que ningún púgil puede decidir la magnitud de la bolsa. El único que tiene derecho á imponer sus condiciones es el público. El organizador sabe si el público acudirá porque el *match* le interese, ó no acudirá porque le sea indiferente.

«Mientras un boxeador interese al público, el público deseará verle combatir. El día en que un campeón haya sido vencido, á nadie le importará verle en lo sucesivo. Por eso conviene ale-



Jack Dempsey y Babe Ruth, los dos ídolos de la afición estadounidense: ex rey de los puños, aspirante siempre á un nuevo reinado, el uno, y el hombre que electriza á las multitudes en los grandes *matches* de «base-ball», el otro



Jack es un formidable derribador de árboles, deporte que indudablemente cuenta entre los pugilistas con numerosos adeptos

jar todo lo posible las posibilidades de esa derrota que acecha al púgil en cada recodo de su camino.»

Dempsey justifica con estas palabras otro de los supuestos errores que se le atribuyeron: el de no poner frecuentemente en juego su título de campeón.

Luego continúa: «Cuando Tommy Burns pidió á Mac Juttosh seis mil libras esterlinas por enfrentar á Jack Johnson en Sidney, fué un clamor general: ¡aquel muchacho estaba loco! Mac Juttosh no lo creyó así. Hizo un cálculo rápido y aceptó. No era un mecenas, sino un *brasseur d'affaires*, y si hubiera creído que el combate de dos gatos salvajes podía atraer tanto público como el de Burns-Johnson, los hubiera pagado lo mismo y hubiera desdeñado á los pugilistas.

«Cuando comencé mi carrera, boxeaba yo por el importe de una modesta comida, porque era desconocido y el público no pagaba por verme. Fui aumentando mis precios á medida que me iba dando á conocer. Así, no debe extrañar á nadie que, fiel á los principios de los organizadores mismos, haya pedido por cada *match* más de lo que había recibido en mis precedentes exhibiciones. El organizador aceptaba, porque estaba seguro de no perder. Todos han ganado mucho conmigo; ¿por qué no había yo de aprovecharme?»

«Tex Rickard me dió 300.000 dólares por luchar contra Carpentier, y le dió á mi adversario 200.000; pero 74.958 espectadores pagaron por sus entradas ¡un millón seiscientos veintiséis mil quinientos ochenta dólares! ¿Había que comparecer al organizador?»

«Por mi *match* contra Firpo cobré la mayor cantidad de mi carrera; pero, después de haber pagado todos los gastos, el empresario tuvo una ganancia de 250.000 dólares. ¿Podía quejarse? Seguramente, ninguno de los 80.000 espectadores se quejó tampoco.»

Todas las razones de Dempsey, conviene que no lo olvide nuestro comunicante, no bastaron para convencer al «gran público» americano, y el famoso púgil reconoció que era, sin motivo explicable, profundamente antipático á sus compatriotas, que con ocasión de su combate con Johnson, y no obstante la enemiga extrema de los yanquis contra la raza negra, hubiesen preferido el triunfo del hombre de color.

No falta quien piense que ese deseo de ver vencido al constante triunfador era uno de los atractivos mayores de los combates en que Jack Dempsey tomaba parte. Era aquel aparente entusiasmo por la lucha algo semejante al del inglés que seguía por todo el mundo al funámbulo, no por admirar su arte, sino por verle estrellarse en una inevitable caída.



## CUESTIONES DEL MOMENTO

## La acción feminista en Francia é Inglaterra

No han leído nuestros lectores un artículo del doctor Germán Seé, presidente de honor de la Liga para la protección del caballo en Francia, publicado en uno de los grandes diarios parisinos, y en el cual se relata el bárbaro tratamiento que se da á estos animales en algunas minas francesas?

«No puede ser más triste la suerte de estas desgraciadas bestias, cubiertas las más de ellas de llagas supurantes—dice—, con los cascos podridos por las largas caminatas sobre el barro y la humedad y trabajando casi sin descanso las veinticuatro horas del día. Para beber, un agua sucia, corrompida por la grasa de las máquinas, y como alimentación, una corta y mala ración de maíz.»

El enviado por la «Liga protectora» ha podido observar cómo algunos de estos caballos, sin otro trato que el palo y el látigo, están esqueléticos.

M. Poincaré ha ordenado una encuesta que depure responsabilidades...; pero nada se adelantará si no hay una ley que no permita dejar impune estos hechos punibles.

La mujer puede hallar en el Parlamento ancho campo de acción, digno de ella, para defender la noble causa de nuestros hermanos inferiores, imponiendo con su piedad medidas de represión que acaben con el mal trato de las pobres bestias.

También en España hay que hacer mucho en este sentido para estar al nivel de otros países donde la infracción de la ley establecida constituye un delito gravísimo.

Lo mismo el caballo que todos los animales, sea cual sea al trabajo á que se destinen, deben ser bien tratados, y la mujer es la que más puede contribuir, ayudada por todos los medios á su alcance, á desarrollar la piedad en el alma de los hombres á cuyo cargo están las pobres bestias indefensas.

Con motivo de las últimas elecciones legislativas, se han reunido en Londres todas las feministas de Inglaterra. Dichas elecciones pueden considerarse sin precedente en la Historia, puesto que las mujeres han dominado sobre sus conciudadanos con una mayoría de votos que excede á la cifra de dos millones.

Supónese fundadamente que aun cuando haya muchas mujeres que se abstengan del derecho de votación, el próximo Parlamento estará representado por la voluntad femenina británica; la propaganda que desde el comienzo del siglo vienen haciendo las sufragistas se estabilizará sobre una base firme, á pesar de los violentos esfuerzos que para hacerlas fracasar han de realizar sus enemigos políticos.

A la cabeza del actual movimiento femenino de Inglaterra está ahora una mujer enérgica, de pujante y poderosa personalidad: Mrs. Pankhurst.

En los comienzos de su carrera política su camino ha sido de abrojos; se ha visto detenida varias veces y condenada, por último, por sus protestas contra las leyes de su país, que no la reconocían ningún derecho cívico... Al cabo de los años, y después de la gran guerra, Mrs. Pankhurst, y con ella las mujeres de todo el orbe, han visto realizados sus ideales. Ellas supieron conseguirlo durante el conflicto mundial, ayudando á los hombres hasta en los más rudos trabajos y reemplazándolos con eficacia suma y con tesón inquebrantable.

La reacción de las masas ha llegado, como no podía menos de ocurrir, y hasta los más reacios en un principio, los más antifeministas, han comprendido que si bien la mujer, por sus condiciones físicas, no podrá nunca hacer un servicio de armas y soportar las penalidades durísimas de una batalla, ó simplemente una vida de campaña, puede, en cambio, por sus dotes de inteligencia, desarrollar una acción política tan útil como la del hombre, y hasta más eficaz en ciertos aspectos, pues las mujeres tienen un instinto más claro y más certero para resolver ciertas cuestiones de ética social y atacar de firme problemas tan arduos como son aquellos que se relacionan con ellas mismas.

CRISTALINA

**BARCELONA - MAJESTIC HOTEL**  
**PASEO DE GRACIA. Primer orden.**  
**200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.**  
**Precios moderados. El más concurrido.**



El mendigo.—¿Pero es que su marido no tendrá un traje viejo?  
 La señora.—Sí, señor; pero lo lleva puesto.  
 (De Wilson Fermin, en «London Opinions»,—Londres)

## PELUQUERÍA DE SEÑORAS RAMOS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA  
 Y BISOÑES DE CABALLERO  
 TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS  
 MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN  
**Ondulación Marcel y Permanente**

Huertas, 7 dupl.º—Teléfono 10667

SUCURSALES:

Plaza del Rey. 5. Duque de la Victoria, 4

Teléfono 10839      Teléfono 512

MADRID      VALLADOLID

## SOMBREROS CARMEN DE PABLO

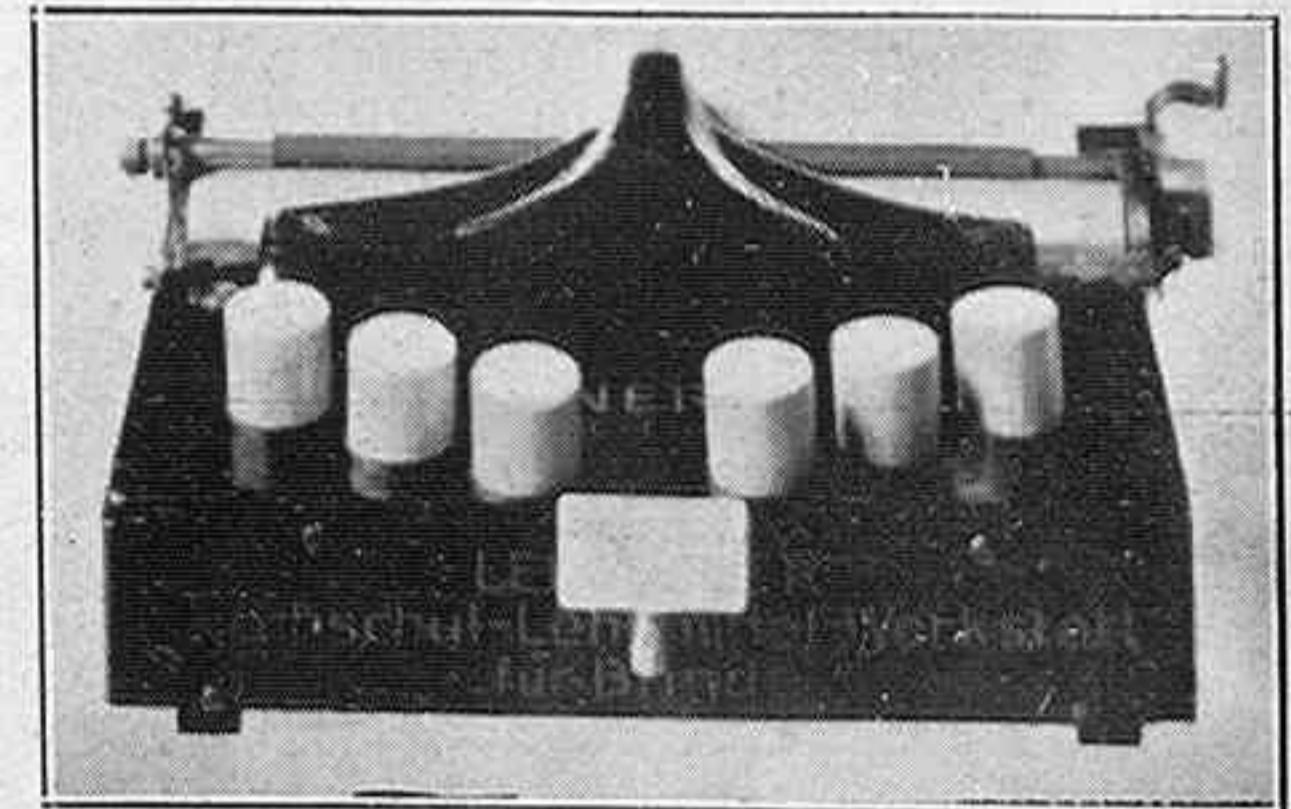


Modelos de París

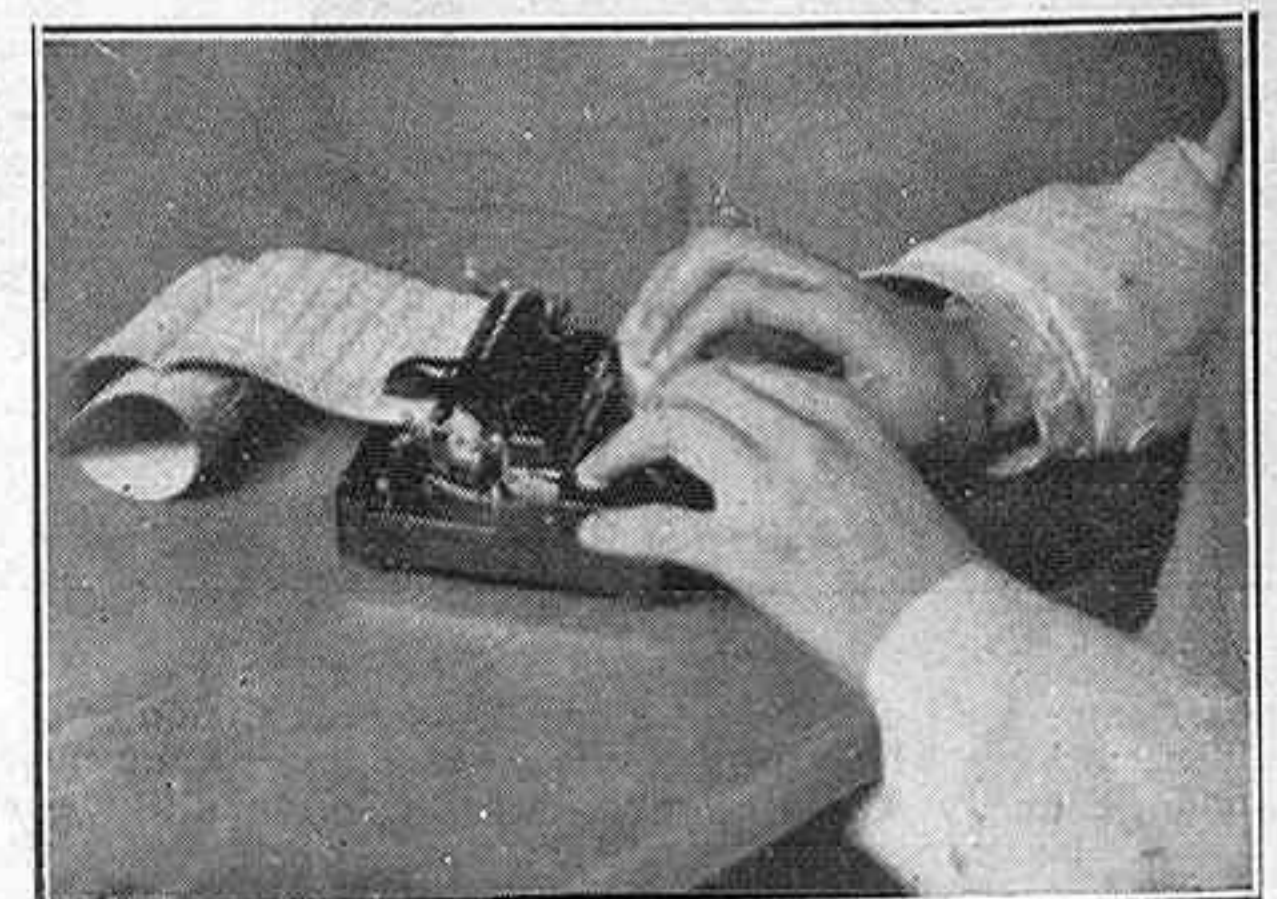
Alcalá, 66

MADRID

La máquina de escribir  
 :: :: para los ciegos :: ::



Por iniciativa y bajo la dirección de Fraulein Tony Mahler, bibliotecaria y profesora de la Escuela de ciegos de Leipzig, se ha dotado á la misma de una clase de mecanografía, donde se enseña ésta á los alumnos mediante la máquina de escribir de tipo novísimo que presentan las adjuntas fotografías. Basada en el sistema de escritura Braille, que, como es sabido, consta de seis puntos combinados en diversa forma, componiendo el alfabeto y los signos ortográficos, un punzón, actuado por las seis teclas de que consta el aparato, graba las letras deseadas con la misma rapidez con que las imprime la máquina normal. Para evitar al operador el cambio frecuente de la hoja de papel, éste va enrollado en una bobina en fajas de un metro de largo y 14 centímetros de ancho.



## El Matusalén egipcio ha cumplido ciento cincuenta y cinco años

**C**ORRESPONDE hoy el *record* de la longevidad al jeque egipcio Rifaie Rabie, de Jaitun, cerca de Mit-Ghamr, que hace pocos días celebró con los supervivientes de su familia el 155 aniversario de su venida al mundo.

Nació, en efecto, Rifaie Rabie, en el año 1774 (cuando en España reinaba Carlos III). Ya era un mozo al invadir Napoleón el país de los Faraones, período histórico del que conserva aún recuerdos relacionados con las batallas de las Pirámides y Abukir. Ha conocido, á través de su dilatada existencia, nueve jefes de Egipto hasta el actual monarca Fuad I. A pesar de su siglo y medio cumplido, conserva todas sus facultades y un sorprendente vigor físico. Contra lo que aseguran otros centenarios respecto á los beneficiosos efectos de la sobriedad, este buen jeque indestructible declara que nada abrevia tanto la vida como la parvedad en la alimentación. Y, predicando con el ejemplo, consume toda clase de alimentos en cantidad considerable. Su ración diaria de carne consiste en un par de libras de carnero ó una gallina en cada comida. Rifaie Rabie atribuye su longevidad á haberse abstenido siempre de las bebidas alcohólicas y el tabaco. Se ha casado nueve veces y ha tenido 72 hijos. En nuestra fotografía puede verse al Matusalén egipcio rodeado de algunos de sus hijos, nietos, bisnietos y tataranietos. A su izquierda se hallan el menor de sus hijos, habido cuando el jeque contaba ciento treinta años, y uno de sus discípulos, que acaba de cumplir cien años.



Uno de los sillones de «gobelinos» antiguos del «stand»

PARIS

BUENOS AIRES

# JANSEN

**DÉCORATION**

**ANTIQUITÉS**

EXPOSICIÓN DE BARCELONA

Un representante está a la  
disposición de la clientela  
en el stand del

PABELLON ALFONSO XIII

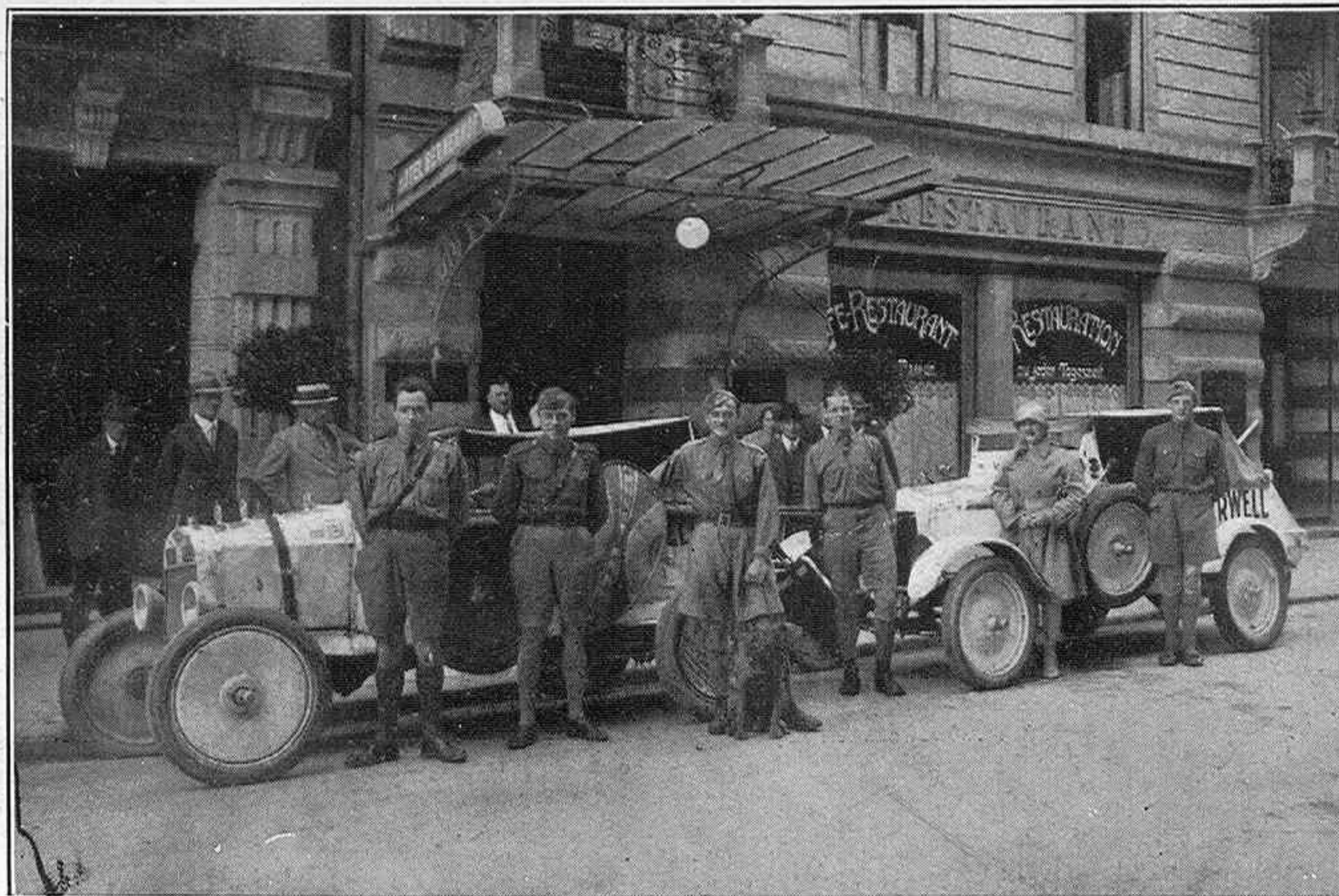
## El mercado de Monipodio en Budapest



Uno de los lugares más pintorescos de Budapest es la *Telekyplatz*, donde se celebra á diario el mercado del robo. Todo, absolutamente todo cuanto allí se vende, procede del hurto. Siempre que ocurre un saqueo en las casas particulares ó en los establecimientos comerciales, queda al despojado la pequeña esperanza de encontrar, al menos, una pequeña parte de lo substraído en manos de los vendedores de *Telekyplatz*, que, por la modicidad de sus precios, realizan fácil-

mente sus mercancías, sirviendo de amables intermediarios entre los discípulos del señor Monipodio húngaro y los que gustan de adquirir barato. La *Telekyplatz* suele prestar buenos servicios á la policía, en cuanto entre los montones de objetos robados suele encontrar frecuentemente indicios seguros para seguir con éxito una pista. Y esto justifica la tolerancia con que se permite á los industriales referidos el ejercicio de su comercio.

## Los «globe-trotters» automovilistas



Es ya famosa la pequeña caravana automovilista norteamericana que con el nombre de *Wanderwell-Expedition* se dedica á establecer grandes *records* de distancia á través del mundo. El primer recorrido extraordinario de esta familia de *globe-trotters* rodantes, constituida por seis individuos, duró desde Noviembre del año 1921 á Agosto de 1925. Los países visitados fueron Europa, pequeña Asia, Egipto, Arabia, India y China, Siberia. Japón, Hawai y California.

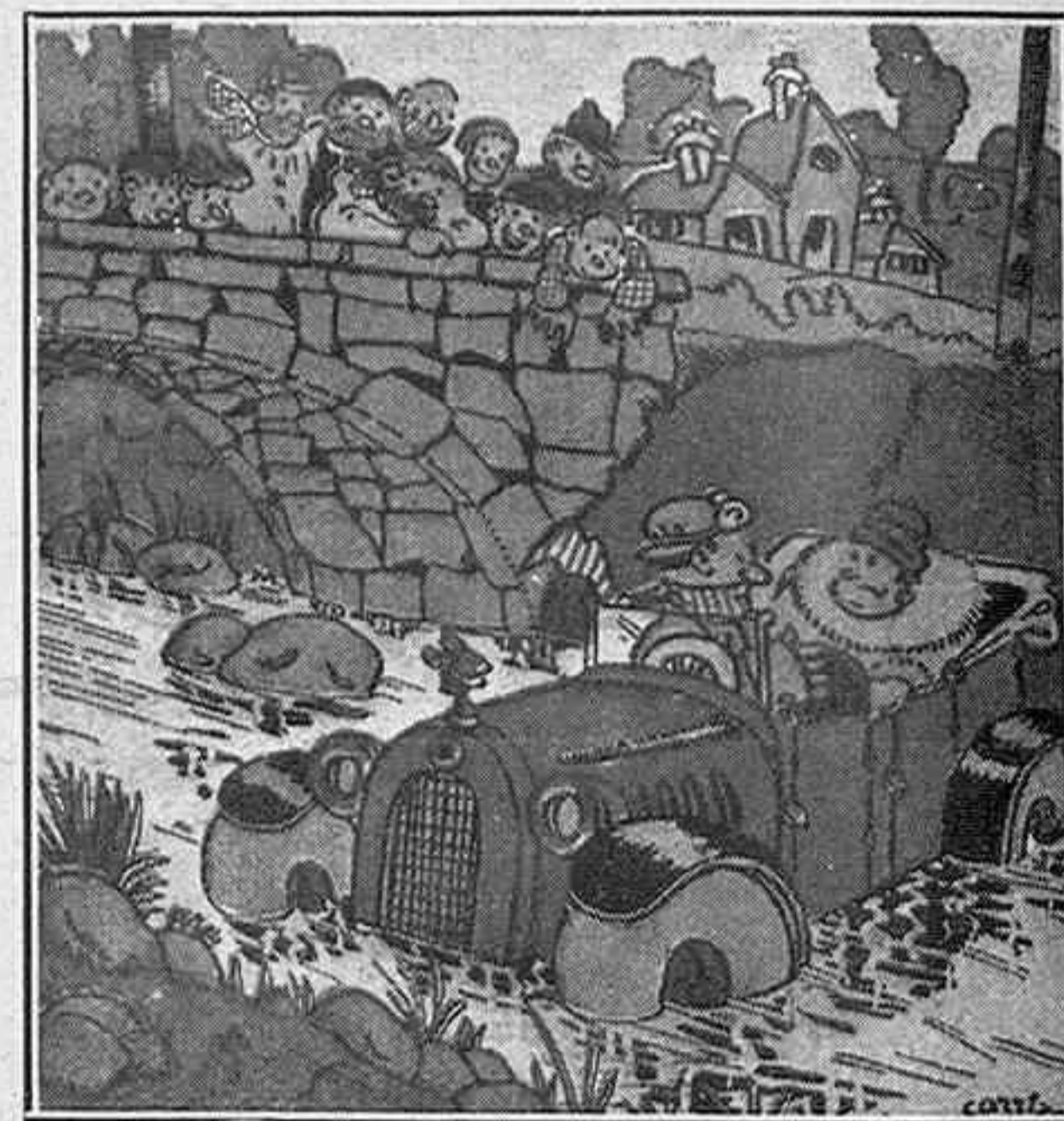
En la actualidad, los *Wanderwell* llevan á cabo su segunda excursión automovilística, cuya primera etapa es Nueva York á Ciudad del Cabo, y desde este punto, atravesando Africa de sur á norte, á Gibraltar. La segunda parte del viaje será la más dura, puesto que consistirá en dirigirse desde Buenos Aires á Nueva York.

La fotografía adjunta presenta á la *Wanderwell-Expedition* durante su parada en Lucerna.

## CASA VILCHES

GRABADOS  
MARCOS  
LIBRERIA DE ARTE  
OBJETOS PARA  
REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5  
(Gran Vía)  
MADRID



—¿Pero qué haces, hombre?  
—Espérate, mujer: ¿no te acuerdas que me dijeron que estos neumáticos se bebían los obstáculos?  
(De Carrizey, en «Le Pele Meles».—París)

Agotada la primera tirada de  
**LO QUE CURA  
Y CÓMO CURA**  
**EL DR. ASUERO**

POR

**A. GONZÁLEZ**

se ha puesto á la venta una  
segunda edición



Pedidlo á corresponsales de  
**PRENSA GRAFICA**  
\* \* y buenos librereros \* \*